

AN TÍ GO NA

*«Quizás el que muere se
lleva de la vida que
vivió en lucha una
última imagen de paz»*

María Zambrano, *La agonía de Europa*



Antígona

Revista
de la
Fundación
María Zambrano

N.º 01/2023

DIRECTOR Y EDITOR

Luis Pablo Ortega Hurtado
Universidad de Málaga y Secretario Académico
de la Fundación María Zambrano

CONSEJO EJECUTIVO

Antonio Moreno Ferrer
Alcalde de Vélez-Málaga y Presidente FMZ

José Ramón Andérica Frías
Universidad de Málaga y Tesorero FMZ

Cynthia García Perea
Concejala de Cultura del
Excmo. Ayuntamiento de Vélez-Málaga

CONSEJO DE REDACCIÓN

Ana Martínez García
Universidad de Cádiz

Lorena Grigoletto
Universidad de Nápoles

Elena Trapanese
Universidad Autónoma de Madrid

Marifé Santiago Bolaños
Universidad Rey Juan Carlos

Natalia Meléndez Malavé
Universidad de Málaga

Alicia Berenguer Vigo
Universidad de Málaga

Madeline Cámara
Universidad del Sur de Florida

CONSEJO ASESOR

José Luis Mora
Universidad Autónoma de Madrid

Rogelio Blanco Martínez
Universidad Pontificia Comillas

Jesús Moreno Sanz
UNED Madrid

Enrique Baena Peña
Universidad de Málaga

José Luis Abellán
Universidad Complutense de Madrid

Agustín Andreu Rodrigo
Universidad de Valencia

Miguel Morey Farré
Universidad de Barcelona

Carmen Revilla
Universidad de Barcelona

Juan Fernando Ortega Muñoz
Universidad de Málaga

Juan Antonio García Galindo
Universidad de Málaga

EDITA

Fundación María Zambrano

COORDINACIÓN EDITORIAL
Pilar Morales Fernández

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
José Luis Bravo

IMPRESIÓN
Gráficas Urania

CONTACTO

Fundación María Zambrano
Plaza Palacio Beniel, 1. 29700 Vélez-Málaga
T. 952 50 02 44
fundacion@mariazambrano.org

ISSN: 1887-6862 // DL: MA-393-2023
PVP: 12 €

SU~ MA RIO

PRESENTACIÓN

- 8 María Zambrano:
palabras para la esperanza
ANTONIO MORENO FERRER

ARTÍCULOS

- 10 **Chemin de La Pièce-Crozet**
ROSA MASCARELL DAUDER
- 18 **Habitar en el vacío**
MERCEDES GÓMEZ-BLESA
- 30 **Las razones de María Zambrano**
ROGELIO BLANCO
- 48 **El exilio de María Zambrano:
El camino entre los escombros
de la historia**
CARLO FERRUCCI
- 56 **En los umbrales del ser humano**
JOAQUÍN VERDÚ DE GREGORIO
- 70 **Herrera Petere, hacia el sur se fueron
todos los domingos**
NARCISO ALBA
- 80 **El regreso del corderito: vida y
revelación en María Zambrano**
FÁTIMA ZOHRA MEKKAOUI ZERROUK

EN LA ORILLA

- 98 **Palabras de Orlando
y Dolores Blanco**
DOLORES BLANCO

- 100 **María Zambrano en los telares
de Gutenberg**
ROGELIO BLANCO

CONVERSACIONES CON SÓCRATES

- 102 **Juan Fernando Ortega Muñoz**
LUIS PABLO ORTEGA

LIBROS

- 106 ***Epistolario. 1944-1977
José Ferrater Mora y
María Zambrano.***
ALICIA BERENGUER VIGO

Otro universo, digamos el Universo como llegamos a sentir que respira, vive y se mueve, en la pintura de Baruj Salinas.
Zambrano, María, "En la pintura de Baruj Salinas", México DF, 1981.

Detalle de *Flare and flowers*, 2004. Acrílico sobre lienzo, 150 x 172 cm. Obra donada a la Fundación María Zambrano.

EDITORIAL

LA IDEA DE EDITAR UNA REVISTA DE LA FUNDACIÓN es muy antigua, casi contemporánea de la misma creación de la fundación. En una reunión de patronato previa a la salida del primer número se decidió que la revista llevara el nombre de *Antígona*, única obra dramática publicada por María Zambrano en la que la autora aunaba su drama personal con el de la heroína griega. Una propuesta que el lector conocedor de la obra de Zambrano percibirá idónea. La revista, en su primera etapa, llegó a ver ocho números. Siete de ellos pudieron imprimirse en papel y uno se publicó en formato digital, concretamente el número seis. El último número de esta primera etapa vio la luz en 2020 e incorporaba el resultado de las comunicaciones leídas durante el VI Congreso Internacional celebrado en la ciudad de Vélez-Málaga los días 10, 11 y 12 de abril de 2019.

Retomamos el proyecto que ya iniciara la fundación hace ya dieciséis años con una nueva propuesta de diseño y maquetación. Pensamos que contamos con los medios y la madurez necesaria para acometer este proyecto. *Antígona* es un medio de expresión para toda la comunidad zambraniana y en este sentido debe cumplir con todas las garantías de calidad para que la publicación pueda convertirse en una referencia para todas aquellas personas interesadas en profundizar en su pensamiento. Es indudable el interés creciente que la obra de esta genial filósofa veleña despierta. Asumimos este compromiso con ilusión y esperamos que el lector perciba esta nueva propuesta desde la responsabilidad que hemos querido imprimirle en cada página.

Para este primer número de la nueva etapa contamos con artículos procedentes de las conferencias impartidas en el VII Encuentro Internacional celebrado en la ciudad de Ginebra los días 13 y 14 de octubre de 2022. Organizado por la Fundación María Zambrano y la Universidad de Ginebra, quisimos continuar con una de las actividades que más éxito tiene entre la comunidad zambraniana. La Fundación María Zambrano viene celebrando estos Encuentros Internacionales en aquellas ciudades del mundo donde María Zambrano ejerció su magisterio. Es por esto, que ha organizado congresos en La Habana (Cuba) en 1996, en Morelia (México) en 1998, en Roma (Italia) en el año 2000, en Santiago de Chile (Chile) en el año 2002, en San Juan de Puerto Rico en 2005 y en Buenos Aires (Argentina) en 2009.

Querido lector, el número que tienen ustedes en las manos no hubiera visto la luz sin la labor de los miembros de la fundación que la constituyen quienes, de forma incansable, contribuyen a dar a conocer a la pensadora más importante de los últimos tiempos en las letras españolas. Igualmente, no hubiera sido posible sin las sugerencias de los componentes del Consejo de Redacción de la revista, así como del resto de personas que trabajan día a día en su fundación.

A todos gracias.

María Zambrano: palabras para la esperanza

Discurso de apertura del VII Encuentro Internacional,
Ginebra, 13-14 de octubre de 2022

Comenzaba María Zambrano su importante ensayo «La violencia europea», publicado dentro de su libro *La agonía de Europa*, con la siguiente reflexión: «Europa es el lugar donde hoy estalla ese corazón del mundo, de tal manera que podríamos confundirla con él, podríamos creer que en ella están esas entrañas doloridas y sangrientas que de vez en cuando dejan ver sus profundidades». Nos encontramos en un momento trascendental de nuestra historia. Los valores sobre los que hemos construido nuestra sociedad, como la democracia, la libertad o la justicia, se ven seriamente comprometidos ante las graves muestras de violencia que hoy asolan nuestro continente.

Ante los retos y desafíos a los que nos enfrentamos como pueblo, necesitamos refugiarnos y enarbolar como banderas las palabras de aquellos que, viendo comprometidas sus vidas y enajenadas sus libertades, encontraron en el pensamiento el camino para combatir las injusticias y devolver la dignidad a todos aquellos que, por distintos conflictos, se han visto expulsados a los márgenes de la historia.

Hoy celebramos en este maravilloso Palacio de las Naciones, hogar y sede de todas las naciones del mundo, espacio único donde conviven y se enriquecen distintas culturas, pueblos, idiomas, etc. el séptimo Encuentro Internacional sobre una de las filósofas más importantes de todos los tiempos. Y qué lugar mejor para hablar de ella y sobre los temas fundamentales que abarcaron todo su pensamiento, que este Palacio de las Naciones en el que nos encontramos hoy.

La ciudad de Ginebra fue fundamental para el reencuentro de María Zambrano con España y, cómo no, con su tierra natal, Vélez-Málaga. Se cumplen ahora

cuarenta años desde que se iniciaran los primeros contactos entre la pensadora y su ciudad, prolegómenos de un esperado regreso que con el tiempo habría de producirse, para el regocijo de todos los españoles que veíamos regresar a nuestra última exiliada. Una deuda pendiente con una de las mujeres que más contribuyó en la lucha por la abolición de las desigualdades sociales que sufría España en aquellos años. Y deuda también con la obra silenciada de una autora que fue valiente en expresar sus ideas en un momento en el que muy pocas mujeres podían.

Una de las primeras personas que actuaron para el reconocimiento de María y su posible vuelta a España fue el profesor de filosofía Juan Fernando Ortega Muñoz, director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Málaga, quien desde muy pronto comenzó a promover el estudio de su obra y que en su empeño por ayudar en lo posible a Zambrano, realizó diversos contactos desde la Universidad con el Ayuntamiento de Vélez-Málaga, donde encontró la acogida de su por aquel entonces alcalde Juan Gámez. Fue en ese momento cuando desde Vélez-Málaga se creó una comisión para ir a visitar a María Zambrano a Ginebra, donde residía en aquel momento. El día elegido fue el 3 de mayo de 1983. Un *encuentro* para una historia que ya no acabará nunca.

María Zambrano perteneció a una generación de mujeres geniales que irrumpieron en la cultura y en la historia del siglo XX, trastocando la tabla de valores y los esquemas culturales de una generación patriarcal y machista. Recordemos, entre otras, a Rosa Luxemburgo, a Edith Stein, a Simone Weil, Hannah Arendt, Rosa Chacel, etc. Aquel contexto marcó el estilo de

una mujer fronteriza entre dos épocas, que tuvo que sufrir en su propia vida el desgarro, la crisis general que estaba sufriendo la cultura de Occidente.

Resulta realmente difícil encuadrar dentro de su ámbito cultural el pensamiento y la persona de María Zambrano que está, sin duda, más próxima a nosotros que a sus contemporáneos, lo cual nos testimonia que estamos ante uno de esos *precursores* que roturan caminos nuevos y anuncian un nuevo talante cultural, una nueva tabla de valores, un nuevo estilo de filosofar. Lo cual va unido, sin duda, a una gran personalidad, que se afirma frente a un mundo que le es en gran medida adverso o, al menos, diferente.

María Zambrano plantea una renovación radical de la filosofía, un nuevo camino del filosofar, que podemos caracterizar brevemente por la siguientes pautas generales: una recuperación de la razón intuitiva frente a la casi exclusividad de la razón discursiva de la época anterior; un nuevo diálogo entre fe y razón que permita algo inconcebible en el período anterior; una nueva concepción del hombre como persona en una sociedad democrática adecuada; una recuperación de saberes para el pensamiento filosófico, como la historia, la literatura, el arte; un encuentro entre filosofía y poesía, entre intuición y creación; y, en fin, una filosofía que intenta comprender e interpretar todo aquello que sucede y nos rodea. La plena realización de la persona es, según ella, la meta ideal a la que debe tender el proceso de la historia, persona que sólo puede realizarse en plenitud en una estructura de la sociedad que le es adecuada: la democracia.

En este palacio de las palabras, en esta casa de las naciones, llega la voz de María Zambrano para recordarnos que la Historia no pasa por nosotros. La Historia la hacemos mientras la creamos, el mundo se está abriendo, dando a luz a una nueva época. Y cito a Zambrano: «Una concepción nueva de la vida se gesta. Es una nueva época que se inicia, que sale a luz entre tanta contradicción. Creemos de nuevo la posibilidad de la historia. Sólo falta descubrirla poco a poco, con amorosos ojos».

Abrimos un espacio en estas jornadas para el diálogo, para profundizar en un pensamiento cuyo germen se encuentra en la palabra. Pero una palabra que gira en torno a una idea que no debemos olvidar nunca: la esperanza. «El europeo ha creado dirigiéndose al

horizonte de la esperanza», afirma la pensadora veleña, porque para ella, «aun en medio del terror el amor no se resigna», y prevalecerá ante las adversidades. Zambrano entiende que el hombre no se define por su razón ni por la acción, sino porque es un ser abierto a la esperanza. «Es la substancia de nuestra vida, su último fondo; por ella somos hijos de nuestros sueños». Soñemos por tanto con un mundo mejor, construyamos ese mundo, llevemos a plenitud ese gran proyecto de un mundo menos contaminante, más tolerante; menos violento y más integrador, plural y diverso.

Como presidente de la fundación, con sede en la ciudad que vio nacer a María Zambrano, posiblemente la española más universal del siglo XX, deseo agradecer el esfuerzo y la dedicación a todos los que la ayudaron en vida y a los que posteriormente trabajan para la difusión de su pensamiento cada vez más actual, tanto desde su fundación como desde muchos otros rincones del planeta. Espero y deseo que estas jornadas se conviertan en un altavoz que lleve al mundo una señal nítida y clara de que mantendremos viva la llama de María Zambrano, la llama de un pensamiento que aún hoy sigue encendida para descubrirnos al otro ante nosotros, a cuestionarnos ante el misterio de la vida que nos envuelve y nos invita a no bajar los brazos y conservar y proteger el mundo que nos rodea para nuestra generación y las venideras.■

ANTONIO MORENO FERRER

Alcalde de Vélez-Málaga
y Presidente de la Fundación María Zambrano

ROSA MASCARELL DAUDER

Patrona de la Fundación María Zambrano

Chemin de La Pièce-Crozet

Resumen

Reportaje del Homenaje a María Zambrano que tuvo lugar en la que fue su casa en el País de Gex, el 14 de octubre del 2022. Organizado por el Ayuntamiento de Crozet, los actuales moradores y la Fundación María Zambrano.

Palabras clave

María Zambrano; Crozet; La Pièce; Francia; Exilio; Fundación María Zambrano; Gex; homenaje;

Abstract

Report of the Tribute to María Zambrano that took place in which it was his house in the Pays de Gex, on October 14th 2022. Organized by the Municipality of Crozet, the current residents and the María Zambrano Foundation.

Keywords

María Zambrano; Crozet; La Pièce; France; Exile; María Zambrano Foundation; Gex; tribute;



Placa conmemorativa de la presencia de María Zambrano en Crozet.

Escribía María Zambrano desde Crozet en su diario un día de marzo de 1969: «...la palabra perdida es, a su vez, uno de esos misteriosos símbolos que la historia no desgasta»¹. *Perdida* ella misma en los bosques del Jura, no dejó de escribir para intentar salvar tanto la soledad como el olvido. Casi veinte años vivió en la Francia cercana a Ginebra y en la capital suiza misma, del 1964 al 1984. Digo *casi*, porque entre medias hubo algún viaje, por ejemplo a Grecia con la familia de Timothy Osborne, y una estancia en Roma de pocos meses.

Donde más tiempo habitó fue en la vieja granja del Chemin de La Pièce, desde septiembre de 1964 hasta principios de 1978. Allí se descubrió, el 14 de octubre del 2022, una placa que conmemora su vida en dicho lugar. El centro de su escritura más recogida y al mismo tiempo más universal. Si decimos «La Pièce» nos viene al pensamiento inmediatamente *Claros del Bosque*, pero no debemos olvidar que llega allí cargada de apuntes y escritos no publicados, conservados en carpetas, que revisa y amplía, aguardando «el momento propicio de ser entregado a la atención del posible lector». Todos ellos tienen algo en común cuando los leemos: compromiso, piedad, responsabilidad para con cada persona... perfilar una ética.

Si en el año 1940 en Puerto Rico escribía refiriéndose a los totalitarismos: *Nos han quitado, nos han quitado... los principios protectores y rectores: Democracia y Libertad*. En 1973 en Crozet escribe: *Siempre es ahora. Y si no es ahora, no es nunca*. De forma que ella sigue escribiendo «sin finalidad ni proyecto», «porque sí», sin «la falta original» de escribir para publicar, pero sintiendo la responsabilidad de «hacer una verdad aunque sea escribiendo». Esto es lo que se puede leer en

1. Zambrano, María, *Obras Completas*, vol. VI. Barcelona, Galaxia Gútemberg, 2014, p. 478.



Camino en Crozet hacia la casa de
María Zambrano, verano 2022

FOTO: ROSA MASCARELL

el prólogo a *El hombre y lo divino* del año 1973. Título que ella cree que puede englobar toda su obra pues se siente siempre escribiendo de lo mismo, «dando a ver lo que ve, en lo que entra inevitablemente el pensar».²

María Zambrano decía: «me commueve haberme atrevido a escribir» y, al mismo tiempo: «¿por qué hay que decir? ¿Por qué la palabra y no el silencio luminoso, con su propia materialidad?». El *silencio luminoso* es quizás indescifrable para muchos porque nos obliga a centrarnos en nuestro propio cuerpo, al que tantas veces desatendemos: escuchar, ver, tocar, respirar, degustar... si pensar no es más que descifrar lo que se siente, entonces, ¿por qué se escribe?

^{2.} op. cit. vol. III, p. 99 y ss.

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable... un poder, potencia de comunicación, que acrecienta su humanidad... que va ganando terreno al mundo de lo inhumano, que sin cesar le presenta combate.³

Desde sus primeros pasos como escritora, en 1934, se pregunta Zambrano el por qué del escribir y seguirá fiel a dicha cuestión lo largo de los años y es lo que la sostiene en la soledad de Crozet: «... más me acerco al final, más imperiosamente se me muestra la ley de que hay que dejar algo cuando uno se vaya». Escribe el 24 de febrero de 1967 desde La Pièce a José Ferrater: «...nada hay que nos condene más que el hueco de lo no hecho. Y así andamos los pobres a quienes no se nos da pasar del pensamiento a su realización: nuestra vida y nuestra obra es solo suficiente para dibujar, y si acaso, los huecos de lo dejado».⁴

Esos profundos *huecos de lo dejado* son las huellas que nos ha permitido seguir su camino, profundizar en su pensamiento y, quizás, completar su obra siguiendo el camino de su legado. Por esta razón, la Fundación María Zambrano ha ido descubriendo la estela dejada por Zambrano en los sitios a los que su peregrinar la llevó. En octubre del 2022 fue Ginebra y la Francia cercana a la capital suiza. En este número de la revista *Antígona* se da cuenta de las diferentes aportaciones, conferencias y mesas redondas que se celebraron, pero me gustaría ahondar en un hecho simbólico: rendirle homenaje en el pueblo (*commune*) en el que María Zambrano residió durante tantos años, en el que descubrió la naturaleza, ella tan urbanita, donde se enfrentó a la enfermedad y muerte de su hermana y, en definitiva, el lugar que le inspiró el más profundo sentir del que brotaron algunas de las mejores palabras de su pensar.

En la propia placa se recuerda que en La Pièce escribió *Claros del Bosque*, la obra que la llevó a ser más conocida y que la puso en el camino de ser considerada la primera mujer digna de recibir el Premio Cervantes. El arduo aislamiento en un pequeño pueblo de montaña sin vehículo propio, responsable de su hermana enferma y de su primo Mariano Tomero, lo transmuta en soledad creativa. En su periodo en Crozet, no solo escribió *Claros del Bosque*, también *La tumba de Antígona*, la ampliación de *El hombre y lo divino*, *Notas de un método*, *De la Aurora*, *Los bienaventurados...* más los libros que nunca concluyó como *Los sueños y el tiempo* o *Historia y Revelación*. Como se ha explicado muchas veces, y ella misma nos lo recuerda en el prólogo al *Hombre y lo divino* que hemos mencionado, la falta de perspectivas de publicación la lleva a viajar con sus escritos y a volver a sus temas de fondo una y otra vez con vistas a perfilar lo que siempre tuvo en mente: una ética basada en el amor y la piedad.

Durante el 2022, tuve la suerte de poder residir durante un tiempo en Ferney-Voltaire y en Crozet, a pocos metros de donde discurrió la vida de María Zambrano en dichas poblaciones. Por fin pude poner imagen a las palabras con las que ella describía estos lugares. Cuando vivíamos en Madrid, de vez en cuando me pedía hablar con la señora Giraud para saber sobre su salud y para pedirle que llevara flores a la tumba de Araceli. Entonces yo me imaginaba prados verdes,

3. Zambrano, María; «Por qué se escribe», Madrid, 1934, *Revista de Occidente*, tomo XLIV, p. 318.

4. Zambrano, María-Ferrater, José, *Epistolario*. Sevilla, Renacimiento, 2022. p. 181.

El presidente de la fundación, Antonio Moreno, y la alcaldesa de Crozet, Martine Jouannet, antes del descubrimiento de la placa. Detrás, el montaje de la foto original de María Zambrano ante la ventana con José Ángel Valente y José Miguel Ullán, gentileza de la familia Dixon.



montañas boscosas y casas de madera y piedra rodeadas de vacas. No se distancia mucho de lo que es ahora Crozet, aunque las vacas han sido sustituidas por ovejas tras la epidemia que sufrió el ganado vacuno hace años. Ello acabó también con la fábrica de queso local y la reconversión de la zona en residencia de *fronteliers*, algunos de los cuales trabajan en el CERN que cruza subterráneamente la zona. El *Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire* es oficialmente observado por las Naciones Unidas y en el 2013 recibió el Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica. En su presentación dice así: «En el CERN, investigamos la estructura fundamental de las partículas que componen todo lo que nos rodea. Lo hacemos utilizando los instrumentos científicos más grandes y complejos del mundo»,⁵ planteándose preguntas que fascinarían a María tales como «¿Cuál es la naturaleza de nuestro universo? ¿De qué está hecho?».

Al cambiar el perfil de los habitantes, urbanizaciones de chalets han venido a repoblar los prados. De todas formas, la población no es excesiva, sigue siendo una pequeña y apacible aldea del *Pays de Gex*, en el departamento de Ain, de la región de Auvernia-Ródano-Alpes. Cuando vivía María eran unos 300 habitantes, ahora son cerca de 2.000.

El 14 de octubre del 2022, una representación de las autoridades locales encabezadas por la alcaldesa Martine Jouannet y de la Fundación María Zambrano, con su presidente Antonio Moreno a la cabeza, junto con los actuales propietarios y habitantes de la que fue residencia de las Zambrano, el matrimonio Dixon, inauguraron una exposición sobre María Zambrano en la Biblioteca Municipal de Crozet y, como ya hemos referido, descubrimos una placa

5. <https://www.home.cern/>



Antonio Moreno, Corinna Dixon,
Neil Dixon y Martine Jouannet,
14 de octubre 2022.



Inauguración de la exposición sobre
María Zambrano en la Biblioteca
Municipal de Crozet. Foto de
grupo, de izquierda a derecha: Luis
Ortega, Antonio Moreno, Martine
Jouannet, Rosa Mascarell, Joaquín
Verdú de Gregorio, Alma Leoni, José
Mouriño, Lucila Valente, Rogelio
Blanco y Dolores Villareal, 14 de
octubre 2022.



Vista parcial de la exposición dedicada a María Zambrano en la Biblioteca Municipal de Crozet.

conmemorativa en la que fue su casa. Nos acompañaron también personas que habían conocido a María viviendo en esta casa, como Lucila Valente, que la visitaba junto a sus padres Ángel Valente y Emilia Palomo. Precisamente Lucila le indicó el lugar a José Manuel Mouriño (también presente en el homenaje) para poder realizar el documental «El método de los claros».⁶ Alma Leoni tampoco quiso faltar al encuentro, ella que tanto acompañó a María en Ferney-Voltaire junto a Julio López Cid. Así mismo, se acercó alguna vecina que todavía se acordaba de Araceli Zambrano. Tras las palabras de reconocimiento y agradecimiento, tanto las autoridades de Crozet como de Vélez-Málaga quedaron de acuerdo en iniciar los trámites para un próximo hermanamiento. Así se expresa en el número 70 de la revista «Contact. Le journal de Crozet» donde se escribe en la página 15:

Ce 14 octobre, après le vernissage à la bibliothèque de l'exposition consacrée à l'oeuvre de María Zambrano, la plaque commémorative de son séjour à Crozet a été inaugurée chez Corinna et Neil Dixon à Villeneuve en présence de la délégation espagnole de la Fondation María Zambrano et M. le maire de Vélez-Málaga, Antonio Moreno Ferrer. Une belle cérémonie de possibles futurs échanges entre les deux communes.

6. <https://www.rtve.es/play/videos/somos-documentales/otros-documentales-maria-zambrano-metodo-claros/5474502/>

Ahora los habitantes del País de Gex pueden disfrutar de la lectura de la obra de María Zambrano acudiendo a la Biblioteca de Crozet y saber algo más de la figura de nuestra primera mujer Premio Cervantes de las letras castellanas,

primera persona galardonada con el Príncipe de Asturias de comunicación y humanidades y la filósofa más universal desde la Generación del 27.

Zambrano llegó a La Pièce cargada de carpetas de apuntes y, como las personas conocedoras de su obra saben, ella revisitó continuamente sus figuras fundamentales, como San Juan de la Cruz o Antígona por poner solo dos ejemplos que encarnan esa ética basada en el amor y la piedad. Esta última figura, Antígona, fue central y nexo de unión en la mesa redonda de las investigadoras Cristina Martínez Torres (Universidad de Ginebra) y Nadège Coutaz (Universidad de Lausana): «Exiliadas republicanas en Suiza, los casos de María Zambrano y Clara Campoamor». Tuve el honor de coordinar esta mesa redonda donde la figura de Antígona aparece diáfana en estas dos mujeres exiliadas, solitarias, pero escribiendo desde su trágica experiencia de la guerra fratricida. Ambas, tanto Campoamor como Zambrano, nos dan una lección de paciencia, de lucidez, de amor y de compromiso, mostrando que un nuevo talante en política es necesario, un talante no violento sino mediador y conciliador, donde la palabra sea escuchada y no se imponga la fuerza bruta, una disposición, en definitiva, de talante femenino.

Recordemos que María publica *La Tumba de Antígona* en 1967, cuando vive en Crozet, aunque es una figura de la que escribe desde los años 40 en París y La Habana, y que tiene ya *in mente* desde la Guerra Civil cuando reside en Barcelona. Antígona encarna el despertar de la conciencia por el que se llega a la edad adulta, por eso puede decir que es un arquetipo universal que todos llevamos en nuestras entrañas.

Huelga decir que hoy es más que nunca necesaria dicha actitud cordial, mediadora y dialogante. Sobran los sacrificios sangrientos. Recordemos que María Zambrano salva a Antígona del suicidio, piensa que es un desenlace desacertado en la tragedia de Sofocles. Antígona en su cueva-tumba-refugio, realmente nace a la conciencia, así es posible conservar un rayo de esperanza ante toda tragedia. El sacrificio así, debería ser el esforzarnos por la vida, por comprender y comprendernos, con el afán de estrechar lazos de afecto entre las personas, para vivir, no para morir. Seguir el peregrinar de María Zambrano por diferentes países ha llevado a la Fundación María Zambrano a mostrar ese talante con el ejemplo, lo que nos ha enriquecido a las personas que hemos tenido la suerte de participar en alguno de estos encuentros.

Como patrona de la Fundación María Zambrano no puedo más que agradecer a la Mairie de Crozet, Martine Jouannet, a la familia Dixon que ahora vive en la casa que fue de María, a Abraham Madroñal por organizar estas jornadas desde la Universidad de Ginebra, a Francisco Cenzual, canciller de la embajada española ante las Naciones Unidas, donde se celebró una sesión del encuentro en la sala XX del Palacio de las Naciones, precisamente la Sala de los Derechos Humanos, cuya cúpula diseñó Miquel Barceló. Mantener viva la palabra de María Zambrano, escucharla, hacerla nuestra y luchar por la dignidad humana desde su palabra, es el homenaje más entrañable que podemos realizar a nuestra filósofa. ■

MERCEDES GÓMEZ-BLESA

Catedrática de Filosofía

Patrona de la Fundación María Zambrano

Habitar en el vacío

Resumen

Hay espacios que tienen una dimensión simbólica que actúan como horizonte de sentido. En el caso de María Zambrano, esta toposofía, este espacio de pensamiento fue, sin duda, la Pièce, esa pequeña localidad francesa, protegida por el macizo del Jura, cercana a Ginebra, donde la autora consumó sus últimos años de exilio. En ese espacio natural privilegiado escribió *Claros del bosque* y en él se inspiró para encontrar las metáforas y símbolos que guiaron el último trayecto de su pensamiento.

Palabras claves

Toposofía; razón poética; exilio.

Dwelling in the Void

Abstract

There are spaces that have a symbolic dimension that act as a horizon of meaning. In the case of María Zambrano, this toposophy, this space of thought was undoubtedly the Pièce, that small French town, protected by the Jura massif, near Geneva, where the author spent her last years in exile. In that privileged natural space he wrote *Claros del bosque* and in it he was inspired to find the metaphors and symbols that guided the last path of his thought.

Keywords

Toposophy; poetic reason; exile.

Hay lugares que transcinden su condición de mero emplazamiento físico para devenir en una topografía del pensamiento, en un espacio que inspira una determinada forma de pensar. Podríamos hablar de lo que en otro lugar he denominado como «toposofía», esto es, la extraña sinergia que se da entre el modo de habitar un lugar y el modo de conocimiento que en él se despierta. Hay espacios que tienen una dimensión simbólica que actúan como horizonte de sentido. En el caso de María Zambrano, esta toposofía, este espacio de pensamiento fue, sin duda, la Pièce, esa pequeña localidad francesa, protegida por el macizo del Jura, cercana a Ginebra, donde la autora consumó sus últimos años de exilio, en una humilde casa de campo (la «choza»¹, la llamaba ella irónicamente), enclavada en medio del bosque, acompañada por su primo Mariano Tomero Alarcón, su fiel servidor, un ser bienaventurado que solo en la entrega se cumple.

Podríamos decir que la filósofa malagueña pertenece a esa estirpe de «pensadores de la cabaña», los emboscados, los filósofos de la intemperie, aquellos que eligen un apartamiento o exilio del mundo, una especie de *anachoresis* laica como forma de vida, en busca de un adentramiento interior que los reconduzca a su ser esencial. La cabaña se convierte en hueco, celda o cámara donde ir a sumergirse, como buen anacoreta, en una intimidad profunda y arcaica. La cabaña es desierto, ausencia de mundo, atopía. No es extraño que Gaston Bachelard escribiera en su *Poética del espacio* que «la cabaña aparece como la raíz pivote de la función de habitar», donde se da una «soledad centrada» que permite, sin miedo, habitar el vacío, alcanzar lo que Jacques Lacarrière denominaba la «idiorritmia», esto es, de un ritmo propio de vida, más allá de toda estricta disciplina social, pero sin renunciar al contacto ocasional con los otros.

Thoreau (Zóro) dio el pistoletazo de salida de esta estirpe de pensadores solitarios. Se alejó de la ciudad para llevar una vida apartada en medio del bosque, en una cabaña hecha con sus propias manos, en una propiedad de Emerson cercana al lago Walden. Allí nació *Walden o Vida en el bosque* (1845), verdadero alegato de una existencia austera y autárquica en el medio natural, donde encontramos esta declaración de principios: «Fui a los bosques porque quería vivir solo, deliberadamente, para afrontar los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que tenía que enseñar y no descubrir, a la hora de la muerte, que no había vivido».²

También perteneció a esta estirpe el autor del *Tractatus*, quien en 1913 decidió aislarse en Skjolden (Noruega) en otra cabaña construida también por él mismo. Allí, a solas con la naturaleza, el pensador progresaba a diario en su obra. «¡Míamente está en llamas!», llegó a declarar a un amigo algunos meses más tarde. Su trabajo era febril. Su conciencia se abría bajo aquel frío criminal. Pronto convirtió la barraca en el único lugar posible de su mundo. No tenía electricidad ni agua. Cortó toda comunicación con el resto y los pocos visitantes que se dejaban caer por aquel inhóspito paraje eran agasajados por el filósofo con un paseo, a veces a pie, otras en barca por las aguas gélidas del fiordo. Skjolden fue su lugar natural, al que siguió siendo fiel Wittgenstein durante años, casi siempre en verano o primavera, donde pasaba largas temporadas sin hablar con nadie, centrado en su escritura.

1. Zambrano, María, *Cartas de la Pièce* (Correspondencia con Agustín Andreu), Valencia. Pre-Textos-Universidad Politécnica de Valencia, 2002, p. 32.

2. Henry David Thoreau, *Walden o la vida en el bosque*, Madrid, Cátedra, 2007.

Años después, a unos miles de kilómetros de distancia, Martin Heidegger tomó una decisión parecida: se internó entre dos montañas, en el corazón de la Selva Negra, al sur de Alemania, y allí estableció su guarida. Él mismo llamaba a este coqueto y práctico refugio de esquiadores, de aproximadamente 6x7 metros en planta, «die Hütte» (la cabaña). En él escribió, al calor del fuego, muchos de sus más famosos escritos, desde sus primeras conferencias y sus primeros apuntes de *Ser y Tiempo*, hasta sus últimos y tal vez más enigmáticos textos. A lo largo de cinco décadas, Heidegger consiguió en su cabaña una intimidad emocional e intelectual que le permitió una disposición de apertura al mundo, un adentramiento en el «claro de lo abierto», espacio donde se desvela el ser de cada ente. Únicamente la vida en medio de la naturaleza es el lugar propicio para el desocultamiento de la verdad originaria de cada cosa. *Todtnauberg* representó, para Heidegger, un lugar del pensamiento. La *anacoresis* que podía practicar en este lugar apartado, en medio de la montaña, tenía la virtud de propiciar la *alétheia*, esto es, la manifestación de la verdad de los objetos de nuestro entorno, más allá de la lógica utilitarista y dominadora del mundo técnico. Procuraba la posibilidad de un habitar poético donde se da una relación de cercanía con las cosas que actúa de *a priori* para la mostración de su esencia. «El poeta, al decir la palabra esencial, nombra con esta denominación, por primera vez, al ente por lo que es y así es conocido como ente. La poesía es la instauración del ser con la palabra»³.

Este modo de habitar poético también lo experimentó María Zambrano durante los últimos años de su exilio en su pequeña *ferme* del Jura francés. En este lugar de soledad y de quietud nacieron con lentitud las páginas de *Claro del bosque*, a golpe de inspiración —o si se prefiere, de «delirio»— desde comienzos de la década de los 70, coincidiendo con el agravamiento del estado de salud de su hermana Araceli y su posterior deceso. Con la muerte de su hermana, la autora desataba el último lazo que la unía al horizonte familiar y se convertía en su última superviviente. Retirada en este lugar de apartamiento había alcanzado un estado anímico especial que ella misma calificó de «exilio logrado», es decir, la asunción plena de la condición de exiliado que adviene después de haber atravesado varias etapas que se le ofrecen, como exigentes pruebas, a todo aquel que ha tenido que abandonar su suelo natal. Zambrano concebía el exilio, en clave mística, como un rito de iniciación que ha de ser consumado atravesando varias moradas hasta alcanzar el «verdadero exilio». Los dos estadios previos que se deben padecer y las dos figuras que se han de encarnar antes de convertirse en un exiliado son: primero, la del refugiado, que es aquel que todavía no experimenta el sentimiento de abandono, al sentirse acogido por un nuevo lugar donde puede hacerse un espacio propio; y, en segundo lugar, la del desterrado, que tampoco padece la orfandad, pues todavía alimenta la esperanza de volver a su tierra y ello le lleva a sufrir solo por la expulsión y la lejanía física del país perdido. En cambio, la condición de exiliado la alcanza solo aquel que ha dado un paso más allá del refugiado y del desterrado, un paso más allá en el abandono, porque es aquel que ya ha perdido toda esperanza del regreso y vive, por ello, en la ausencia no solo de la propia tierra, sino de cualquier tierra. Vive en el no-lugar, en el vacío, en el desamparo. Está fuera y en vilo:

3. Heidegger, Martin, *Arte y poesía*, México, FCE, 1985, p. 137.

Le caracteriza más que nada: no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni [...] ontológico. No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada. [...] Haberlo dejado de ser todo para seguir manteniéndose en el punto sin apoyo ninguno.⁴

El exiliado va, poco a poco, desposeyéndose, despersonalizándose; va quedándose desnudo ante los elementos, reducido a su ser esencial, despojado de todo. Se acerca a la nada, al no-ser, al estado primero de inocencia, después del nacimiento. Es un «resto», un «deshecho» de una historia truncada. Está ahí, embobado en su pasado, arrobadó en su historia, sin saber muy bien ya las razones de su permanencia en ese filo entre la vida y la muerte. De ahí que el exiliado, según Zambrano, se asemeje a la figura de esos «idiotas» pintados por Velázquez («El bobo de Coria» o «El niño de Vallecas»), pobres pasmados, que han olvidado el motivo de su presencia, pero que, sin embargo, atesoran, como si fueran figuras sagradas, como bienaventurados, una verdad humilde, la verdad del simple. El exiliado ha dejado de ser personaje de la historia para devenir «criatura de la verdad». Su verdadera misión no es otra, por tanto, que la de constituirse en una conciencia lúcida, después de haberse liberado del dolor y de toda pasión, en ese sosiego que aparece después del llanto, cuando se sabe ya todo perdido y no hay motivo para seguir alimentando la esperanza ni, por tanto, la desesperanza.

Esta especial revelación del exiliado es fruto, como vemos, de un específico estado de lucidez que aparece, no por un denodado esfuerzo intelectual, sino por una consumación total de una experiencia límite de sufrimiento en la vida. Dicha conciencia, pues, se identifica con lo que nuestra autora denomina, «saber de experiencia», es decir, un saber que solo se alcanza a través de una experiencia dolorosa; un saber «trágico» que nos remite, inevitablemente, a ese «saber padeciendo» del que hablaba Sófocles, a la revelación o «anagnórisis» que alcanza el protagonista de toda tragedia griega como recompensa de su dolor. Se trata de una razón o conciencia que está más emparentada con el «delirio», con esa «revelación» de las entrañas, que con la claridad cartesiana. El exiliado, al igual que el místico, «revela sin saber»⁵. Por ello, el no-lugar del exilio se convierte en el espacio de la revelación de la verdad.

En este espacio surgió *Claros del Bosque*, fruto de esa sabiduría que adviene después de haber descendido a los infiernos de la historia, cuando se ha aprendido a habérselas con la nada, cuando ya se ha aprendido a habitar en el vacío, como hace el místico. En este estado de nadificación y desasimiento, de renuncia, es cuando se alcanza esta sabiduría del claro del bosque, sabiduría que utiliza la metáfora y el símbolo como su vehículo de expresión. De ahí el carácter poetizante del discurso de Zambrano que provoca un mayor hermetismo comprensivo. En *Claros del bosque* encontramos junto a imágenes de la tradición mitológica griega (la Medusa, Apolo, Atenea, la cicuta, la luna), elementos pertenecientes a la simbología de la mística cristiana (el centro, el punto, el corazón, la llama, la noche oscura, la cruz). La autora, pues, utiliza estos recursos expresivos para hablar de un modo indirecto, siempre alusivo, de una experiencia personal de revelación del ser que se da en un estado especial de

4. Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid, 1990, p. 36.

5. *Ibidem*, p. 33.

conciencia, en el que se logra respirar al unísono con la totalidad. La intención que preside *Claros del bosque* no es otra que el intento de transmitir estas vivencias extáticas, súbitas y discontinuas, alcanzadas en esos instantes privilegiados, esos fulgores, en los que se produce una mostración del ser. Zambrano es consciente del carácter inefable de estas «revelaciones» o «visiones». Lo enunciable parece estar herido por lo indecible, pues nos habla de una extrañeza interior difícilmente descifrable en términos lógicos, como ocurre en toda experiencia mística. De hecho, Zambrano se hace eco del «modus loquendi» de la mística, especialmente de San Juan de la Cruz y de Miguel de Molinos, haciendo uso de algunos recursos estilísticos y retóricos del discurso místico, como son el oxímoron, la paradoja y la antítesis, en los que el lenguaje se cuestiona a sí mismo a través de una técnica de manipulación lingüística que tiene por objeto transmutar las coherencias de las significaciones y retorcer las palabras para hacerlas decir aquello que no se puede decir («un no sé qué que quedan balbuciendo»). El oxímoron viola la lógica del discurso al enlazar dos términos antagónicos pertenecientes a órdenes distintos («música callada», «soledad sonora», «oscura claridad») y a través de esta perversión del discurso crea un hueco o vacío en el lenguaje que permite mostrar lo que no dice, lo que no se deja cifrar en conceptos. El lenguaje místico utiliza vocablos conocidos, pero dispuestos de un modo inusual que diseña un nuevo espacio de mostración en el que se pone de manifiesto lo otro del lenguaje, al hacer que las palabras sugieran, sin decir, el duelo de la separación. Por ello, la mística, al mismo tiempo que muestra lo inefable, lo oculta, lo torna secreto, lo vela. De ahí la extrañeza que siembra siempre un texto de estas características, un texto que supone la opacidad del signo, en tanto quiebra la relación habitual entre el significante y el significado. Esta opacidad también la encontramos presente en *Claros del bosque* justamente por esta intención de la autora de hablar de aquello de lo que no se puede hablar, solo experimentar. No creo, pues, que este pueda ser un demérito de la obra, en contra de lo que opina la estudiosa Ana Bundgaard que achaca al empleo que hace Zambrano de las imágenes simbólicas el carácter «críptico», rayano en lo incomprensible, de esta obra:

Para esquivar la razón discursiva, la autora de *Claros del bosque* en vez de conceptos utiliza imágenes, pero no habría que olvidar que estas imágenes resultan tan abstractas como los conceptos que Zambrano voluntariamente rehúye. De hecho, la lógica de los conceptos, imprescindibles en un discurso filosófico, es sustituida en el discurso poetizante por imágenes lexicalizadas que reduplican la penumbra que envuelve las cuestiones relacionadas con el ser y el ente sobre las que escribe la autora. Descifrar estas imágenes exige, en nuestra opinión, un esfuerzo interpretativo que el concepto, si es operativo, normalmente no requiere.⁶

6. Bundgaard, Ana, *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta, p. 433.

Sí compartimos, en cambio con Bundgaard, la opinión de que el uso que hace Zambrano de dichos recursos retóricos no debe dar pie a confundir el texto poetizante y, en algunos momentos, de un marcado tono lírico, de *Claros del bosque*

con un texto «poético» de naturaleza mística. La diferencia entre el lenguaje poetizante de Zambrano y la poesía mística estribaría en que las imágenes y símbolos que utiliza esta última son *expresión* de esta experiencia inefable que nos hace sentir el silencio como máxima resistencia de la palabra a nombrar lo inefable. Zambrano, en cambio, según esta estudiosa, haría un uso pedagógico y explicativo de dichas imágenes y símbolos, emparentando, de este modo, el discurso de *Clara del bosque* con los comentarios en prosa de San Juan que pretenden aclarar la simbología mística de su poesía.⁷

Bundgaard señala otra diferencia más entre el lenguaje poético y el lenguaje poetizante de Zambrano: en el poema, el poeta asiste a la revelación misma del ser en el acto de la escritura, pues la acción propia de la palabra poética no es otra que la de crear el espacio de anunciaciόn de la verdad —como decía Heidegger en sus comentarios sobre la poesía de Hölderlin—, mientras que el discurso zambraniano nos remite a una vivencia previa de la verdad, experimentada por la autora, en la que se aúna el sentir y el conocimiento.

Zambrano nos legó esta experiencia de la penuria y de la renuncia como reflexión sobre la condición humana, pero hizo todavía algo más: nos mostró el camino o método para superar este exilio ontológico. La razón poética no es otra cosa que el método del regreso, del retorno al ser. Por ello, su pensamiento no tiene un carácter teorético, sino que es ante todo una «forma de vida», una razón práctica que nos comina a una transformación interior, a un «cuidado de sí mismo», como defendía el último Foucault, aprendido de las viejas escuelas morales de la Antigüedad, donde la persona se dirigía a sí misma para asistirse, para ocuparse de sí y de los otros. Quizás no haya nada más revolucionario hoy en día que este cuidado de uno mismo y de los otros, frente al individualismo que fomenta la economía neoliberal.

Este método zambraniano, contrario al método cartesiano, tiene como objetivo el descubrimiento de nuestro ser esencial, pues la situación inicial de todo hombre es de ocultamiento y de opacidad respecto de su propio ser: «el hombre es un ser escondido en sí mismo». Este ocultamiento se produce en el mismo momento en el que inicia su existencia y se construye un personaje (un yo), cayendo en el olvido de ese estado anterior, previo a su nacimiento, una especie de «vida pre-existente» en la que se encontraba en comunión y participación con la Unidad primordial. Este Uno es el principio y fundamento de la realidad, es un Absoluto dador del ser de todas las cosas, «lugar primero que parece sea como un agua donde el ser germina, al que no se puede llamar naturaleza, sino quizás simplemente lugar de vida». Vemos, pues, como esta ontología zambraniana es deudora de la ontología gnóstica y neoplatónica que tanta influencia tuvo, posteriormente, en San Agustín y en toda la mística cristiana.

Según la filósofa veleña, el existente, a pesar de haber perdido esta vida prenatal, recuerda y siente en sí la huella de este origen, bajo la forma de un sentimiento que nombra como «Amor preexistente», que le hace padecer la enfermedad del Uno, la enfermedad de la escisión. El individuo experimenta su existencia, pues, como un desgarro de esta matriz ontológica, como un exilio de la «fuente de la Vida». Por eso, dirá Zambrano que el hombre es aquel ser que «padece su propia

7. Bundgaard, Ana, *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, op. cit., p. 428.

trascendencia», que siente la ausencia del Absoluto y será este sentimiento de pérdida el que le hace ir en busca de un lugar marcado por la ausencia.

El amor, en tanto sentir originario de esta fuente de vida, nos conmina a atender la llamada de nuestro ser oculto que clama por salir de su nido. Esto es a lo que la filósofa denomina «despertar» que no es otra cosa que la revelación de nuestro ser esencial que nos conecta con el fondo sagrado de lo real. El amor, como agente divino en el hombre, será el encargado de dicha revelación, al actuar como una luz o fuego iluminador de nuestras entrañas que logra un espacio de visibilidad para la mostración o presencia de nuestro ser. Es un «sentir iluminante», un «sentir que es directamente conocimiento sin mediación alguna», «conocimiento puro, que nace en la intimidad del ser», nos dice en *Claros* la autora. Es la «llama de amor viva»⁸ de la que hablaba San Juan de la Cruz en su célebre poema y que en la simbología cristiana se representa con la imagen de un corazón ardiendo. Ya había abordado Zambrano en *El hombre y lo divino* esta naturaleza trascendente del amor:

El amor trasciende siempre, es el agente de toda trascendencia en el hombre. Y así, abre el futuro; no el porvenir que es el mañana que se presume cierto, repetición con variaciones del hoy y réplica del ayer: el futuro, la eternidad, esa apertura sin límite a otro espacio y a otro tiempo, a otra vida que se nos aparece como la vida de la verdad.⁹

Recordemos que la autora considera —y esto constituye una de las ideas-fuerza de su filosofía— que nuestro ser y el ser del mundo se revela siempre a través de una experiencia pática y no noemática. Traigamos a colación, en este sentido, un breve fragmento de *Para una historia de la Piedad*:

Todo, todo aquello que puede ser objeto del conocimiento, lo que puede ser pensado o sometido a experiencia, todo lo que puede ser querido, o calculado, es sentido previamente de alguna manera; hasta el mismo ser que, si solamente se le entendiera o percibiese, dejaría de ser referido a su propio centro, a la persona.¹⁰

El sentir, sobre todo el amor y una de sus formas, la piedad, es considerado como aquella dimensión del hombre que abre el espacio interior para la aparición de la verdad, es decir, para la manifestación de nuestro ser y del fondo sagrado que lo sustenta (Dios). Crea una morada íntima para que tenga lugar una hierofanía, al mismo tiempo que la anunciación de nuestro ser. Por ello, es previo a cualquier otra actividad humana, incluida la actividad intelectual: «La realidad, ya los filósofos lo descubren nuevamente, se da en algo anterior al conocimiento, a la idea. Ortega y Gasset, el filósofo español, estaba elaborando su Razón vital a base de su descubrimiento de que la realidad es previa a la idea, contrariamente a lo formulado por el «idealismo». Y si es previa a la idea, ha de ser dada en un sentir».¹¹ Por ello, la autora enaltece la dimensión pática hasta hacer de ella la auténtica esencia humana:

El sentir, pues, nos constituye más que ninguna otra de las funciones psíquicas, diríase que las demás las tenemos, mientras que el sentir lo somos. Y así, el signo supremo de veracidad, de verdad viva ha sido siempre el sentir; la fuente última de legitimidad de cuanto el hombre dice, hace o piensa.¹²

Frente a la llamada de nuestro ser esencial y del Absoluto, el hombre tiene dos opciones: olvidarla y hacer caso omiso de la misma para construir un Yo en solitario, con el esfuerzo de su voluntad y de su acción (sujeto faústico de Goethe: en el principio era la acción); o por el contrario, responder a su requerimiento y, siéndole fiel, ir rescatando de la oscuridad de la entraña su ser que le reconducirá, a su vez, hacia la unidad. Dos caminos, por tanto, se le ofrecen al viviente: «despertar existiendo» o «despertar naciendo».

El primero, «despertar existiendo», supone, para la autora, un camino erróneo, pues cifra en la razón el conocimiento de nuestro ser velado. Es el camino seguido por toda la filosofía que utiliza como estrategia para desentrañarlo el método dialéctico, el arte de las preguntas, y, sobre todo, de la pregunta de las preguntas, la pregunta por el ser que da inicio a la Metafísica. Responder a este interrogante será el cometido principal del saber filosófico que considera a la verdad como una «conquista», simbolizada por ese arduo ascenso del esclavo liberado hacia el mundo de arriba, relatado por Platón en el célebre mito de la caverna. Este esfuerzo consiste en reducir la heterogeneidad de lo real a la homogeneidad del espacio racional. Este es el modo de actuar de la razón de esta tradición filosófica, una razón violenta e impositiva que no busca saber tratar con la realidad, con lo diferente del sujeto, sino anularlo, reduciéndolo a las categorías cognoscitivas del sujeto.

Zambrano realiza una crítica radical del método de conocimiento seguido por buena parte de la tradición filosófica. Achaca al reduccionismo operado por la razón la inhibición del sentir originario que nos enlaza con la Totalidad. La autora insiste en la violencia de la filosofía como un saber que, en lugar de mantener al sujeto religado a lo real, lleva a cabo la tarea contraria: la fractura con las cosas, la escisión de la unidad originaria y de uno mismo. La filosofía es, de este modo, «un éxtasis fracasado por un desgarramiento» que nos aparta de la admiración primera, del estupor y de la extrañeza ante las cosas de la que hablaba Aristóteles al comienzo de su *Metafísica*. Esta actitud violenta no es propia de determinadas corrientes filosóficas, sino que se erige en principio constitutivo y señala de identidad de la disciplina filosófica, cuya acción ha sido siempre universalizar, abstraer, homogeneizar, aunque, bien es cierto, que con la «Metafísica de la Creación», auspiciada por el Idealismo, esta actitud se ha extremado. Recorremos que ya, en su temprana obra, *Filosofía y Poesía* (1939) la autora nos brindaba un diagnóstico del nihilismo de Occidente: a medida que el hombre cifra en su voluntad la creación de su ser, aumenta su sentimiento de vacío, de ausencia de fundamento óntico que despierta su angustia existencial. El ser humano pretende defenderse de esta angustia erigiendo un castillo de razones, un «sistema», pero desgraciadamente la nada sigue colándose entre los agujeros de esa fortaleza

11. *Ibidem*, p. 20.

12. *Ibidem*, pp. 11-12.

erigida por la razón. La libertad, elevada a esencia del sujeto por esta Metafísica Idealista, se convierte en un Absoluto que acaba anulando a la propia libertad, al querer elevarse en el vacío, sin sustento divino. El hombre quiere ser por sí mismo, asistido por su voluntad y conciencia, sin depender ya de Dios. Quiere existir en solitario, separado de la Unidad y anhela el viejo papel desempeñado por Dios para convertirse él en fundamento del ser del mundo y de sí mismo, sin estar, a su vez, fundamentado en nada, ni en nadie. El sujeto moderno desea dejar a Dios cesante para ocupar el puesto central de la divinidad. Esta «muerte de Dios» es el gran fracaso de Occidente, como desarrolla también en *la Agonía de Europa*.

En *Claros del bosque* vuelve a insistir en la idea de que la angustia del hombre contemporáneo radica en este hermetismo de las entrañas provocado por una razón impositiva que se rearma contra la revelación del ser inicialmente recibida, y que trastoca la luz inicial en una luz homogénea, una luz que «reduce seres y cosas a lo que de ellos hace falta solamente para ser recibidos nítidamente». Es una luz cegadora que retrotrae al ser escondido, de nuevo, a su nido, a su escondite. Esta razón fuerte de la tradición filosófica es incapaz, por tanto, de saber tratar con lo Otro, con ese fondo sagrado de lo real como fuente de vida. Es inhábil para habérselas con lo heterogéneo a ella, con aquello que se encuentra en un plano diferente del sujeto de conocimiento. Zambrano nos remite, otra vez, al tema de la Piedad enunciado en *El hombre y lo divino*, a la inhibición de este sentimiento de participación y de comunión con lo real que provoca la cerrazón de nuestro interior, la pérdida del centro, único espacio en el que el hombre puede llegar a respirar al unísono con el universo. De ahí nuestro irremediable exilio metafísico.

Frente a este camino de la razón filosófica, Zambrano nos invita a transitar otro camino, el camino de la razón poética, el único que nos va a permitir «despertar naciendo». La autora se convierte en la «guía» de este camino, indicando los pasos que debemos ir dando para retornar a nuestra matriz ontológica. De hecho, una obra como *Claros del bosque* puede ser considerada como una guía espiritual que, siguiendo el modelo de la de Maimónides o la de Miguel de Molinos —sus referentes más inmediatos— nos muestra la senda para lograr una «vita nova», una metamorfosis interior que nos haga capaces de crear un espacio de visibilidad de nosotros mismos. En la guía, el pensamiento queda reducido a su mínimo grado de abstracción y universalidad para devenir un saber práctico que ha de amoldarse a la persona concreta a la que va dirigida, pues en esta forma de saber lo esencial es el destinatario. La guía siempre es «para alguien particular» que necesita salir de un embrollo, por eso es «la razón en su forma medicinal, en su forma extrema misericordiosa»,¹³ cuyo cometido es ayudar al viviente en su peripécia vital. Es una razón humilde, sin grandes pretensiones, las justas para hacer del pensamiento «cauce de vida», para hacer de las verdades «convicciones» que sustenten la vida.

Claros del bosque es una guía en el sentido que acabamos de exponer, una guía a través de la cual Zambrano lleva a cabo un doble cometido: por un lado, nos expone un saber de experiencia, un saber padecido que no se deja elevar al cielo

13. Zambrano, María, «La Guía, forma del pensamiento», en *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit., pp. 59-81.

de la objetividad porque es un «*logos encarnado*», una razón entrañada en la que se entrelazan el sentir y el pensar. La autora nos comunica una serie de «iluminaciones», instantes privilegiados en los que la verdad se le ha revelado de una manera gratuita, gracias a una previa transformación interior que ha hecho del alma o del corazón el receptor de dicha verdad. El lugar de la enunciación de Zambrano es la propia experiencia que determina el segundo objetivo de la obra, pues su trayectoria espiritual, marcada por el desasimiento que conlleva la experiencia del exilio, se brinda como ejemplo a emular por todos aquellos que también hayan previamente sentido la «llamada» del Amor preexistente. *Claros* es, de esta manera, un «tratado del método»,¹⁴ en tanto que se presenta como camino a seguir por aquellos que ya, de entrada, se sienten cominados por esta *quête* espiritual. Hay un «querer» actuando de *a priori* del discurso que va a determinar la elección del destinatario, pues, Zambrano se dirige —al igual que el místico—, especialmente a las almas ya comprometidas en esta búsqueda, a las personas que se encuentran ya encaminadas al principio de la senda, a los ya iniciados, o a los que están a punto de serlo. La autora es consciente de que «la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida»¹⁵ y toda experiencia es un vivir en el tiempo que determina que su forma enunciativa sea fragmentaria, nunca una declaración completa.¹⁶ De ahí el carácter fragmentario de *Claros* que responde a este carácter discontinuo del saber de experiencia.

Inspirado claramente en la experiencia mística, el método de la razón poética nos propone realizar un doble proceso de transformación interior: en primer lugar, un desapego del propio yo (del ego), de ese personaje con el que nos disfrazamos a lo largo de nuestra vida (vía purgativa) para crear un claro en nuestra alma, un centro desbrozado, que permita el advenimiento de la luz que ilumine nuestro ser esencial, atreviéndose a mostrarse:

Sin desnudez no hay renacer posible; sin despojarse o ser despojado de toda vestidura, sin quedarse sin dosel, y aun sin techo, sin sentir la vida toda como no pudo ser sentida en el primer nacimiento; sin cobijo, sin apoyo, sin punto de referencia.

Paradójicamente, hay que perderse para encontrarse, abandonarse para ganarse. El *a priori* de esta *quête* espiritual es un desasimiento, una entrega voluntaria de nuestro yo. El hombre tiene que exiliarse de sí mismo para dejar sitio en su interior a la alteridad anhelada. Por ello, el claro es un lugar vacío, un no-lugar, un centro que nos remite a un aislamiento del sujeto de sus circunstancias, a un hueco hecho en la continuidad de la conciencia y en la linealidad del tiempo donde se da el acontecimiento del encuentro entre el ser y la vida. En esta nueva visibilidad «el pensamiento y el sentir se identifican sin que sea a costa de que se pierdan el uno en el otro o de que se anulen». Es una forma inédita de visión que Zambrano califica como «lugar de conocimiento y de vida sin distinción».

Por supuesto que no podemos obviar el parentesco que guarda este concepto zambraniano con la *lichtung* heideggeriana.¹⁷ Heidegger reclamaba también como

14. De hecho, el título originario que había otorgado Zambrano a esta obra era *Notas de un método*, tal y como relata la autora en carta a Agustín Andreu, fechada el 4 de octubre de 1973: «Ahora estoy también acosada por entregar un libro, algunas de cuyas cuartillas tenía aquí sobre esta misma mesa cuando sonó el teléfono de la Clínica una hora después de haber escuchado que <Araceli> había pasado el mejor día. Va dedicado a su memoria. Se titulaba «Notas de un método», y lo he sustituido por «Claros del bosque» que se aviene más a una cierta discontinuidad que quiero mantener y al carácter poético-filosófico», *Cartas de la Pièce*, Valencia, Pretextos, 2002, p. 29. La autora publicó más tarde un libro con este título con el que *Claros del bosque* guarda una gran proximidad.

15. Zambrano, María, «La Guía, forma del pensamiento», *op. cit.*, p. 71.

16. «La experiencia es siempre fragmentaria, pues si no dejaría de ser experiencia ya», M. Zambrano, «La Guía, forma del pensamiento», *op. cit.*, p. 72.

17. Para un estudio en profundidad de la relación entre Zambrano y Heidegger, véase Chantal Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 140-146 y Ana Bundgaard, *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, *op. cit.*, p. 415-423.

la tarea principal reservada al pensar, la de prestar atención al acontecimiento que tiene lugar en el «claro de lo abierto», espacio en el que se da la «posibilidad de todo aparecer, aquella posibilidad, en una palabra, en que adviene el reino mismo de la presencia»,¹⁸ en la que el ser se hace presente al hombre al salir de su estado de ocultación. La *lichtung* nos señala hacia un lugar del bosque despejado de árboles, un espacio libre apto para la visión y para la recepción de la luz. Luego es un espacio que no crea la luz, sino que la antecede como *su a priori*, como su condición de posibilidad. El estado de no encubrimiento que se consigue en el claro «permite al ser y al pensar advenir a su presencia uno a otro y uno para otro», comenta Heidegger.¹⁹ Por ello, la *lichtung* «es el asilo en cuyo seno encuentra su sitio el acorde de ambos en la unidad de lo Mismo».²⁰

Tanto Zambrano como Heidegger consideran que la verdad es donación gratuita que se le ofrece a aquel que ha sabido dibujar en su interior este centro como espacio de la receptividad. Es un don que no hay que buscar. «A los claros del bosque no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar», nos dice Zambrano. En esto también se distancia la filósofa de su maestro, en tanto que, para Ortega, la verdad es siempre desvelamiento²¹ (*alétheia*) y no revelación, como lo es para Zambrano. La verdad no es conquista, sino advenimiento que se ofrece «a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por fuerza lo que es inagotable»;²² a éste, continúa Zambrano, «la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es *alezeia*, sino revelación graciosa y gratuita».²³

La luz de la verdad que recibimos en el claro, y en ello coincide también con Heidegger, es una luz tenue, una «aurora» que al mismo tiempo que nos permite conocer nuestro ser oculto, lo resguarda en una cierta penumbra. Es una luz humilde y misericordiosa que ilumina sin deslumbrar, y que al par que revela, oculta, protege al ser; chispa, fulgor donde «todo es alusión y todo es oblicuo». Por ello, el claro es un espacio de luz y de sombras o, como dice Heidegger, «la *lichtung* es el claro o lugar despejado para la presencia y para la ausencia».²⁴

La tarea reservada al pensar que proponen ambos autores es, por ello, un «saber de oído» —en términos zambranianos— o un «estar a la escucha» —en términos heideggerianos— esto es, un saber que apunta hacia una contemplación o receptividad pasiva donde se da el germinar lento de la verdad. Solo en la quietud silenciosa, el corazón espera, resistiendo al dolor, la llegada de esta aurora que transparenta al ser.

El segundo momento de esta transformación interior consiste en la acción de transceder, es decir, de un salir de sí para ir al encuentro de la verdad (vía iluminativa). El alma, olvidada de sí, ha de partir de vuelo, abandonando su prisión para conducirse hacia otra zona de la vida donde le espera el Absoluto que lo está llamando. Esta zona se sitúa en un lugar intermedio entre la vida y la muerte. San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esta vida inmediata en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas».²⁵ En este reino es donde se logra, por fin, la sincronización entre el «propio ser vacilante y desprovisto, con el ser simple y

18. Heidegger, Martin, «El final de la filosofía y la tarea del pensar», *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, p. 146.

19. *Idem*.

20. *Idem*.

21. «Es la filosofía un gigantesco afán de superficialidad, quiero decir, de traer a la superficie y tornar patente, claro, pero grulloso si es posible, lo que estaba subterráneo, misterioso y latente. Detesta el misterio y los gestos melodramáticos del iniciado, del mistagogox», J. Ortega y Gasset, ¿Qué es filosofía?, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1985, p. 91. Sobre la relación entre las filosofías de Ortega y Zambrano, véase el artículo de M. Gómez Blesa «De la razón vital a la razón poética», en *El primado de la vida (Cultura, estética y política en José Ortega y Gasset)*, Ciudad Real, Servicios de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, pp. 207-217.

22. Zambrano, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*. Ed. de Mercedes Gómez-Blesa, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 295.

23. *Idem*, p. 295.

24. Heidegger, Martin, «El final de la filosofía y la tarea del pensar», *Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, p. 143.

25. Zambrano, María, «San Juan de la Cruz (De la noche oscura a la más clara mística)», *Ínsula* (Madrid), n.º 338, enero de 1975, p. 192.

Uno». Cuando esto acontece se alcanza «esa paz que proviene de sentirse al descubierto y en sí mismo, sin irse a enfrentar con nada y sin andar con la existencia a cuestas». Se adquiere una ligereza que nos libera de la carga de nuestro yo, al sentirnos sustentados por la fuente de la vida.

Sin embargo, estos momentos de plenitud duran solo un instante para desaparecer, dejando la huella de un «orden remoto» que nos atrae como una órbita que invita a ser recorrida. Se nos presenta, pues, nuestro ser en ese juego de claroscuro que es el transparentarse a la par que esconderse, revelando así la ambigüedad como una categoría esencial del ser humano: «Encuentra el hombre su ser —dice Zambrano—, mas se encuentra con él como un extraño; se le manifiesta y se le oculta; se le desvanece y se le impone; le conmina y exige».²⁶ Por eso, el «amigo del bosque» va de claro en claro, de centro en centro, como va el estudiante de «aula en aula», en una absoluta discontinuidad, que es la «imagen fiel del vivir mismo, del propio pensamiento». Esta es la extraña naturaleza del ser humano: un alternar momentos de plenitud con momentos de soledad y de abandono, sin acabar de nacer del todo, sin dejar de estar siempre en vías de nacimiento.■

26. Zambrano, María, *El sueño creador*, Madrid, Turner, 1986, p. 52.

ROGELIO BLANCO

Escritor y Patrono de la Fundación María Zambrano

Las razones de María Zambrano

Resumen

El paradigma “la razón poética” se asocia a María Zambrano frecuentemente. Es cierto que la insuficiencia y limitación de la “razón racional” deja brechas filosóficas sin aclarar suficientemente; tal limitación la filósofa veleña la atisbó prontamente, de ahí que atrevida y certeramente se propusiera caminar por veredas del pensamiento no totalmente novedosas, pero sí marginales para la filosofía académica. Zambrano, pues, atendiendo las posibilidades del ser humano explicita sus riquezas a la hora de explicar el mundo y de comprenderse. En este ejercicio “la pura razón racional o matemática” es insuficiente.

Palabras claves

Biografía, pluralidad de razones, intelectuales de la generación, obras, compromiso, exilio, memoria

The Motives of María Zambrano

Abstract

The paradigm illustrated by the words “poetic reason” is frequently associated with María Zambrano. While there is no doubt that the inadequacy and limitation of the term “rational reason” leaves philosophical gaps and a lack of clarification, the philosopher from Velez-Málaga was quick to see this restraint, which is why she boldly and unerringly set out to explore a course of thought which, although not completely new, resided on the fringes of academic philosophy. Thus, by nurturing the potential of human beings, she reveals her treasures when it comes to explaining the world and understanding oneself. In this exercise, “purely rational or mathematical reason” is simply not enough.

Keywords

Biography; plurality of reasons; intellectuals of the generation; works; commitment; exile; memory.

A Joaquín Verdú dedico estas reflexiones nacidas de una amistad en espacios compartidos. Gracias amigo, gracias Ximo.

Preámbulo

Varias son las calificaciones dadas a la figura intelectual y humana de María Zambrano: «La dama errante», «La dama peregrina», «Señora de la palabra», «Filósofa de la esperanza», etc. Todas se encaminan a destacar las dimensiones de la filósofa. De este modo, sobre el esfuerzo de comprender y de explicar el espacio y el momento biográfico de la pensadora deseo que mis reflexiones giren intencionadamente, por otra parte, respondiendo al título de la ponencia, sobre la biografía intelectual y cronológica; así, vida y pensamiento irán cruzándose a través de la evolución o metamorfosis por las que discurren. La aspiración es la de concitar la onto-filogenésis de la autora con los circunstanciales envolventes. Este recorrido biográfico-intelectual pretende, con sencillez, que sea un referente más allá de la individualidad de quien lo disfruta y sufre; es decir, aspira a ser un referente, que bien pudiera multiplicarse más allá de un hecho o suceso concreto.

Escribe Chesterton que «uno de los extremos más necesarios y olvidados en relación con esa novela llamada historia es el hecho de que no está nunca del todo contada», también la personal, añado; pues es memoria. Y la memoria, —individual o colectiva— es el único paraíso del que no podemos ser desterrados, afirma S.P.Fr. Richter. Al acercarnos a estos *topos*, ajenos o propios, hemos de caminar con retroprogresión, —así recomendaba S. Pániker—, mirando hacia atrás, recogiendo y conservando lo recibido y salvando lo valioso a fin de no avanzar a ciegas (Agustín de Hipona).

El pasado nos pertenece y de él se ha de tomar experencialmente con sentido de entendimiento y de voluntad lo que sea rescatable. La tarea del ser humano es hacer historia. La historia «es el lugar donde se juega visible el drama humano (...) historiar es hacer revivir, hacer resucitar», dice Zambrano. Según Platón «conocer es recordar», deseo que nos acerquemos con carga rememorativa y más en dimensión de *episteme* que de *doxa*.

Primeros datos biográficos

María Zambrano nace en 1904 en Vélez-Málaga, muere en Madrid en 1991. Su biografía, pues, recorre el siglo XX y a ella incorpora la experiencia de los sucesos más relevantes —con frecuencia trágicos: guerras, exilio— dado que también los participa y sufre. Hija de don Blas Zambrano y de doña Araceli Alarcón, maestros de profesión en la Escuela Graduada de Vélez de la que el padre era regente. De esta ciudad, le quedan algunos recuerdos; entre ellos, el limonero y el pozo del patio del hogar y el cante de Juan Breva que actuaba todas las noches en una taberna próxima. Los cantos de este genio del flamenco fueron nanas de cuna que dejaron estigmas andaluces en su alma. En 1908 el padre pasa a ejercer docencia en Madrid. Un año después, 1909, Blas Zambrano toma posesión de la cátedra de gramática castellana en la Escuela Normal de Segovia. En esta ciudad discurre

el resto de la infancia, adolescencia y gran parte de la juventud. Su padre, por otra parte, se implica activamente en la vida social y política de la ciudad. Ejerce cierto liderazgo entre los movimientos más vivos y progresistas. Y en la acción de romper la somnolencia de la ciudad castellana colabora con Antonio Machado, entre otros, quien le dedicará su *Mairena póstumo*. Un consorcio de intelectuales relevantes a los que, en algún momento, se suman León Felipe y Unamuno, del que admirativamente da cuenta la pensadora veleña. En esta ciudad, año clave en la vida de la filósofa, será 1910. Nace su única hermana, Araceli. En Segovia, de 1913 a 1921, realizó sus estudios de Bachillerato, periodo de formación y de lecturas desordenadas de los autores de la Generación del 98, sobre todo de Antonio Machado y de Miguel de Unamuno; autores sobre los que publicó numerosos artículos; con ambos mantuvo correspondencia y son referencias obligadas en las fuentes y permanencias ideológicas de la filósofa. En opinión de quien suscribe estas líneas el peso e influencia de Unamuno y de Machado sobre Zambrano no es menos singular al reiterado de su maestro Ortega y Gasset. A Miguel de Unamuno, Antonio Machado y a su padre, Blas Zambrano, con gracia y respeto, les antepone «don» a sus nombres; tres pilares, tres referencias. El título de «don» se lo concederá a Ortega tras su muerte, antes negado debido a su falta de compromiso con la República. Del periodo segoviano se ha de destacar la publicación de su primer artículo acerca de los problemas de Europa y a favor de la paz a propósito de la I Gran Guerra; anecdóticamente, su última publicación en vida fue otro breve texto: «Los peligros de la Paz» (1990) con motivo de la primera Guerra del Golfo.

En 1921 inicia los estudios oficiales de Filosofía como alumna libre en la Universidad Central de Madrid. Dos años después, nuevo traslado de la familia Zambrano a Madrid. Asiste a las clases de Zubiri, García Morente Besteiro, Cossío y Ortega y Gasset. De todos ellos, será con Zubiri con quien entabla amistad. Además de estos maestros, María prosigue sus lecturas personales disponiendo de la biblioteca paterna, bien dotada de clásicos y de autores del 98; destaca su interés por Spinoza y Plotino. Es invitada, en 1927, a participar en las tertulias de la *Revista de Occidente*. María, influenciada por la lectura de Emmanuel Mounier, acepta el necesario compromiso ético-político e intelectual, un nuevo humanismo, el que lleve a la libertad frente a la vigente dictadura de Primo de Rivera; compromiso que caracterizó a su generación, la «Generación del Toro» la denominó, pues en símil con este animal, se destinaría al sacrificio que años posteriores devendría.

Durante el año 1928, además de participar en la FUE colabora en varios periódicos madrileños (*El Liberal* y *La Libertad*) y el segoviano *Manantial*. Junto con otros jóvenes estudiantes, asiste y participa en tertulias y encuentros con «los mayores», los intelectuales más reconocidos a la sazón (Ramón Valle-Inclán, Gregorio Marañón, Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala, etc., y Gustavo Pittaluga con quien mantendrá intensa y larga amistad, incluso durante el exilio). De esta época son numerosos artículos de corte político-social y en torno a la mujer. Zambrano defiende un feminismo integrador.

Las razones

Mis reflexiones tomarán una vía diacrónica, cruzando los avatares biográficos y las reflexiones de la pensadora manifestadas en sus publicaciones o declaraciones. Un modo ontogenético que avanza experiencialmente. De inicio, si bien no es fácil definir un término la razón, pues se halla cargado de abundante historia y, al decir de Nietzsche, solo se puede definir lo que no tiene historia. De nous a logos, de noesis a cogitatio, ratio o intellectus, Vertand o Geist, etc. Arranca como categoría cosmológica y pasa a antropológica, como facultad humana diferencial respecto de otros seres vivos. En este pronto paso también recibe calificativos: naturalista entre los pensadores jónicos, erística en los sofistas, matemática para Parménides o Pitágoras, política para Aristóteles, etc. Para Heraclito el logos es lo común y connatural a la realidad, mientras que para Empédocles es espermáticos, logos disuelto por las entrañas. A lo largo de la historia hay, pues, numerosas calificaciones y divisiones que sería prolífico enumerar pues exigiría recorrer toda la historia de la filosofía. En resumen, se trata de una facultad humana que se manifiesta y explicita en cada ser humano. No obstante, el pensamiento occidental ha fiado todo, con frecuencia, a esta facultad. En María Zambrano, como veremos, no es suficiente para atender la vida, «la vida no tiene partes, sino lugares y rostros». La razón única no es suficiente para atenderla y entenderla. Es necesario la reforma del concepto de razón en el que vivir y pensar sean camino de libertad. La razón vital orteguiana ayuda en esta búsqueda, mas no resultó suficiente a la vez que era necesario desasirse de conceptos de plomo, de insopportable peso, para la imaginación creadora; de ahí que Zambrano prontamente se sale de los moldes, reflexiona, critica y propone para lograr caminos que puedan conducir a la «ciudad (aún) ausente», el paraíso al que nunca se ha llegado, pues del infierno abundamos en experiencias de continuo.

De entre el racimo de primeros y señeros artículos de la joven Zambrano se puede destacar el titulado «*Ciudad ausente*», breve texto en el que se decanta abiertamente la razón utópica, el rocío necesario que ha de humedecer la ciudad para que sea eutópica. La tensión utópica la sostiene en numerosos textos de su prolífica obra, de los que destacan las reflexiones sobre la esperanza. La sociedad sufre, ha de mantenerse la luz de la esperanza a fin de no desesperar. La vida se vuelve peligrosa cuando se cierra en lo posible. El ser humano diseña castillos y vive en sus ruinas, si bien en Zambrano la ruina tiene sentido positivo de pervivencia.

La incipiente actividad político-social de la joven andaluza se interrumpe, pues contrae una grave tuberculosis que le aísla un tiempo. Desde este primer forzado «exilio», sigue atenta los aconteceres. Mantiene el compromiso socio-político a la vez que, dadas las circunstancias político-sociales, lo demanda a «los padres maiores» intelectuales. En las primeras páginas de la autobiografía novelada *Delirio y Destino* da cuenta y recuerda la recomendación que Valle-Inclán da a los jóvenes: «Vayan a ver a don Manuel Azaña». En la visita, éste les interroga: «¿Qué quieren?» Zambrano responde: «una moral, una vida para todos» a la que suma la recomendación dada por Ortega: «una razón para captar la realidad múltiple».

Primo de Rivera prohíbe la FUE (Federación Universitaria Escolar) en la que participa, pero María no ceja en su compromiso. Se mantiene alerta sobre la realidad circundante de la que realiza una lectura atenta; se apunta que Zambrano prontamente desarrolla fuerte razón lectora, entendida como: la capacidad de recoger los contenidos que sensorial e intelectualmente se perciben al tiempo en que se transforman en conocimientos. Activa y sostiene, pues, la razón lectora al máximo, hasta el compromiso, al modo de don Quijote: recogiendo contenidos que transforma en conocimientos que conducen al compromiso; tres «ces» necesarias y propias de lectura atenta y honesta: de contenido, conocimiento y compromiso; a la vez que hace valer el aforismo de Nietzsche: «de todo lo escrito yo amo aquello que alguien escribe con sangre. Escribe tú con sangre y te darás cuenta que la sangre es espíritu».

Cae la dictadura de Primo de Rivera y Zambrano apuesta decididamente por la República como un espacio en el que su «ciudad ausente» se refleje en la libertad que se requiere para que sea una ciudad musical, es decir, democrática. En la ciudad musical los instrumentos siendo diferentes han de armonizarse en el mismo orden a fin de que triunfe la armonía. Es la razón musical o armónica que aúna el río de voluntades camino de un mar común. En esta época publica su primera monografía, *Horizonte del liberalismo*.

En 1931, ya con experiencia docente en la enseñanza no universitaria, es nombrada profesora auxiliar de Metafísica en la Universidad Central. Prosigue su tesis doctoral sobre Spinoza, que no concluye. La actividad política le atrae y se activa de la mano del líder socialista Jiménez de Asúa. Es testigo presencial en la proclamación de la República en la Puerta del Sol, «de puro éxtasis» califica la experiencia. Al tiempo, declara que la Institución Libre de Enseñanza, la Generación del 98 y el Partido Socialista de Pablo Iglesias como los faros modernizadores e inspiradores de una «nueva ética» para España. Del momento destacamos el mitin que dio en el Ateneo de Valladolid donde sufre un desfallecimiento. Carlos Díez, eminente médico y marido de su hermana Araceli, le diagnostica tuberculosis. En *Delirio y Destino*, obra autobiográfica publicada en su última década vital, narra la experiencia a la vez que cuenta el presentimiento fatalista que le sobrevino el citado día 14 de abril.

J. Zubiri, en 1932, acude a completar estudios en Alemania con Heidegger. María le sustituye en la Universidad Central. Su salud es delicada; no obstante, observa atentamente la situación político-social de España. Esta inquietud, por sugerencia de Ortega y al lado de un grupo de jóvenes intelectuales, le conduce a firmar el *Manifiesto del Frente Español* (FE) que le acarrearía incómodas secuelas. Acude a las tertulias culturales coordinadas por Gómez de la Serna en *El Pombo* y a las de *La Granja del Henar* que lideraba Valle-Inclán.

En el siguiente, 1933, además de colaborar en varias revistas, por ejemplo, *Revista de Occidente* o *Cruz y Raya*, se compromete activamente en las *Misiones Pedagógicas*. Esta acción y compromiso los resume en una frase: «Quiero llevar a Descartes y a Husserl al *humus* de la tierra», al pueblo. Un compromiso que bien pudieramos denominar como propia de razón humilde (*humus*, lat.: tierra). En este compromiso no la aleja del estudio; investiga sobre el realismo en

el pensamiento español con especial detenimiento en Galdós que, al decir de Ricardo Gullón, María fue la precursora en señalar determinadas características propias galdosianas que concreta en su libro *La España de Galdós*.

A este apasionado y directo compromiso de la razón humilde bien pudiéramos denominarla, también, como razón praxiológica, toda vez que aúna teoría y práctica. Compromiso que se detiene levemente tras el triunfo electoral de las derechas a finales de 1933, más sigue reflexionando y advierte de los peligros del fascismo. Sus críticas al mismo son furibundas que posteriormente, en intensos y bellos textos, explicita contraponiendo la democracia y el fascismo, sobre dos modelos que simboliza en las figuras geométricas del círculo (el fascismo), figura cerrada y ausente a toda pluralidad, que no soporta el cambio ni la crítica; mientras que la elipse (modelo democrático) es abierta y flexible, recoge voces y asume el cambio. Durante este período se radicaliza en posiciones de la izquierda a la vez que se va distanciando ideológicamente de Ortega y Gasset dado que mantiene una posición política tangencial, al igual que Unamuno, Marañón y Pérez de Ayala; una actitud acrítica y silente, en unos casos, o el posicionamiento cercano a planteamientos fascistas. Estos intelectuales pierden liderazgo entre la juventud progresista mientras aún se siente arropada por alguno de los «*padres mayores*», por ejemplo, Antonio Machado. De Ortega y Gasset se aleja; así, su padre intelectual había fallecido y Zambrano toma confianza para caminar por cuenta propia por otras rutas de la razón y de los sentires que considera más próximas a la persona.

De 1934 son dos artículos significativos: «Por qué se escribe» y «Hacia un saber sobre el alma» que publica en la revista de Ortega. Son relevantes en cuanto a que aportan concepciones que serán definitivas respecto a la independencia con su maestro. Las lecturas de Leibniz, Bergson, Spinoza, Max Scheler, Nietzsche y otros empiezan a dar como resultado la insatisfacción o limitación del racio-vitalismo orteguiano.

Durante el año 1935 mantiene reuniones con los jóvenes intelectuales del momento. Además de las anteriormente citadas, será con Pablo Neruda, Rafael Rosales, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Teresa León, Miguel Hernández y los hermanos, Juan y Leopoldo Panero.

El día de la rebelión militar, el 18 de julio de 1936, se adhiere al *Manifiesto de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura* (AIDC) junto con Luis Cernuda, Rafael Dieste, Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Juan Chabás, etc., y Alfonso Rodríguez Aldave, historiador, con quien en el mes de septiembre del mismo año contraerá matrimonio. Conviene señalar la iterada presencia de los poetas en la vida de la filósofa. Dentro de la Alianza sufrió denuncias por su anterior vinculación con el Frente Español (FE), un grupo político con posterior deriva autoritaria del que pronto se distanció. Desde la Alianza se elabora un manifiesto de apoyo a la República. Éste lo firman varios de los reconocidos intelectuales. Por sugerencia de los aliandistas se comisiona a María para que logre el apoyo-firma de Ortega, quien lo firma, pero la filósofa no consigue que «el maestro» hable a favor de la República por radio. Aún más, posteriormente Ortega publica el conocido artículo «En cuanto al pacifismo» de apoyo

al franquismo y en el que criticaba abiertamente la postura de quienes apoyan la República. A las anteriores lecturas se unen las de narradores rusos, sobre todo de Dostoievski, las de Kant, los pitagóricos, si bien le atrae sobremanera la filosofía griega por ser el lugar originario de la razón occidental, la razón auroral. La aurora es el momento en el que sale a la vida, el amanecer, donde aparecen todos los colores, en el que se dan los primeros pasos del deambular filosófico.

En el trágico año de 1936 contrae matrimonio con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave. En septiembre del mismo año el matrimonio parte para Chile, Rodríguez Aldave desempeñará un puesto en la embajada. El barco en el que viajan hace escala en La Habana donde Zambrano toma contacto con el grupo literario *Orígenes* y entabla intensa y duradera amistad con Lezama Lima. Durante su estancia en Santiago de Chile publica, con recursos propios, la primera antología poética que se realiza de García Lorca y una primera versión de los *Intelectuales en el drama de España*. Comprende y expresa en esta obra la necesidad de que la razón, llegado el momento, se ha de convertir en razón armada. De ahí que exija compromiso hasta las últimas consecuencias con una España en drama, con una tierra en la que «vivimos una gran época de sangre» (Cervantes). «Por todo el territorio de España corren estos días más ríos de sangre que de agua y hay más sementeras de muertos que de trigo» (M. Hernández). La filósofa toma la metáfora de la diosa Atenea cuando ha de tomar espada, escudo y casco para defender las polis. Ante la dramática situación, bajo el compromiso de la filósofa de que «*no quiero salvarme sola*», el matrimonio regresa prontamente a España y asumen cargos y compromisos con la República. Compromiso por el que a la citada razón armada bien pudíramos agregar la razón cívica. Al lado de otros intelectuales (Rafael Dieste, Ramón Gaya, Gil Albert, Serrano Plaja, Emilio Prados, etc.), se implica en todo acto de apoyo a la causa republicana, contra la expansión del fascismo. En el Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia participa y conoce a Simone Weil, Octavio Paz, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, entre otros. Durante el año 1937 en la recensión que realiza a una obra de A. Machado en la revista *Hora de España*, ya da detalles de la que será una de sus propuestas más exitosas: la razón poética.

Durante el año 1938 se traslada con sus padres y hermana a Valencia y posteriormente a Barcelona. La filósofa atisba el definitivo fracaso de la República, a la que Zambrano describe como una niña a la que no la dejaron llegar a mujer, un proyecto esperanzador truncado. En Barcelona muere Don Blas.

La guerra está perdida. El 25 de enero de 1939, el día que capitula Barcelona, María junto a su familia parten para un largo exilio. El matrimonio Rodríguez-Zambrano de Francia, pasando por Nueva York y La Habana, se refugia en México. El día 1 de abril, día en el que las tropas rebeldes ocupan Madrid, María inicia sus clases en la Universidad de Morelia. Su primera lección es la idea de libertad en los griegos. *Pensamiento y poesía en la vida española*, la primera obra publicada en el exilio, señala el carácter del realismo español propenso a lo corpóreo, a lo cotidiano, para lo que no necesita un género sistematizador anglo-germánico más propio de la razón sistemática racional. Ciertamente, España, que sí ha contado con numerosos eruditos y pensadores, ha contribuido

en los últimos siglos con escasos filósofos, y menos aún con filósofas. Esta escasez de filósofos, Zambrano la atribuye al carácter realista del español ajeno a las especulaciones idealistas anglo-germánicas y francesas que tanta presencia han manifestado en Europa. La filósofa, además del tópico referido al realismo español, añade razones materiales más propensas a lo corpóreo y concreto, a lo cotidiano y material, ¿razón cotidiana o inmediata pudiéramos denominar?, pues el realismo español es un modo de ser o estar enamorados de la vida que se manifiesta principalmente en caracteres de popularidad y dispersión, vivir la vida, de eso se trata; pero al tiempo es un saber disperso extendido en formas de géneros y figuras literarias; se trata de abarcar la vida entera; de ahí la importante función de la razón poética, la capaz de atender esta tarea, la insobornable frente al racionalismo.

Zambrano vincula el realismo a la tradición del pensamiento español, al que no sólo no renuncia, sino que critica a quienes tratan de borrar su memoria. El problema no solo es la desmemoria y la negación, sino el olvido: «y la negación es uno de nuestros más graves males, es esta incomunicación con el pasado, el desarraigado de nuestra vida, sobre todo en la región del pensamiento y de la conciencia. Hay cierto grado indispensable de conciencia, de saber sobre la propia identidad que no puede ser eludido sin trágico riesgo. Y el español de hoy, cualquiera que sea su situación política (...) necesita de este examen de conciencia que va más allá de los linderos de lo individual, que cala en la historia misma», escribe en *El pensamiento vivo de Séneca*. Se precisa de una razón anamnética, de la memoria, aunque sea de las ruinas: «las ruinas son lo más viviente de la historia, pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas» (*El hombre y lo divino*). Son reliquias, testigos silentes con voz permanente, viviente.

En España se construye metafísica, si esta se entiende como la vía de adentrarse en el interior de la realidad y no distraerse en espacios siderales. Es la razón metafísica en la que actúa el participio activo del verbo ser como *siente* y no come *ente*, como *ut participium*, como agente activo, frente al *ut sustantivum* estático para adentrarse en la realidad desde la *aletheia*, como ruta para desvelar el ser y no solo como *adequatio*. Ya en los humanistas hispanos, Vives, Gracián y otros de la escuela leonesa en Salamanca, también Gómez Pereira, con su *nosco* anterior al *cogito* cartesiano, señalaban que es el ingenio la fuerza inventiva, la creadora, del hombre y no la sola razón. La razón racional razonante, pues, ha de avanzar humilde (de *humus*), interrogadora, *quaerens* y mayéutica, en actitud de partera, de dar a luz a lo que se inicia, al primer día de la vida, a la aurora. En la valoración del realismo español, Zambrano cuestiona la «sagrada razón racional» de las sistematizaciones eurocéntricas, propensas a un desarrollo cargado de intelectualismo, a una visión de la realidad inmovilizada; es decir, cuestiona la actitud propia del erudito que renuncia a lo más originario de la filosofía, a la pregunta; la filósofa propone el rescate de la razón interrogadora propia del *homo quaerens*. El hombre filogenéticamente ha necesitado ir descargándose de las cadenas instintivas para lograr una ontogenia de *sapiens sapiens*, pero para ello ha debido observar la realidad desde la perplejidad, desde la pregunta, desde la

dimensión interrogadora. La realidad no se ofrece estática, de ahí que su observación debe conllevar perspectiva histórica, onto-filogenética. Luego la filosofía se debe cargar de *dynamis* cuando se aproxima a la inquietante realidad que se explica diacrónicamente y sincrónicamente. En esta lectura atenta de la realidad, la lectura ha de ser metafísica, encaminada a las entrañas; y, para tal viaje la razón ha de ser entrañable, como defienden Empédocles y Aristóteles, pues el logos como espermáticos se halla disperso por todas las entrañas, simbolizadas por el corazón, espacio de los latidos vitales, primarios y preconscientes, radicales e inevitables. «La pura razón es la pura monotonía», concluye la pensadora. Es necesario adentrarse en la fuerza de la palabra y quienes mejor descifran la fuerza de la palabra son los poetas, los inventores (*poesis*) de la palabra, los más capacitados para desentrañar la realidad.

El estatus, pues, que Zambrano concede a la poesía es harto tratado y conocido, bien lo justifica su obra *Filosofía y poesía*, ya que la vida se halla próxima de la poesía. Este espacio cargado de dones alocadamente abandonó los filósofos envueltos en el vértice del huracán de la abstracción. Así, Zambrano critica el extravío de los filósofos tras los muros de la razón y en los lodazales de la hermenéutica o del historicismo que les distrae de desentrañar la tradición. Deberán ser los poetas quienes rescaten «el sentir originario», sin abandonar la tradición, en su caso indica la tradición metafísica española. De ahí que la filósofa veleña señale que desde «hace ya mucho tiempo que todo era metafísico en España. No se hace otra cosa apenas: en el ensayo, en la novela». Es decir, para Zambrano siempre se ha producido metafísica en España, porque se ha tenido en cuenta la realidad, la vida, al hombre y a este en su pluridimensionalidad que en ningún caso ha de reducirse en exclusiva a lo racional. Tras estas reflexiones la pensadora recupera a poetas y líneas de pensamientos olvidadas, a la vez que propone el rescate de géneros quasi-fossilizados tales como la guía, la aporía o la confesión, por ejemplo, al tiempo que recupera planteamientos de pensadores valorados como heterodoxos y, también, propuestas utópicas.

Zambrano, en artículos como «El español y su tradición», «Españoles fuera de España» o «La reforma del pensamiento español» solicita reconstruir la tradición y la historia hispanas para ayudar a interpretar la realidad de modo más comprensivo y creativo. La filósofa se considera heredera de una larga tradición. Confirma la necesidad de tener en cuenta el «efecto pasado o lastre» para atender el presente y prevenir el futuro, razones que confirman un pensamiento que se puede denominar de clásico. Es la razón heterodoxa, —la heterodoxia es una verdad prematura, con frecuencia— propia del «heterodoxo cósmico», —así califica al ser humano—, el rebelde frente a imperativos divinos y biológicos. Si la pensadora da muestras de rebeldía frente a los poderes, cómo no hacerlo ante cualquier pretendido encasillamiento ideológico. La posición zambraniana, pues, trata de la recuperación del sentido originario de la metafísica frente al reduccionismo idealista dominante en el pensamiento europeo postcartesiano.

Se insiste en esta revisión, por parte de Zambrano, de la filosofía perdida en los brazos de la abstracción y en la conversión de la metafísica como trans-realidad extraterrena o transfísica, en vez de viajar a las intra-entrañas de la física, ser

óntica, como señala Zubiri. Es la razón entrañable, ¿así la podíamos nombrar recordando a la cita de Empédocles referida al *logos*, como *espermaticós*, disuelto y diseminado por todo el ser? Un *logos* que formalmente, en expresión de los géneros literarios no solo se presencia en el ensayo, aún más, en el caso español necesita de todos los géneros conocidos y más: la ironía, la epigrafía, la guía, la confesión, etc.; pues, quizás, su fuerza, a diferencia de otros espacios culturales no la resiste el atrapamiento canalizado de un solo género, necesita de todos; además, realizando un viaje más de orden externo que interno, olvidó la cotidianidad, lo próximo, lo cercano, las razones y las pasiones, las «cosas» de los hombres. Razón cotidiana pudiera denominarse y para ello fue necesario que adviniera el poeta a salvar la realidad, a recordar la grandeza de lo pequeño, a reconciliarnos con la inmediatez de la vida. La reflexión en cada momento, por otra parte, debe aprender de las aportaciones de los grandes maestros, mas no vivir de ellos. «Al no tener pensamiento filosófico sistemático, el pensar español se ha vertido disperso en la novela, en la literatura, en la poesía» escribe en *Pensamiento y poesía la vida española*; sobre todo, en la poesía.

Zambrano solicita un modo de conocer más amplio, más integrador, árbol conformado por todos los géneros; incluso, se itera, de los más abandonados y, sobre todo, de la poesía como elemento que integra, que da unidad: «la unidad con que sueña el filósofo «solamente sucederá en la poesía; de ahí la angustia indecible y de ahí también la fuerza, la legitimidad de la poesía. «¿Es de extrañar, —se pregunta— que el amor haya preferido casi siempre el derrotero poético al filosófico?».

Volviendo al relato biográfico, tras el primer año escaso de exilio en México, en 1940, Zambrano y su esposo se instalan en La Habana; su amigo Lezama Lima, más la amistad sostenida con el doctor Gustavo Pittaluga, son razones secretas para acudir a Cuba. Desde La Habana acude a impartir cursos a Puerto Rico. Publica *La agonía de Europa*. Un tratado sobre la crisis cultural de Occidente y de la orfandad del rey mendigo de la creación, el hombre, «el heterodoxo cósmico». Así las reflexiones sobre el drama español se extienden a la tragedia europea. Pero tras tanta violencia subyacen las raíces o rizomas de una esperanza que pronto surgirá a la luz. Zambrano se manifiesta positivamente respecto a la historia y el modelo más representativo de la historia es la ruina. «La ruina es lo más viviente de la historia, porque sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción, lo que ha quedado en ruinas». El hombre mismo es una ruina viviente. Un presente ontogenético manifestado filogenéticamente, y hecho realidad que aspira a futurizarse.

Con ecos agustinianos la pensadora recoge la razón histórica y su relevancia para «no caminar a ciegas», además en cada hombre están todos los hombres conformados por barro cultural acumulado y heredado. Este barro, además, de heredarlo ha de ganarse. Desde esta perspectiva, y para entender el presente de España y de Europa, es necesario presenciar la historia. Tanto en *Los intelectuales en el drama de España* como en *La agonía de Europa*, Zambrano reclama una mirada profunda, objetiva y limpida. La mirada ya exigida por G. Santayana. Exigencia que intenta aplicar cuando estudia las causas de la crisis española

y europea, es decir, de la universalidad. En su análisis del drama español, ya advierte de otros futuros que inmediatamente se cumplirían en Europa, y que aún prosiguen. La tierra, manifiesta la filósofa, se ha convertido en ara sacrificial en la que sus hijos derraman sangre o libertad, es decir, lo mejor de sí mismos. Conviene, pues, rescatar lo que queda de la historia, la ruina, como «categoría histórica» y «edificar haciendo historia». «Y al edificar (el hombre) realiza sus sueños. Y bajos los sueños alimenta siempre la esperanza. La esperanza motora de la historia (...). Las ruinas son en realidad una metáfora que ha alcanzado la categoría de tragedia sin autor. Su autor es simplemente el tiempo». Luego a las ruinas no se las debe fosilizar ni opercular, como hacen las abejas en las celdillas de miel, sino posibilitar que nos hablen.

Los escritos de Zambrano abundan sobre estos desencuentros entre vida y violencia y propone como solución la fortaleza de una posible y necesaria razón mediadora. Por otro lado, en esta época retoma el estudio en profundidad a Plotino, el personalismo de Mounier a la vez que entra en debate crítico con el existencialismo pesimista.

En este orden, es de 1944 una carta que dirige a R. Dieste en la que habla de la razón poética que reza así en texto revelador del pensamiento de la filósofa: «Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran ‘nuevos principios’ ni ‘una Reforma de la Razón’ como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes». Y en esta razón se dan cita Empédocles, —«hay que repartir bien el logos por las entrañas»—, Plotino y, de forma peculiar, Spinoza y Nietzsche.

El pretendido «Logos del Manzanares» a Ortega lo lleva a la razón histórica sin querer «ir más lejos», «donde Ortega y Gasset no aceptaba entrar», escribe en *Hacia un saber sobre el alma*; pero, a Zambrano le conduce a la razón poética. Ciertamente Ortega afirma que el hombre no tiene naturaleza, tiene historia; a la vez que le corrige Laín Entralgo: posee naturaleza histórica. Una historia que para Zambrano es un continuum que recoge las esperanzas, los fracasos y todo tipo de manifestaciones expresadas por el ser humano a lo largo del tiempo que necesariamente se han de tener en cuenta...» para no avanzar a ciegas», se itera.

En 1946 a 1948 María se establece en París. Viaja sola. La situación de su hermana y su madre en esta ciudad había sido muy crítica. A partir de la muerte de su madre, se une más a su hermana Araceli. Durante los años de permanencia en París, las hermanas reciben ayuda de Octavio Paz, entonces embajador en Francia, y de otros amigos. María conoce a André Malraux, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir. Entabla amistad con René Char y Albert Camus, a la vez que con los pintores Juan Soriano, Luis Fernández, Ángel Alonso y Timothy Osborne.

En 1949 las hermanas Zambrano retornan a América. A María le ofrecen la cátedra de Metafísica que había dejado vacante García Bacca en Méjico. Renuncia y se instala en La Habana. Araceli no se halla cómoda en Cuba. Regresan a París (1951); pero regresan a Cuba nuevamente. Retoma sus contactos con el

grupo *Orígenes*. Más tarde en 1953, fijan residencia en Roma. Este vaivén significa riqueza, experiencia intelectual y penuria económica.

A partir de 1953 hasta 1964 las hermanas Zambrano residirán en Roma. Durante el exilio romano retoma los contactos con Rafael Alberti, Teresa León, Jorge Guillén, Ramón Gaya, etc., y los inicia con los italianos Elena Croce y Elemine Zolla; a la vez que es visitada por jóvenes españoles resistentes al régimen franquista y que por unas u otras razones viajan a Italia: Gil de Biedma, Alfredo Castellón, Tomás Segovia, Agustín Andreu, etc.

En 1954 publica *Persona y democracia*. Obra en la que la autora aspira a encontrar una aurora que ayude a salir de tanta historia violenta y sacrificial. Zambrano apuesta por la democracia como el régimen de esperanza capaz de renovarse y, por lo tanto, de superar las crisis sin violencia. La estrella de esta aurora es la razón democrática. Corresponde, pues, a la democracia un estado sumamente desarrollado de la conciencia, no sólo política, sino humana en general. La democracia ha de ser creadora, pues si crear es privilegio del hombre y lleva consigo lo imprevisible, ha de posibilitarse para que las potencialidades surjan, mas han de crearse las condiciones para que aparezca la creación. El ser humano posee razón creadora, una razón ajena al modelo de las divinidades, pues esta es violenta ya que crea desde la nada, mientras que la humana nunca es *ex nihilo* dado que es receptora de todo el barro originado secularmente por la humanidad; es filogenética por ser receptora y ontogenética dado que se presencia cada amanecer. En breve texto, «Pensando la democracia», define a la democracia como un proceso en revisión y construcción: «la democracia no es un sistema, como falsamente se enseña, sino una forma de resistencia que va cambiando continuamente a lo largo de la historia (...) la democracia es el régimen de la unidad, de la multiplicidad»; pues, «el orden democrático se logra tan sólo con la participación de todos en cuanto persona (...). Ya que la igualdad de todos los hombres, dogma fundamental de la fe democrática, es igualdad en tanto que personas humanas, no en cuanto a cualidades o caracteres; igualdad no es uniformidad (...). La democracia es el régimen de la unidad en la multiplicidad». Los peligros que acechan las posibilidades de la razón democrática, según Zambrano, son: el exceso de ideología, la demagogia, los nacionalismos. Sitúa con fuerza, tras la experiencia dramática vital y bélica del siglo XX los peligros del nacionalismo o modalidades narcisistas. Todo narcisismo lo considera necrófilo.

Volviendo al relato cronológico, en 1955 recibe la noticia de la muerte de Ortega y Gasset. No obstante, de él hablará con respeto sabiéndose su discípula, aunque heterodoxa. Escribe con intensidad para el posible libro *Filosofía y cristianismo* que se convertirá en *El hombre y lo divino*; además, se interesa por los sueños, el tiempo y el pensar. Reflexiones que darán paso a obras como *El sueño creador*, *Los sueños y el tiempo* y *La tumba de Antígona*. Aquí toma presencia, la fuerza de la razón onírica, —próxima a la utópica—, para afianzar la fuerza de que cuanto se desea previamente se ensueña, aunque el hombre, como se señaló, diseña castillos y termina habitando en sus ruinas.

El análisis de los sueños, no es al modo freudiano, desde el contenido, sino desde la forma. Para Zambrano los sueños están vinculados a la vida y puede

darse tanto en vigilia como durmiendo. Unos son propios de la psique o sujeto pasivo y otros activos de la persona, pero en cualquier caso lo característico es que son el germe de la creación por la palabra, ya que la máxima es la del «despertarse con palabra». La palabra tiene origen en el sueño, pero no es sueño, ya que «la palabra se da en la realidad y ante ella como un acto, el más real del sujeto, situado plenamente, por tanto, en el tiempo y en la libertad» (*El sueño creador*). Se precisa descifrar las imágenes oníricas. Descifrar, que no analizar. «Analizarla es someterla a la conciencia despierta que se defiende de ella; enfrentar dos mundos separados de antemano. Descifrar, por el contrario, es conducir a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañándola desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace. Lo que sólo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la afecta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es, al par, metafísica y religiosa».

La situación económica de las hermanas seguía siendo catastrófica. Araceli continúa muy enferma.

La filósofa andaluza posiblemente donde desarrolla su pensamiento con mayor viveza sea en *El hombre y lo divino*; un ensayo de fenomenología que refiere las diversas manifestaciones de lo sagrado en nuestra cultura occidental: un poder dominador y violento que crea *ex nihilo*; en segundo lugar, como imagen y símbolos; en tercero, las imágenes se transfieren en ideas y nace la filosofía que rápido aspira a desasirse de lo sagrado; en cuarto lugar, para Zambrano, se presencia un dios misericordioso y compasivo con el cristianismo; para terminar, en quinto lugar, con la reducción de lo sagrado a la nada, surge un enmascaramiento de negatividad de lo divino. En estos textos se presencia la razón misericordiosa, la necesidad de pasar y repasar la vida y sus aconteceres por el corazón. Una razón que se refuerza, además de cordial, como compasiva. Esta reflexión la extenderá en *La España de Galdós*. Es el corazón el lugar de la memoria y de la inteligencia, según la fisionómica hebrea; de ahí, verbos como re-cor-dar, a-cor-darse que incluyen la sílaba *cor* (*lat.*: corazón)

Todos los escritos de Zambrano desde 1953 a 1965 configuran —en una multiplicidad de temas y singulares visiones— una continuada y coherente forma renovada de reflexión sobre la conciencia, la constitución del individuo y la persona. Así, en *Persona y democracia* (1959) y *La tumba de Antígona* (1967) se establece una peculiar relación con la dominante «historia trágica» en la que ha estado presente la razón trágica, la más habida, y a la que se precisa sustituir por una «historia ética». «La historia no es terreno para la felicidad. Los tiempos de felicidad se hallan en sus páginas en blanco» (Hegel). La historia la debemos construir y protagonizar todos, pues «hasta ahora la historia la hacían solamente unos cuantos, y los demás la padecían», afirma Zambrano con ecos de A. Camus. Zambrano en otro texto añade: «el hombre va naciendo en la Historia, en lugar de haber nacido una vez». Esta filogenia marca la teleología, pues el destino de todo neonato ha de ser convertirse en persona. «El hombre es una criatura simpár cuyo ser verdaderamente está fiado a la fortuna, en la vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el de ganarse el pan. Es el trabajo para ganarse el ser a través de la vida», de la Historia. El ser humano es ser *in via*, *in fieri*, proyecto

inconcluso, ser de necesidades. De esta concepción zambraniana se induce el diseño que, por otra parte, reitera en *Persona y Democracia* insistentemente, del logro de un lugar: la sociedad; y bajo la luz de una aurora: la democracia, la ciudad aún ausente. Un modo de vida en la que «el trato con los demás, define el carácter social, de un ser que necesita vincularse compartiendo espacio y tiempo, es decir, historia, con sus semejantes, en quienes con frecuencia no se reconoce; de igual modo, también con las cosas, a las que usa y abusa, sobre las que pesa y pisa y más que construir, se ha de «humanizar la historia» a fin de que devenga de trágica en ética. De ahí que pretende hacer meta-historia y «extraer de la realidad relativa la verdad subsistente», escribe en *Los intelectuales en el drama de España*, en este caso los ecos son orteguianos.

En esta tarea, Zambrano, en vez de explorar en la historia fáctica elige la historia de la esperanza y de la desesperanza, de las caídas, los vestigios o los éxitos. Y para llegar a su encuentro la razón-racional-razonante-absoluta-eurocéntrica no es herramienta suficiente para analizar los fracasos. Recuerda, pues, las alusiones que Aristóteles apuntaba en su Ética a Nicómaco a propósito de la razón pasional y de la pasión razonante, pues para adentrarse en el camino que conduce a los infiernos no es suficiente la razón discursiva. El esplendor de los «constructos» de la razón arquitectónica ha generado ensueños de endiosamiento: «seréis como dioses», se nos dice, igrave engañifa!; pues, «somos herederos, continuadores siempre. Nada ha empezado con nosotros». «La pura razón es la pura monotonía», añade Zambrano. El quietismo, la oficialización programática del discurrir cotidiano no se avienen a la tensión superadora con que el hombre se enfrenta a la realidad. La realidad, en su totalidad, es pluridimensional, polimórfica, poliedrica. No se puede reducir aritméticamente a número sumativo. Ni en «Las altas matemáticas de la historia» que propugnaba Ortega y cita Zambrano en *Isla de Puerto Rico*. La urgencia para superar una realidad insatisfactoria ha de ser con más recursos que los racionales como proponían en exclusiva los ilustrados.

La filósofa veleña, no obstante, recomienda tener en cuenta el pasado a pesar de que éste sea disparatado, harapiento o absurdo. Esta referencia al pasado rememora la cita epigramática agustiniana: «quien no tiene memoria, no tiene esperanza». «Hoy la sociedad se comporta más que nunca como un dios de sacrificio humano, que no se cansa de devorar al hombre y de él, a lo que más propiamente le distingue de las demás criaturas: libertad, puede llamársele, persona», concluye María. Por otro lado, los ídolos necesitan sangre, lo más valioso de los seres, que en el caso del ser humano es la libertad. ¿Qué aparecerá entonces? sólo podemos pensarlo desde este lado de acá del dintel, como el necesario paso de una historia trágica a una historia ética, estética y poética; trenzada como la yedra, planta vivaz y resistente, por la esperanza. Es la razón utópica, existente en numerosos textos desde el iniciático y breve en «La ciudad ausente» más en numerosos aún inéditos. Esta razón, la utópica, es superior a la profética, que denuncia y anticipa, pues la utópica además de estas acciones, propone en el espacio y el tiempo de los hombres a los que pretende atender.

Se han citado varias modalidades de la razón a fin de cuestionar la racional y matemática dominante. La razón es superar la pura cartesiana mas, —ya lo

refleja la pensadora en 1956 tras la publicación de *Diotima de Mantinea*—el logro es buscar una razón integradora cargada de la diversidad expresada. En orden no menor y dada la intensa relación de Zambrano con los creadores, en este caso con pintores (Picasso, Luis Fernández, Ángel Alonso, Baruj Salinas, Ramón Gaya, los hermanos Lobo, Timothy Osborne, Francisco Hernández, etc.) y tras la abundancia de textos recogidos en *Algunos lugares de la pintura*, también se pudiera hablar de la razón pictórica en Zambrano.

Las hermanas Zambrano, en 1964, son expulsadas de Roma. Provisionalmente se recluyen en una aldea del Jura francesa, la Pièce. En el año 1972, el 20 de febrero, sucede otra desgracia para María. Fallece Araceli. Viaja a Grecia. En 1973 reside nuevamente en Roma y recibe la ayuda de amigos, sobre todo de T. Osborne. De 1974-1978 regresa nuevamente a La Pièce donde ultima y publica su obra más conocida, *Claros del bosque*. De esta obra se puede entresacar un texto breve que bien pudiera alertar del iter filo-poético de Zambrano y que es necesario reflejar: «Hay que dormirse arriba en la luz. Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio. Allá en los profundos, en los íferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo. Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena».

A partir de 1977, fecha en la que muere su amigo Lezama, la salud de María es crítica, sobre todo la visión. Dadas las dificultades, abandona el «convento» de La Pièce y se traslada a Ferney-Voltaire. Su primo Mariano la cuida atentamente. El declive físico se agudiza en 1979. Por las atenciones que requiere, y a sugerencia de su primo Rafael, en 1980 se traslada a Ginebra; atendida por la familia y visitada por amigos (Ángel Valente, José Miguel Ullán, Joaquín Verdú). En el año 1984, gracias al apoyo amigos, sobre todo de Jesús Moreno, y de las autoridades culturales, María regresa definitivamente a España, un espacio que declara del que nunca se separó; a la vez que sostiene con intensidad una de las razones de su existir: la razón exiliada que de modo definitivo sostiene en entrevistas y escritos («Amo mi exilio»). Es una razón que enlaza, la anamnética, la poética, que configura un modo de ser y existir; quien sufre exilio, que en categorías de J. Gaos se distingue de destierro y transtierro, lo asume como categoría propia y como experiencia gnoseológica. Zambrano pasa a engrosar el colectivo de «la Numancia errante», resistente y rebelde; si bien, recordando a Alonso de Castrillo, El Tostado y otros de la Escuela de Salamanca o Flórez Estrada, al mismo A. Machado, el pueblo nunca es rebelde, pues es el poseedor del poder. «La Generación del Toro» fue resistente, nunca rebelde, pues la República se alcanzó democráticamente.

El exilio es categoría y constante histórica de Zambrano en el que se «empatrió» (Gaos). El exiliado *exsul umbra*, sombra prohibida, frente al que debe actuar la razón anamnética a fin de recuperar las necesarias ruinas para proseguir el «vivir la vida», máximo mandato de los dioses a los humanos, «pues que de vivir se trata. La vida lo exige. No basta la vida, ella, hay que vivirla. Es lo real de la vida». Es la razón cotidiana. Vivir es anhelar (Ortega y Gasset). Vivir, además,

es resistir (María Zambrano). Razón resistente. La razón, dentro de sus compromisos ha de dejar ser silente y convertirse en delatadora, parrésica, frente a los intentos de soterramiento de unos seres sobre otros, frente a los pretendidos amurallamientos culturales y todo tipo de narcisismos, exigiendo la acción de la razón dialógica basada en el diálogo, la libertad, la pluralidad, la tolerancia, la misericordia, etc. Frente a todo modelo cerrado y geométrico. Es la razón mediterránea que se extiende polifónica durante siglos. Es la razón hispana, la propia de «un pensamiento disuelto, disperso y extendido», escribe en *Pensamiento y poesía la vida española*; la que genera un pensamiento que al decir de Gracián se caracteriza por «discurrir a lo libre» y por todos los géneros, no es suficiente encauzar tanta riqueza en uno solo. Caminos cuyo fin no sea el de convertir en hereje persegurable a todo adversario ideológico. Zambrano pone como valor la aspiración utópica: la ciudad democrática, en la que se permita pisar la raya, en la que se permita que todo individuo pueda ascender a la categoría de persona, a ejercer su propio papel en su ciudad y con sus semejantes, donde no se —se itera— a nadie ni a nada, donde nos entendamos con los semejantes y con las cosas, sin enmarañarnos. En este ejercicio, que no se recibe genético, sino memético han de actuar las razones: la lectora, la metafísica y también la humilde, mirando hacia abajo y hacia adentro, etc. Tampoco ha de olvidarse la razón piadosa, «un saber tratar adecuadamente con lo otro»; la piedad es la capacidad de relacionarse de trato de algo o alguien que no se halla en nuestro plano vital, sea un dios, una planta o un animal.

Si bien la salud de la filósofa se halla resentida, la situación económica y el reconocimiento se consolidan y materializan, más allá del simbolismo, con la concesión y recepción del Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes en 1988. En el año 1990 y ante la amenazante Guerra del Golfo publica el citado artículo «Los peligros de la paz», último texto en vida en el que Zambrano confía en que el hombre, el ser de la necesidad y de la esperanza, puede amarrarse al hilo de Ariadna para salir del laberinto. ¿Cómo? Quizá la respuesta sea la dada por el extraterrestre al terrícola que aparece en el texto «La crisis de la cultura de Occidente»: «tenemos que crear, no solamente hacer, sino crear». La propuesta, pues, es la confianza en la fuerza creadora del hombre, en la razón creadora, ya que «una cultura es un sistema de creencias y de ideas que responde a una esperanza, y la cultura es tanto más alta, clara y perdurable cuanto la esperanza en ella depositada sea más honda y su expresión más clara». Necesariamente desde la aurora el ser humano ha de crear, mas nunca exnihilo —se reitera—, o perecer.

En la aurora de la filosofía, desde el poema de Parménides, arranca la relación filosofía-poesía, a pesar de Platón y otros filósofos. En *Filosofía y poesía*, Zambrano abunda en la relación entre ambas: «en la poesía encontramos indirectamente al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método». La poesía ha de recoger las aportaciones de la filosofía a sabiendas de que «el conocimiento es una forma de amor y también su forma de acción», escribe en la obra antes citada. Y el amor es fuente de conocimiento, bien lo saben los poetas; con frecuencia el amor elige como género predominante a la poesía.

Zambrano apuesta por la razón poética, que ya se apunta en la utópica referida en uno de los protoescritos, «La ciudad ausente», como lugar de encuentro de toda expresión precedida por el prefijo poli-: poli-fónica, poli-edrica, poliforme, poli-etc.; una razón integradora que se disemina en la mediadora, la misericordiosa, la heterodoxa, la interrogadora y lectora, la entrañable, también en la cívica e incluso en la armada, la parrésica o rebelde, la pothósica o anhelante, modos diversos de acción frente a la tiranía de la razón positiva-arquitectónica-cerrada, pretenciosamente omni-abarcadora y, finalmente, mutiladora.

La filosofía, según Epicuro, sino sirve para la vida no sirve para nada; luego el filósofo, si aspira a ser influyente, ha de girar constantemente el calidoscopio de la vida viva, sin angosturas, sin soberbia egotista, sin enmarañamientos sujetos a la hermenéutica, al historicismo; alejado de todo tipo de atadura a pretendidas fórmulas salvíficas y más bien amarrado ontológicamente a los propios ámbitos de la vida, ya que «existen lugares privilegiados en toda realidad, aún en esa extraña realidad que es una obra humana de creación, lugares en que se crea un medio de visibilidad, donde la claridad se hace transparencia y la oscuridad se aclara en misterio, como un claro en el bosque donde brota un manantial y que parece ser el centro que torna visible al ‘bosque que los árboles han ocultado’ visible porque lo toma vivo. Y vida es igual a unidad» (*La España de Galdós*). A diferencia de Heidegger, ‘claro en el bosque’ no tiene que ver sólo con el ser, sino con la vida. Gaos, en Confesiones profesionales, llegó a identificar filosofía y soberbia. Zambrano, de este modo, se enfrenta al racionalismo europeo, a su crisis, donde la soberbia de la razón ha sustituido la soberbia de la vida. Si la razón desea ser humilde y creadora no tiene más remedio que corregir errores.

Cioran entendió y recogió la pretensión de Zambrano: «no ha vendido su alma a una idea». La pensadora, sin conversión ideológica a ninguna escuela y reconociendo la tradición, sumando la experiencia propia, crea una filosofía trágica, propia de un pensamiento errante y surgido entre guerras, —a todas las evalúa fratricidas, civiles—, mas a pesar de la existencia de estas solicita de continuo la vida. Incluso en la guerra distingue entre los que van a morir de los que van a matar. Incluso, llegado el momento, comprende que la razón ha de ser armada, dotarse de escudo, yelmo y espada, al igual que Atenea, si es preciso defender la poli. No participa del concepto de la muerte heideggeriana, «el cofre que guarda la nada», la esencia del Dasein, dato empírico y final, incluso un modo de ser. En Zambrano puede ser un acto diario y no definitivo; mientras que, en Heidegger, incluso llegado el momento, es un modo de ser o estar (Esein). El Esein en Zambrano es la vida, por ello se aleja del nihilismo, ya que se puede morir, resurgir y multiplicar, como el grano de trigo.

Ante lo expresado se debiera concluir que se precisa una «reforma del pensamiento» europeo. Esta reforma Zambrano la grita, si bien, de igual modo Ortega y Gasset ya la demandaba frente a la «fuerza y la violencia» que caracterizó en muchas ocasiones a la razón en el siglo XX. En estas líneas finales y tras lo expresado la pregunta que emana es ¿y en qué posición estamos en estos momentos? Se precisa una razón cervantina, auroral; la que sale peregrina (per ager) al amanecer, justo en el momento del día que se expresa con mayor policromía, que

debiera servir para dar los primeros pasos a la búsqueda de claros en el bosque no desde la duda metódica, sino desde el asentimiento de fracaso y con sentido del prójimo, como Quijote, y desde don Alonso atendiendo la polifonía de voces y sentires, sin olvidar los matices que aporta la razón misericordiosa galdosiana, de la mano de Nina, en diálogo noble como Sancho y Quijote, sin asperezas nobiliarias, buscando los dones sagrados que habitan en todo ser alejado de la mónada sin ventanas, del solipsista.

León Felipe, poeta exiliado escribió: «el filósofo dice: pienso.... luego existo/yo digo: lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo/creo que la filosofía arranca del primer juicio. La poesía, del primer lamento. /No sé cuál fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del mundo. La que dijo el primer poeta fue: ¡Ay! ¡Ay!».

En febrero de 1991, el día 6, fallece al atardecer «la filósofa de la aurora» en Madrid. Al día siguiente es enterrada en su ciudad natal, Vélez-Málaga, en una sencilla tumba a la sombra de un limonero y bajo el epígrafe del *Cantar de los cantares*: *surge amica mea et veni*.

A María Zambrano se la ha denominado de muchos modos: «la señora de la palabra» o «la dama errante», pero prefiero el calificativo: «filósofa de la esperanza» porque para ella es necesario que crezca la yedra, la esperanza como aroma de los pueblos, a fin de que el hombre no se extrañe en su propia casa. Pues, «la esperanza es la transcendencia misma de la vida que innecesariamente mana y mantiene el ser individual abierto». Zambrano, finalmente, en el Prólogo de 1986 a la reedición de *Persona y Democracia*, manifestó: «hay que esperar, sí, o más bien, no hay que desesperar de esto que pueda suceder en este planeta tan chiquitito, en un espacio que se mide en años luz, que se repita el *fiat lux*, una fe que atraviese una de las noches más oscuras del mundo que conocemos, que vaya más allá». «Y es cuando el mundo está en crisis,—último texto de *Horizonte de liberalismo*—, el horizonte que la inteligencia otea, aparece ennegrecido de inminentes peligros; cuando la razón estéril se retira, reseca de lucha sin resultado, y la sensibilidad quebrada sólo recoge el fragmento, el detalle, nos queda sólo una vía de esperanza: el sentimiento, el amor, que, repitiendo el milagro, vuelva a crear el mundo».

Ciertamente la filosofía de Zambrano es una mirada de experiencias hacia las entrañas del hombre, una mirada radicalmente antropológica, pues es en los precisos claros de este bosque donde se halla un pensamiento cargado de la fuerza y de la riqueza necesarias para, también, adentrarse y caminar por el nuevo siglo, el XXI; un siglo que inicialmente se presenta enmarañado y violento, continuador del anterior, donde abunda cierta orfandad; de ahí que sea necesaria la iluminaria que desde las razones expuestas nos ofrenda Zambrano. Razones para alcanzar la ciudad aún ausente. Razones estéticas, para que la ciudad sea deseable; razones poéticas, para que sea amable; razones utópicas, para que sea soñable y razones éticas, para que sea habitable. En resumen, razones poéticas.■

CARLO FERRUCCI

Profesor de Historia de la Estética
Universidad de Roma «Tor Vergata»

El exilio de María Zambrano: El camino entre los escombros de la historia

Resumen

El trabajo muestra cómo la reflexión de María Zambrano sobre las experiencias de su exilio en América Latina y Europa coinciden con su *auto-exilio* fuera del recorrido académico, institucional, del pensamiento post-aristotélico y post-cartesiano.

Palabras claves

Exilio; patria; experiencia; ruina.

María Zambrano's exile: The journey through history's ruins

Abstract

The work shows how María Zambrano's reflections about the experiences of her exile in Latin America and Europe proceed at the same rate of her *auto-exile* out of the main stream of western philosophy.

Key words

Exile; fatherland; experience; ruin.

El título de este artículo tiene varios sentidos. Me detendré en los tres que me parecen más interesantes: 1. El exilio como camino entre los escombros de dos guerras, la guerra civil española y la parte europea, que para Zambrano ha sido otra guerra civil, de la segunda guerra mundial —asunto que voy a comentar teniendo en cuenta unas páginas del autobiográfico *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*) y de *La agonía de Europa*; 2. el exilio como camino de Zambrano entre los escombros de la historia antigua —tema que trataré comentando las páginas zambranianas sobre las ruinas de la antigua Roma; 3. el exilio como símbolo, cifra, condición ejemplar de la reflexión de Zambrano sobre la historia y la tarea de la filosofía. Dejando aparte la posibilidad, bastante escandalosa pero no del todo delirante, que este tercer sentido de mi título se titulara ‘el exilio como camino entre los escombros de la filosofía occidental’, y teniendo en cuenta tres trabajos de la pensadora veleña: el capítulo «La condenación aristotélica de los pitagóricos» en *El hombre y lo divino*, anticipado por unas páginas de *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), el artículo «Amo mi exilio», y el capítulo «El exiliado» de *Los bienaventurados*.

Lo que une a estos tres sentidos del tema del exilio es el carácter escandaloso, precisamente —erético, ‘rebelde’— del pensamiento de Zambrano frente a la postura institucional, ganadora, del racionalismo occidental. Este carácter revolucionario de la reflexión y del lenguaje de la pensadora veleña me llevará a afirmar que ella, obligada a exiliarse de su tierra natal, elige auto-exiliarse paralelamente de la tierra firme de la filosofía moderna, post-cartesiana y post-hegeliana, para buscar puertos más cercanos a la condición vivida y padecida —lo que quiere decir también: imaginada y esperada— por sus semejantes.

1. *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), escrito en La Habana en 1952, relata las experiencias y los cambios, casi siempre dramáticos, vividos o conocidos por Zambrano entre 1928 y 1948. En uno de los últimos capítulos, «13 de junio de 1940», el relato del momento trágico padecido por la ‘madre’ Europa se cruza con el relato de los riesgos mortales sufridos en los mismos días y en esa misma tierra francesa por la madre carnal de la escritora: «Paris, Europa, la madre... La madre! La sabía otra vez por los caminos, en algún camión, en algún automóvil que habrían de dejar en una cuneta abandonado, arrojándose al suelo, bajo una nube de metralla, detenida ante un puente ya cortado, refugiada en un desván de una ‘Ferme’, despavorida y sin pan, con su corazón ya maltrecho... Y madre era también Europa. Otra madre despedazada, una madre que se había vuelto loca...»¹

La imagen de la madre enloquecida evoca el recuerdo de la Guerra Civil española, a su vez según Zambrano una forma de locura, y este recuerdo hace que su apasionada reflexión sobre Europa se detenga sobre el carácter de guerra fratricida que también el nuevo y más ancho conflicto presenta a sus ojos: «Y ahora Europa siguiendo el mismo destino, la misma fatalidad le despertaba en el pecho la pregunta: ¿de donde la Guerra Civil? ¿Será la última? Quizá la última, la inevitable o inevitada simplemente, para llegar a la unidad».² Y es aquí donde aparece y actúa la imagen del exilio, fundamental circunstancia-símbolo de la experiencia vital y de la reflexión histórico-filosófica de Zambrano. Su manera de

1. Zambrano, María, *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), Madrid, Mondadori, 1989, pp. 242-243.

2. *Ibidem*, p. 243.

pensar-sentir el exilio, vivido por ella, entonces exiliada en Cuba, desde el punto de vista del origen «filial» de la isla caraíbica con respecto a España, hace que una condición de separación y de lejanía se convierta en su contrario, o sea en una relación de proximidad e incluso de simbiosis, casi de ‘entrañación’, entre el continente natal de la autora y la tierra que la ha acogido:

Si todos los europeos pudieran ver a Europa desde lejos, desde este Continente que nació de su sueño, desde esta hija perpleja y angustiada, obligada a hacerse madre de su madre, si ellos pudieran ver a Europa desde este ‘lejos’ que no es un ‘fuera’ sino una dimensión en el interior de la Historia... Y, paradojicamente, desde esta isla del Mar Caribe... se sentía dentro de Europa, en sus entrañas, como se siente el hijo cuando ve sufrir a su madre. Y las entrañas de la Historia son el lugar donde se gesta el futuro.³

La imagen de la gestación del futuro ligada a la figura del hijo de Europa sufriendo en su carne, desde una distancia que se transforma en una identificación, el agónico sufrimiento de su madre, lleva a Zambrano a introducir en su relato-reflexión el tema, ya ahora centralísimo, de la esperanza como incontenible impulso que hace que la agonía no sea un camino hacia la muerte sino hacia una nueva vida: «Agonizar es no poder morir a causa de la esperanza. No, nadie nos rechaza desde la muerte, nada nos lanza otra vez a la vida, sino la esperanza oculta. La esperanza que brota desesperadamente ante cada sufrimiento insopportable. Y cuanto más insopportable es lo que se padece, más honda renace la esperanza. Quizá hayamos de padecer por eso; para que la esperanza se revele en toda su profundidad».⁴

2. Antes de publicar estas líneas, Zambrano había reflexionado ya dos veces sobre la revelación de la esperanza «en toda su profundidad»: en el ensayo «La esperanza europea» (1942), publicado después en *Agonía de Europa* (1945) y —más directamente desde el punto de vista de los escombros de la historia— en el artículo «Una metáfora de la esperanza: las ruinas», publicado en una revista cubana en el año de su primera estancia en Roma (1949). Más directamente, en el segundo texto, porque en «La esperanza europea», además de no hacerse alguna referencia al exilio de la autora, no se habla de nada tan concreto como los escombros de la antigua Roma; sin embargo, es cierto que el personaje principal de «La esperanza europea», San Agustín, además de sentirse exiliado de la ciudad celeste de la que se considera espiritualmente ciudadano, escribe teniendo bien visibles delante de sí los escombros políticos y culturales de la civilización romana.

En «La esperanza europea», Zambrano contrapone a la versión del Cristianismo heredera del Dios supremamente activo del Antiguo Testamento, que triunfando en nuestro continente hizo que el rastro esencial del hombre europeo fuera la creación violenta, frenética y agresiva, de su identidad y de su historia, otra cara del mensaje cristiano: su versión «africana», «casi española»—es que San Agustín, además de ser cristiano, era africano, casi español⁵—encarnada

3. *Idem*.

4. *Ibidem*, p. 244.

5. Zambrano, María, «La esperanza europea», en *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1988, p. 59.

por el autor de *Las Confesiones* y *La ciudad de Dios*. En estas dos obras, según Zambrano, San Agustín sintetiza genialmente el tránsito desde el mundo antiguo al mundo moderno acontecido por Europa, al afirmar: a) la necesidad que el hombre tiene de ser re-engendrado como sujeto cultural después de haber nacido biológicamente, b) el carácter sumamente utópico, quimérico, asumido por esta exigencia en el hombre europeo, c) la consiguiente imposibilidad de realizar total y definitivamente su esperanza de re-nacimiento. Una imposibilidad, esta, sin embargo, que Zambrano considera fundamentalmente positiva, al reflejar un «idealismo de base y raíz» cuya tensión es demasiado grande para acontentarse con alzar una ciudad que sea algo menos que un ilimitado horizonte. Ya que —acerándose en esto la visión de Zambrano al «logos de las circunstancias» de Ortega— por algo será si también «el paisaje europeo es puro horizonte, sobre todo en algunas de sus más nobles tierras, como la de Castilla».⁶

Si la historia europea estuvo siempre impulsada, pues, por ideales demasiado ambiciosos como para realizarse del todo, entonces no sólo su condición más propia ha tenido que ser un estado de permanente derrota, sino que es bueno y justo, nos sugiere Zambrano, que esto haya ocurrido y siga ocurriendo. Puesto que según ella la victoria final, la realización de la versión terrenal de la Ciudad de Dios, significaría para los europeos traicionar a su «utopismo revolucionario de resurrección»⁷ y entregarse a una fácil adoración de los hechos y a un ciego culto del éxito por el éxito.

Siete años después, Zambrano vuelve sobre la relación entre la esperanza y los escombros de la historia relatando lo que le ha ocurrido pensar —mejor dicho: sentir y pensar— delante de las ruinas del Foro de la ciudad que ella llama «mi patria», Roma: que esas ruinas son lo que queda de los sueños de las personas que han vivido y obrado allí, y que «bajo los sueños aliena siempre la esperanza... Y así en las ruinas lo que vemos y sentimos es una esperanza aprisionada, que cuando estuvo intacto lo que vemos deshecho quizás no era tan presente: no había alcanzado con su presencia lo que logra con su ausencia».⁸ De este hecho tan raro, que una ausencia produzca una impresión más intensa que una presencia, Zambrano nos ofrece dos explicaciones. La primera es que la ausencia percibida por el contemplador de los escombros de la civilización romana es la falta de alguien o de algo que nunca estuvo presente físicamente, nunca se ha podido contemplar íntegramente; en resumida cuenta, la ausencia de la divinidad, expresada por los grandes místicos y poetizada por San Juan de la Cruz. No es una casualidad, pues, añade Zambrano, si toda ruina tiene «algo de templo, de lugar sagrado. Lugar de perfecta contemplación».⁹

La segunda explicación que Zambrano nos ofrece de la impresión tan especial proporcionada por las ruinas romanas, es que, así como todo edificar representa una victoria del hombre sobre la naturaleza, no hay ruina que no traiga el revés, o sea el triunfo sobre la historia humana conseguido por la vida vegetal, la «yedra que corre libremente brotando entre las columnas rotas y los muros abatidos»; y que esta revancha de la más espontánea vegetación produce, enlazándose con lo que queda de la ya triunfante construcción humana, la «especial belleza» de un apaciguamiento entre la naturaleza y la historia. Una belleza parecida, según

6. *Ibidem*, p. 61.

7. *Ibidem*, p. 64.

8. María Zambrano, «Una metáfora de la esperanza», en *La Cuba secreta y otros ensayos*, Madrid, Endymion, 1966, p. 139 y en la revista *Lyceum*, VIII (26), La Habana, 1951, pp. 7-11.

9. *Ibidem*, p. 140.

Zambrano, a la belleza regeneradora que emana, trayendo purificación, catharsis, de la tragedia griega: «La contemplación de las ruinas cura, purifica, ensancha el ánimo haciéndole abarcar la historia y sus vaivenes, como una inmensa tragedia sin autor. Las ruinas son en realidad una metáfora que ha alcanzado categoría de Tragedia sin autor. Su autor es simplemente el tiempo».¹⁰

Pues bien, la autoría del tiempo no concierne tan sólo el pasado sino también el futuro, la mirada que dentro de la tragedia de su historia el hombre sigue dirigiendo hacia adelante a pesar de todas sus derrotas, de todas las ruinas que llenan su camino. Y esta mirada hacia el futuro alimentada por la inacabable resurrección de la esperanza, concluye Zambrano reflexionando sobre los primeros pasos de su fecundo exilio romano, está simbolizada por algo laicamente divino, podríamos casi decir, o sea el abrazo de reconciliación entre los escombros de la historia y la yedra, «metáfora de la vida que nace de la muerte, del trascender que sigue a todo acabamiento».

Llegamos así al tercer sentido de mi título: el exilio como símbolo, cifra, momento al mismo tiempo especulativo y existencial de la reflexión de Zambrano sobre la historia de la filosofía europea y su propia tarea de pensadora. Una pensadora que, al caracterizarse por una visión fuertemente crítica, ‘herética’, frente al recorrido ‘oficial’ de la filosofía tanto antigua como moderna, forma y afirma esta escandalosa originalidad no sólo durante su largo exilio sino también gracias a ello: a la capacidad del exilio de facilitar y alimentar desde otros horizontes, más abiertos y libres del horizonte natal, una reflexión tan particular, tan fuera de lo común. Es pensando también, quizás sobre todo, en esta capacidad mayéutica del exilio, en mi opinión, que Zambrano titulará «Amo mi exilio» el artículo de 1989 sobre su estancia fuera de España —no referiéndose, quiero decir, tan sólo en general a las experiencias variamente enriquecedoras vividas en las cuatro décadas y media transcurridas fuera de su país, sino también y en especial al contemporáneo afianzamiento y desarrollo de su ‘auto-exilio’ especulativo fuera del territorio ‘oficial’ de la filosofía. Antes de llegar a las más recientes manifestaciones de esta cariñosa identificación de Zambrano con su propio ‘descarrilamiento’ filosófico, resumiré sus anteriores etapas.

En uno de los primeros capítulos de *El hombre y lo divino*, «La condenación aristotélica de los pitagóricos», encontramos una larga comparación entre el pensamiento de Aristóteles y la doctrina especulativo-matemático-musical de los pensadores órfico-pitagóricos. Aunque reconociendo, y reafirmando, la importancia de Aristóteles como padre del pensamiento filosófico, en esas páginas Zambrano subraya la cercanía a la vida de los seguidores de Orfeo y Pitágoras con palabras que bien podrían referirse a un componente fundamental de su propia visión: «Los pensadores de inspiración pitagórica...no se encuentran obligados a dar un método, un camino de razones; acuñan aforismos, frases musicales, equivalentes a melodías o cadencias perfectas que penetran en la memoria o la despiertan... hacen ‘catecismos’ o ‘manuales’ porque el método que ofrecen no es sólo de la mente sino de la vida; la vida toda es camino de sabiduría, la vida misma».¹¹ Y no es todo: más adelante, Zambrano descubre en la doctrina órfico-pitagórica, además de aquel «sentir originario» o «sentir a priori» que tanta

10. *Idem*.

11. Zambrano, María, «La condenación aristotélica de los pitagóricos», en *El hombre y lo divino*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 86.

importancia tiene en su propio pensamiento, también muchas referencias —¿y cómo no pensar en su «razón poética»?— a la poesía, «la forma más musical de la palabra».¹² Sin embargo, precisamente estas propiedades ‘zambranianas’ de la visión de los órficos-pitagóricos han sido según Zambrano la causa de su condenación por Aristóteles y de su consiguiente exilio fuera del recorrido ‘oficial’ de la filosofía europea, por Aristóteles fundada o co-fundada. Identificándose, pues, algo subterráneamente pero bastante claramente, con unos rasgos sobresalientes del pitagorismo y del orfismo, Zambrano —que ya tres años antes, en *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), había recordado su juvenil «rebeldía»— contra la condenación aristotélica¹³— se ‘autoexilia’ fuera de la tierra firme de la ortodoxia filosófica y termina el capítulo de *El hombre y lo divino* ofreciéndose indirectamente a recoger el testigo de las manos de los condenados: «Hoy, bajo su equívoco esplendor, el hombre vuelve a ser la cuestión, criatura errante que parece haber perdido su ‘puesto en el cosmos’ ha de reencontrar la razón que le haga asequible su propia vida, la razón que rescate sus muchas almas perdidas en la historia y que le haga diáfano su tiempo, el suyo, en cuanto sea posible... La *polimatiá*, el relativismo no resuelto de los pitagóricos, su aceptación del tiempo pueden estar a punto de declarar bajo otro nombre —como vencidos al fin— su oculto sentido».¹⁴ Vencida, la *polimatiá*, la polifacética sabiduría de los órfico-pitagóricos, pero no del todo desaparecida, no enmudecida, sino capaz de recobrar su voz en la zambraniana razón poética. Estas reflexiones constituyen la premisa de las páginas que Zambrano dedica al tema del exilio, más de treinta años después, en el artículo «Amo mi exilio» y en el capítulo «El exiliado» de *Los bienaventurados*. En el primer texto, Zambrano confiesa, casi disculpándose, querer a su exilio a pesar de saber que el exilio es una experiencia que sería mejor no vivir; y explica esta contradicción añadiendo querer a su exilio por haberle aceptado «de corazón, plenamente».¹⁵ Al no aclarar ella directamente lo que esto significa, corresponde a nosotros intuirlo leyendo que para ella «desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria... Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana...».¹⁶

12. *Ibidem*, p. 109.

13. Zambrano, María, *Delirio y destino* (*Los veinte años de una española*), op. cit., p. 186.

14. *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 124.

Muchos años más tarde, Zambrano escribirá que su «senda... no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica» (*De la aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 123).

15. María Zambrano, «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso*, edición y presentación por Mercedes Gómez-Blesa, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 14. El artículo había salido en *ABC* (Madrid), 28 de agosto de 1989, p. 3, y en *La otra cara delexilio: la diáspora del 39*, Universidad Complutense de Madrid, Cursos de Verano, El Escorial, 1989, pp. 7-8.

16. *Ibidem*, pp. 13-14.

17. Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 29.

de la primacía que los hombres suelen otorgar al pensar sobre el ser y el vivir, mientras que la visión como efecto y espacio de revelaciones es una forma de experiencia, o sea nace «desde un ser, este que es el hombre, este que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padeczo y no de lo que razono y pienso».¹⁸ A partir de esta definición de la experiencia como ámbito de lo visto-padecido —lo que quiere decir también: lo imaginado y esperado—, todo el capítulo de *Los bienaventurados* es una larga reflexión sobre las analogías entre la experiencia del exilio y el peculiar conocimiento en que consisten las revelaciones.

Al igual que las revelaciones, que al fin de transmitirse necesitan evadir de la cárcel que es para ellas el ámbito de las ideas claras y distintas, el hombre necesita, para volver a ser «hijo del universo», exiliarse de su detención en la historia con la hache mayúscula, la Historia Universal sacralizada por Hegel. Al igual que las revelaciones, siempre sorprendentes, siempre objeto de visión-intuición y por lo tanto de escándalo para las categorías de lo explicable y lo justificable, el exiliado es —asombrosamente, escandalosamente— objeto de mirada y de intuición más bien que de conocimiento. Al igual que las revelaciones se quedan fuera del pensamiento analítico para apoyarse en la experiencia, más ancha en cuanto propia del ser, de lo visto-padecido y lo imaginado-esperado, el exiliado se queda fuera de las historias particulares, la suya también, para terminar encontrándose encima de ellas, «sobrenadándolas todas».¹⁹ Al igual que las revelaciones son el ámbito ideal, la patria, de lo visto-padecido y lo imaginado-esperado, el exilio es el ámbito ideal, el «lugar privilegiado», de su descubrimiento y empleo filosófico. A la luz de todo esto, no cabe duda que a la pregunta con la que Zambrano ha empezado el capítulo, «¿Resultará excesivo este término, 'revelación', aplicado al exilio?»²⁰, cabe contestar que no, aplicar el término revelación a su experiencia del exilio no sólo no resulta nada excesivo, sino nos permite entender mejor el origen y el sentido de la herética visión de la pensadora veleña.■

18. *Ibidem*, p. 30.

19. *Ibidem*, p. 36.

20. *Ibidem*, p.29.



Flor, 1996, óleo sobre lienzo, 101 x 76 cm

JOAQUÍN VERDÚ DE GREGORIO

Maître d'enseignement et recherche, Université de Genève
Patrono de la Fundación María Zambrano

En los umbrales del ser humano

Resumen

La multiplicidad de los tiempos es uno de los pensamientos clave y originales de María Zambrano y que precisa el umbral del ser persona. La idea zambraniana del tiempo se engarza tanto con el estudio de la temporalidad de los sueños como de los mitos originarios sobre la creación y el paraíso perdido. De esta manera, la temporalidad originaria es el fundamento de toda cultura, del inconsciente histórico y del camino recibido que erige el presente.

Palabras claves

María Zambrano; sueño; mito; tiempo; poesía; filosofía.

On the Thresholds of the Human Being

Abstract

Abstract: The multiplicity of the times is one of the key and original thoughts of María Zambrano and that specifies the threshold of being a person. The Zambranian idea of time is embedded both in the study of the temporality of dreams and in the original myths about creation and lost paradise. In this way, the original temporality is the foundation of every culture, of the historical unconscious and of the received path that builds the present.

Key words

María Zambrano; dream; time; myth; poetry; philosophy.

El sueño del paraíso perdido ha influido en casi todos los profundos creadores, a través de lo que ha sido denominado *visión paradisiaca*: «lugar de una presencia donde conocer no era necesario, ya que acción y contemplación no se diferenciaban (...) conocer en tal lugar debía ser simplemente una presencia dada y recibida a la vez.»¹ Hablando de conocimiento, sería simplemente allí donde se da la mutua presencia, el amor, la complacencia en la armonía y la ausencia de deseo de apropiación.

Ese universo tiene el carácter de originario tal cual se muestra en los textos sagrados, donde la reintegración en lo absoluto suprime la dualidad y las diferencias. La prehistoria quedaría relacionada en estos textos con el universo de la magia y de las primeras religiones, lo que podríamos denominar el mundo arcaico, pues que «la característica particular de la condición humana es el resultado de una historia sagrada primordial»² que tiene su reflejo en los mitos. Tiempo originario que el poeta Luis Cernuda apoda *Olvido*, visualización del tiempo sin conciencia de su trascurrir:

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.³

Esa temporalidad originaria anida en el sentir y la sitúa el poeta en ese espacio infinito anterior al fluir de la luz, el fuego que insinuaría la aurora si estuviera presente. El poeta se proyecta en la arcana fusión de los elementos primigenios agua y tierra, él es la piedra sumergida en lo vegetal, un vegetal que hiere. Todos los principios conjugados muestran la constancia de una ausencia que hace más extensivo el presente a través del aire virulento, del viento que transfiere a ese sueño primordial de los tiempos.

Según el pensamiento de María Zambrano, en el mito hay una nostalgia de *algo*, de una oquedad que fluye en nuestra mente y, sobre todo, que anida en ese centro esencial del hombre anterior al conocimiento y a la razón persuasiva que es el corazón, más cercano al sentir. Mas «el pasado que un día fue presente puede ser rememorado y traído a la conciencia, hecho conciencia, lo cual quiere decir libertad. Es el pasado que queda libre, especie de hueco que atrae la representación y cuya existencia es sin duda la determinación primera de la necesidad de crear mitos.»⁴

El hombre se siente incompleto al alejarse de aquel *eterno presente*, donde el espacio no sería sino *estancia*, «en aquel lugar aquel primer hombre, su ser y estar coincidían, como coinciden ser y realidad, anhelo y cumplimiento, visión y vacío (...) y la distancia no actuaba puesto que nada se interponía»⁵. Pero su perdida entrevé una caída:

1. Zambrano, María: «La huella del paraíso» en *El hombre y lo divino*, Madrid, Alianza editorial, 2022, p. 352.

2. Eliade, Mircea, *La nostalgia de los orígenes*, París, Gallimard, 1999, p. 30.

3. Cernuda, Luis: *La Realidad y el deseo* (1924-1962), Madrid, Alianza tres, 1991. p. 95.

4. Zambrano, María: «La huella del paraíso» en *El hombre y lo divino*, Madrid, Alianza, 2020, p. 354.

5. *Ibidem*, p. 355.

Bajo el anochecer inmenso,
Bajo la lluvia desatada, iba
Como ángel que arrojan
Del edén nativo...⁶

El poeta se siente originario y ausente de un paraíso y su desalojo lo funde en una oscuridad cuya frontera semeja no poder entrever acosado por esa tempestad sin límite, aún así continúa su camino: *iba*, ese tiempo verbal inacabado que desconoce el inicio y continúa hacia un incierto fin. La caída implica una separación, quizá una prenda que hay que pagar por *existir*, por ser arrojado al exterior de aquel centro inicial. También implica la nostalgia de una perdida y la *esperanza* de una recuperación.

Paralelamente, la esperanza tiende a restablecer en el futuro la vida del pasado perdido. ¿De cuál es la prioridad? Parece haber entre aquello que la nostalgia diseña y lo que la esperanza propone una igualdad de nivel como en dos vasos comunicantes. Y entre ellas el abismo de la decadencia o de la caída, más hondo cuanto más alta sea la esperanza y más perfecta la imagen de la vida perdida.⁷

Pues que...

...la realidad, ha dicho Ortega y Gasset, se presenta siempre como fragmentaria, es decir, hace alusión a algo que le falta, jamás se da un todo completo, sino más bien como una totalidad en la que falta algo, la unidad se da así no por presencia, sino por ausencia. Y en realidad entra también la vida humana, mi vida o mejor yo mismo, que me siento y me se uno, mas separado de mi origen, sumido en una especie de olvido que quisiera despertar. Ansia de recuperación, de verse a sí mismo, si por verse se entiende vivir enteramente sin la dependencia de un pasado que viene aún más que del pasado que se conoce, de un pasado incognoscible por naturaleza.⁸

Los sueños han habitado los varios períodos del acontecer humano, pero su carácter científico es debido a Sigmund Freud, que los integró como materia esencial en la experiencia humana. Carl Jung queda intrigado por las referencias mitológicas, tanto en sus sueños como en aquellos de sus pacientes, especialmente de la joven americana Ann Miller que se refleja en un relato del psiquiatra Théodore Fournoy. Al propio tiempo lee en *Humano, demasiado humano*, un pensamiento de Nietzsche que le inspira la idea de que en el sueño nosotros rehacemos una vez más, los afanes de la humanidad anterior.

Para nuestra pensadora, los sueños forman parte de la realidad, no de una realidad ya establecida entre los límites de una conciencia, sino aquella que la trasciende a través del sueño. Y si el hombre, en su traducción heideggeriana, es mendigo del ser, sería el sueño quien anima sus diversos despertares —que implican un despertar de esa realidad extraconsciente— y quien iría manifestando su ser a la par que ampliaría el universo de nuestro vivir a través de la evocación. Y es que la vida nos ha sido dada para vivirla, en el sueño, en la memoria y en

6. Cernuda, Luis: *op. cit.* p. 104.

7. Zambrano, María: *op. cit.* p. 355.

8. *Ibidem*, p. 354.

el juego. María acude aquí a la canción popular, canto, palabra y música, para entroncarla en su sentir:

Antón, Antón Pirulero
cada cual que aprenda su juego
y el que no lo aprenda
pagará, pagará
una prenda...

De lo que se trata es de aprender a responder en el juego de la vida —jugar en otros idiomas equivale a representar—, saber despertar de cada uno de los sueños que habitan nuestra existencia en el tiempo adecuado, actuando éste de mediador entre nuestro inconsciente personal y el colectivo. Y es que de no despertar del sueño, sería lo que ella llama *duración*, temporalidad pasiva equivalente a un continuo dormir:

Vivir humanamente es una acción y no un simple deslizarse en la vida y por ella. Es lo que según Ortega y Gasset distingue al hombre de los demás seres vivos que conocemos. El hombre ha de hacerse su propia vida a diferencia de la planta y el animal ya hecha ya que solo tienen que deslizarse por ella, al modo de cómo el astro recorre su órbita —dormido—...⁹

Sin llegar a analizar el término, es Spinoza quien más prontamente afirma que la mayor parte de nuestros actos son resultado de nuestro inconsciente, ya que no tenemos conciencia de las verdaderas causas que los motivan. Mas el concepto de inconsciente aparece por primera vez en Carus Von Hartman y es largamente desarrollado por Freud a finales del siglo XIX y principios del XX. El descubrimiento de esa visión de la psique extraconsciente relativiza la posición del consciente. Al dejar éste de ser absoluto, se desplaza el centro de la personalidad, el *yo* ahora es una parte. El inconsciente personal en la versión de Freud equivaldría a los deseos, *orexis*, no realizados desde el estado prenatal, recuerdos traumáticos. Y, nos diría Freud, es el pasado cuando se trata de historias de la psique [quien] decide todas las dimensiones del tiempo y aparecen como amenazas sucesos que ya se han cumplido en el pasado.

El gran descubrimiento de Jung y que constituirá su ruptura con Freud, concierne al inconsciente colectivo, al que paralelamente Zambrano denomina *inconsciente histórico*. En nuestro cerebro, y por extensión en nuestra alma, han quedado las huellas de la historia humana, de esos arcanos que nos precedieron. Jung lo compara a un mar sobre el cual la conciencia del yo se deslizaría cual un navío. Y es por ello que del mundo originario nada, o casi nada, habría desaparecido.

Los contenidos del inconsciente colectivo nos han llegado a través de los mitos, los cuentos, los relatos y los rituales religiosos. Ellos son la expresión de emociones pujantes, alegría, miedo, dolor, angustia y amor, presentadas por los humanos ante los misterios de la vida y de la muerte. Para Jung, los pueblos

⁹. Zambrano, María, «El sueño creador», *Obras Completas vol. III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, pp. 1.014 y ss.

primitivos serían más cercanos al inconsciente colectivo y a una conciencia de grupo, los más modernos estarían en el extremo más alejado y lo que se busca como ideal es un diálogo entre ambos para guardar un equilibrio, de manera que, más allá de una confrontación, se llegue a una armonía a través de lo que él denomina proceso de individuación: la formación de un ser en el que la parte femenina, *anima*, se equilibre con la masculina, *animus*, que subyacen en todos los humanos, hasta alcanzar una convergencia en el Uno, o sea, el Ser. Todo ello, para Jung, es aplicable tanto como medio curativo y como medio creador.

En el pensamiento zambraniano encontramos paralelismos con lo que estamos exponiendo, pues que despertar del sueño:

...es ir despertándose, que significa ir despertando al ser de su sueño, despertarse junto a él, ese ser propio del hombre que siente su ser, lo ve o más bien lo entrevé en raros momentos y que frente a él puede decir sí o no, tomándolo a su cargo ¡Qué clase de ser es ese que para ser en la vida ha de seguir siempre, aunque sea para luego sumergirse en el sueño inicial nuevamente. Qué despertar es seguir naciendo de nuevo, recrearse.¹⁰

Tras el vivir y el soñar
Está lo que más importa:
Despertar.¹¹

Antonio Machado, el poeta tan cercano a María, así parece expresarlo, pues que el despertar del sueño abre los caminos de la vida e irá fluyendo a la par que el Ser, trascendido en esos despertares que se espejan en los pasos vitales, el *camino recibido* hacia la vida en la concepción de la pensadora:

...el camino recibido por el hombre y solo ensanchado, cuando se puede, o fuerza de ser recorrido. Y ese otro que se encarama o desciende, que se enfila por donde no parece haber paso alguno, el que sobrepasa la aporía. El de la sabiduría secreta de la bestia y que pone de relieve su calidad de habitantes de la tierra y que el hombre, llegado después, siempre después, es solo su residente y por fin su extraño huésped dominador. El sendero recibido puede ser largo, escarpado y amenazador. Suele bordear el abismo...¹²

El camino se ha de ir haciendo, encontrando, despertando:

Caminante, son tus huellas
El camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca

10. Zambrano, María, «El sueño creador», *op. cit.* p. 1.023.

11. Machado, Antonio: «Proverbios y cantares», *Poesías Completas*, Madrid, Austral, 1985, p. 275.

12. Zambrano, María: *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 30.

se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.¹³

Siempre hacia esa acción de un avanzar sin retorno, sin olvidar que en el sendero los pasos no se repiten, «yo puse los pies en aquella parte de la vida más allá de la cual no se puede ir con el pensamiento de retorno», nos dice Dante en su *Vita nova*.

El pasar es un trascender, se trasciende en el sentido evolutivo y a través de los hallazgos del camino y en el ir despertando al Ser —ser para la muerte según Heidegger—, mas para nuestra pensadora la muerte es el definitivo trascender, pues que en la vida en cada uno de nuestros pasos se puede morir cual afirma Don Quijote: *Que yo Sancho nací para vivir muriendo*. La lección cervantina es que se vive para llegar en cada uno de los momentos decisivos de nuestra vida a ese límite en que la vida alcanza casi su frontera con la muerte, hasta lo más profundo, dicho poéticamente, hacia las diversas albas en las que fluyen las auroras del Amor: *La del alba sería* cuando el caballero de la Mancha inicia cada una de sus salidas. El lema de Descartes, *Pienso luego existo*, ha situado la conciencia en el centro de su filosofía, dejando en los márgenes la fantasía y el sueño. Las diversas salidas del Caballero implican una aventura trascendida en sueño, pues que su lema sería: *Sueño, luego existo*, e ira soñando mas dialogando con su compañero, Sancho, entrancado en una realidad que se amplía con el sueño del Caballero y que la par se va fijando en esa realidad, a través de los pareceres del escudero.

La obra primordial sobre los viajes, y que se considera como prefiguración de todos ellos es *La Odisea*, la gran creación de Homero. En su camino marítimo se enredan dioses y destino y, basándose en ello, Constantin Cavafis nos ofrece un hermoso poema que al igual que otros podría integrarse en la estela del *camino recibido*:

Mantén siempre Itaca en tu mente
Llegar allí es tu destino.

Pero no tengas la menor prisa en tu viaje
Es mejor que dure muchos años
Y que viejo al fin arribes a la isla,
Rico por todas las ganancias del viaje,
Sin esperar que Itaca te vaya a ofrecer riquezas.

Itaca te ha dado un viaje hermoso.
Sin ella ni te habrías puesto en marcha
Pero no tiene ya más que ofrecerte.

Aunque la encuentres pobre, Itaca de ti no se ha burlado.
Convertido en tan sabio, y con tanta experiencia,
Ya habrás comprendido el significado de las Itacas,¹⁴

13. Machado, Antonio, *op. cit.* p. 223.

14. Cavafis, Konstantin, *Poemas*, Barcelona, Seix Barral, 1996, p. 71.

Itaca más que una meta final, es la síntesis de las diversas Itacas que como arquetipos van integrando las diversas experiencias del viajero, que al llegar a sus últimos umbrales ya se siente colmado. Y es que el camino semeja armonizarse con los despertares del sueño en sus diversas veredas. Al visualizar este viaje, cual reflejo de lo que vamos desenhebrando, emana esa otra característica pues que

El anhelo, no de llegar a tal o cual lugar sino de encontrar lo que le falta para ser, para que el ser a medias nacido se cumpla; la simbiosis que la vida postula desde el primer momento y vuelve a presentarse con mayor fuerza cuando se produce en su reino un ser que se alza. Inevitable resulta que la ascensión sea separación. Y en esa separación vuelve la necesidad y el anhelo de simbiosis, que según los grados de la escala ascendente de la vida toma diferentes formas y nombres.»¹⁵

Quizás el verso de Emilio Prados refleje con hondura ese cavilar humano...

Nació sin saber
si estaba dentro o fuera
del dios
que nació con él

María Zambrano nos habla de

una especie de música, nunca del todo audible, guía. Arrastra primeramente a su seguidor por una especie de irresistible seducción, con una violencia que va de aumento según se sube la escala del alma y de la mente poniendo al sujeto frente a una insoslayable necesidad de entrar a cuyas puertas ha sido llevado: un lugar del que no sabía. Y puede ello no bastar. Dante siente la ‘vita nel cuore’ que le paraliza aún después de las palabras de Virgilio. Sólo la presencia de Lucía, que le remueve el corazón, le pone en camino, el camino escondido, el de la sabiduría secreta. El tercer camino no se abre sin un guía y no se entra por él sin que el corazón se haya movido y la mente obedezca. Sólo cuando el corazón ha desfallecido a pique de anonadarse y alza luego, hace seguir a la mente sus secretas razones.¹⁶

Asistimos a lo que podríamos denominar *la búsqueda del Ser* a través de esos hallazgos que suponen el ir delineando *el camino recibido* y a la par ir despertando los sueños que la pensadora denomina *sueños de la persona*, contrapunto de los sueños de la psique, más cercana a la visión de Jung que a la de Freud. Sueños que reflejan un conflicto. Un conflicto entre el *personaje* que el sujeto arrastra consigo cual una «máscara histórica que sofoca al sujeto al modo de actores poseídos por su papel, sin respirar un momento de libertad», frente los sueños de la persona, cuyo

15. Zambrano, María, *op. cit.*, p. 32.

16. Zambrano, María, «El camino recibido», *Notas de un método*, *op. cit.*, pp. 31-32.

...despertar del íntimo fondo de la persona, ese fondo inasible desde el cual la persona es...una figura que puede deshacerse y rehacerse; un despertar

trascendente. Una acción poética, creadora, de una obra y aún de la persona misma, que puede ir así dejando ver su verdadero rostro, que puede ser visible por sí mismo, que puede llegar a ser invisible confundiéndose con la obra misma. Obra que puede ser también en hechos. Mas los hechos han de estar a la altura de la palabra, ya que la palabra preside la libertad. El sueño de la persona es en principio sueño creador que enuncia y exige el despertar trascendente y que aún puede contenerlo ya en el nivel más alto de la escala de sueños.¹⁷

Todo sueño en su sentido creador entabla, en su llamado despertar, una acción trascendente en la que se irá manifestando y evolucionando el ser de la persona, pero en tales sueños hay un enigma que habrá que ir descifrando, no analizando, como si su interpretación obedeciese a una lógica que, sin negar el entendimiento, exige la transformación del sujeto. «El conocimiento se dará después de esta trasformación del sujeto, como por añadidura. En ello reside la ironía de las respuestas de lo oráculos y, en grado sumo, del ‘conócete a ti mismo’ socrático».¹⁸ Ahí radica la libertad que frente al dominio de la razón buscaba el romántico. Frente a la razón que, cercenando la libertad en forma de conciencia, ha limitado las fronteras del amor. ¿Y si la libertad fuese el *a priori de la vida*, si tan sólo en ella fuera la posibilidad de ser? Referirse al amor como una relación psicológica-biológica, las pasiones como *complejos*, limita el universo de sus posibilidades: «...En principio era el verbo, el amor. La luz de la vida, la palabra encarnada, el futuro realizándose sin término. Bajo esa luz, la vida humana descubría el espacio infinito de una libertad real, la libertad que el amor otorga a sus esclavos.»¹⁹ El sentido de esclavitud no es peyorativo, sino que refleja ese camino del ser que al par que irá despertando se irá desvelando, transformando y trascendiendo en el amor como parte integradora de sí mismo, «Je est autre», «Yo soy otro», afirma Rimbaud e igualmente el sufismo.

Toda esa evolución que hemos ido siguiendo en la búsqueda del ser, sus caminos y sueños serían a la par senderos —en y más allá de— hacia el amor. Pues que el origen sería órfico y tan hondamente musical que, según el mito, incluso tras su muerte la lira continúa sonando. Y el sueño más allá de su carácter estético sería metafísico: «Algunas veces el sueño es el lugar terrible que frecuentan los espectros y otras es el pórtico suntuoso que da entrada al paraíso, ... [mas] en todas partes, el ser y la poesía extraen su sustancia de la sustancia del sueño.»²⁰

Pero esa otredad también pudiera reflejar la huella de una pérdida en el amor que ha pretendido olvidar su parte divina, ese no aceptar el misterio último, lo inaccesible de Dios:

El *deus absconditus* que subsiste en el seno del Dios revelado. El hombre se niega a padecer a Dios y a lo divino que en sí lleva y cree que la realidad toda está compuesta de hechos sometidos a causas a las que se llama *razones* volviendo así al sentido inicial de la *ratio* latina: *cuentas*. Pero lo divino es incalculable, como el amor. También es cierto que ese amor en su expresión poética descienda hacia lo infernal, en una vía mística invertida en su búsqueda de lo absoluto. Desde una visión poética del universo que desea trasladar a la vida: Vivir lo visualizado:

17. Zambrano, María, «El sueño de la persona», *El sueño creador*, op. cit., p. 1.033

18. Zambrano, María, «La palabra en sueños», *El sueño creador*, op. cit., p. 1.038.

19. Zambrano, María, «Para una historia de amor», *Claro del bosque*, Madrid, Alianza, 2019, p. 299.

20. Beguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 20.

Conozco los cielos reventándose en relámpagos, y las trombas
A las resacas y las corrientes: conozco la tarde,
El Alba exaltada igual que una bandada de palomas,
iy he visto, algunas veces, lo que el hombre creyó ver!

He visto el sol bajo, manchado de místicos horrores
iluminando extensos coágulos violetas,
similares a actores de dramas antiquísimos,
las olas haciendo retumbar a lo lejos sus estremecimientos de postigos

¡He soñado la noche verde de nieves deslumbrantes,
beso que asciende, lento, a los ojos de los mares,
la circulación de savias inauditas.
Y el despertar amarillo y azul de los fósforos cantores!

....
¡He visto archipiélagos!, e islas
Cuyos delirantes cielos de abren al navegante:
—¿Acaso te exiliás y duermes en esas noches sin fondo,
Millón de aves de oro, Oh futuro Vigor?²¹

Las imágenes del poema de Arthur Rimbaud nos desvelan una perspectiva del universo en el que los matices infernales se entremezclan con los celestes. Un continuo movimiento del barco en su itinerario marino reverbera un delirio frente a un abismo que se abre hacia lo etéreo. Los colores son diferentes versiones de esa luz que fusiona visión con conocimiento. Nos habla de ese exilio que se reflejará en su tránsito de desorden vital. Inicia y anuncia el rechazo del mundo en oposición al mundo soñado en el que el beso, fusión con la otredad, si se eleva en la noche sin arraigo, se arriesga a un exilio en búsqueda de su palabra. Movimiento y vuelo se entraña en Rimbaud en su viaje marítimo como a San Juan en su viaje terrestre:

... el poeta Juan de la cruz vino a posarse en esta roca alta, abrasada por un fuego que no es el sol. que parece nacer de ella misma y vino a posarse en esta roca alta sobre el rumos del río, bajo este cielo límpido como un pájaro para cantar libremente, desasidamente, como un pájaro que hace su morada en el aire. Pero que ha salido de la tierra parda y es pardo como ella, como hecho al fin de sustancia es como si la tierra misma cantara y hubiera logrado desasirse de su peso, de la gravedad que la retiene.²²

Toda la naturaleza se trasforma tan solo en la rememoración de ese Amor del que suplica su revelación.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia

21. Rimbaud, Arthur, *Poesía (1869-1871)*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, pp. 287-289.

22. Zambrano, María, «San Juan de la Cruz, de la noche oscura a la más clara Mística». *Obras Completas, op. cit.*, p. 285.

de amor, que no se cura
sino con tu presencia y tu figura.

Hay un dintel entre la vida y el morir al que se llega en esa visualización del ver y el verse, que tan sólo puede sanar no sólo en el hallazgo, presencia, si no también con la figura, encuentro y fusión. Pues que la imagen de ese amor habita en lo más profundo, en los más profundos fondos del ser, razón entrañable de amor.

iO christalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibuxados!

La persona necesita darse a ver y verse en su rostro verdadero. Y ello no puede lograrlo por la sola acción, ni siquiera la sangre sola podría. La revelación entre todas se da en la palabra y por ella. La palabra de María Zambrano fue fluyendo a lo largo de su vida y llamada a manifestarse en un momento en el que España plasmó la esperanza humana con el advenimiento de la República, pero que pereció amenazada con la reaparición de la historia apócrifa y de una cruenta guerra civil que fue prólogo de una tragedia mundial. Aunque llamada también *The Poets War*, pues que en ella pueblo y cultura se manifestaron unidos, así también unidos perecieron. Mas esta experiencia fue también revelación y es historia: La historia verdadera que prosigue bajo la apócrifa.

Y así el llamado intelectual, con cuanta fácil ironía y tosca burla a menudo señalado, no viene a ser otra cosa que aquel que da su palabra, el que dice y da nombre o figura a lo visto y sentido, a lo padecido y callado, el que rompe la mudez del mundo compareciendo por el sólo de haber nombrado las cosas por su nombre, con el riesgo cruel de no acertar con la palabra justa y el tono exacto en el momento exigido por la historia. Y el estigma de no haber comparecido o de haberse fatigado antes de tiempo, de andar distraído y aun absorto en el mejor de los casos; de haberse confiado también, o el de haberse envuelto en la desconfianza; de haber dicho demasiado o muy poco, antes o después, mas no entonces, en el instante decisivo, que no vuelve si se le ha dejado perder.²³

Recordemos el testimonio de aquellos que, reflejando diferentes posicionamientos en su vida política, han llegado a coincidir en la acción humanitaria de su palabra cuando ataña a un acontecimiento decisivo en la historia. Hablamos de la contienda civil en España que fue un hecho y un prólogo de una de las tragedias más profundas del acontecer humano cual ha sido la subida al poder del fascismo, tanto en sus vertientes franquista, mussoliniana y hitleriana, sin olvidar el imperialismo japonés.

²³. Zambrano, María, *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Trotta, 1988, p. 86.

Nuestro corazón no estaría tan turbado si esa tierra esclavizada no fuera tierra de pasión y de grandeza. Indudablemente yo tengo mis razones personales para una elección. Y en esta Europa avara, en este país, en este París que tiene de la pasión una idea irrisoria, la mitad de mi sangre rumia el exilio desde hace siete años, aspira a recobrar la única tierra con la que me siento plenamente de acuerdo; el solo país del mundo en el que se sabe fundir en una exigencia superior el amor de vivir y la desesperación de vivir...

¿Qué sería de la prestigiosa Europa sin la pobre España? ¿Qué ha inventado ella más allá de lo estremecedor que esa luz poderosa y magnífica del verano español donde los extremos se funden, en que la pasión puede ser goce y sufrimiento, en que la muerte resulta una razón de vivir, en que la danza va de lo serio a la despreocupación y al sacrificio, en el que nadie es capaz de limitar las fronteras de la vida y del sueño y la verdad? Las fórmulas de síntesis que el Occidente lucha por describir.²⁴

Estas palabras de Albert Camus pudieran tener su reflejo complementario en aquellas otras de Simone Weil, a quien Zambrano admiraba por el testimonio vital de su obra, así como por la proyección de su vida. Marxista y creyente, nos ha dejado un testimonio desgarrador sobre el trabajo en las fábricas. Al igual que nuestra pensadora, Weil desdénaba a quienes se encerraban en su pensamiento teórico sin trascenderlo en la experiencia.

La pensadora francesa ha reflejado su pasión por el universo español y más hondamente en el momento de la guerra civil que la llevó en comprometerse con su presencia en el frente de Aragón, participando activamente en la contienda. Pues que afirmaba que el pensar debe ir conjuntado en el actuar de ahí ese testimonio tan luminosamente presente en el libro *La Columna*.²⁵

La publicación del libro *Les grands cimetières sous la lune*, de George Bernanos, supuso uno de los testimonios más relevantes y desgarradores sobre la Guerra Civil, puesto que el autor vivió los acontecimientos ya que residía entonces en Mallorca. Siendo católico practicante, e incluso uno de sus hijos milita en la falange, asiste consternado desde los inicios de la guerra a las ejecuciones sumarias y a las prisiones en los barcos o a las falsas liberaciones seguidas de fusilamientos en las cunetas. El título de la publicación alude a los millares de muertos —cementerios—, bajo la ambición del oro —la luna—.

Creo que la Cruzada Española es una farsa, que levanta una contra la otra dos peleas partisanas que ya se enfrentaban en vano en el plano electoral, y que siempre se enfrentarán en vano porque no saben lo que quieren, explotan la fuerza porque no saben cómo usarla. Detrás del general Franco se encuentran las mismas personas que se mostraron igualmente incapaces de servir a una Monarquía a la que finalmente traicionaron, o de

24. Entrevista en el semanario *España republicana* correspondiente al 29 de diciembre de 1945.

25. Bosc, Adrien, *La columna*, Tusquets, Barcelona, 2022.

organizar una República que habían contribuido en gran medida a crear, las mismas personas, es decir los mismos intereses, enemigos unidos por el oro y las bayonetas del extranjero. ¿Es esto lo que vosotros llamáis revolución nacional?

Me diréis naturalmente que los rojos no son caros y que todos los lemas son buenos. ¡Mil excusas! Podéis contarme que el Mikado es un buen católico, que Italia siempre ha sido el soldado del Ideal -*Gesta Dei*-, o incluso que el general Queipo de Llano es un tipo del género de Bayard o de Godefroy de Bouillon, es asunto vuestro. Pero no me habléis de Cruzada. Es posible que llegue un tiempo en el que los últimos hombres libres estén llamados, en efecto, a defender por la fuerza los restos de la Ciudad Cristiana, pues más vale morir que vivir en el mundo que estáis creando.²⁶

La contestación de Simón Weil se cita en extenso, porque vale la pena repetir sus palabras para luchar contra la historia apócrifa.

Aunque parezca ridículo escribirle a un autor que, en razón de su oficio, está siempre inundado de cartas, no puedo evitar hacerlo después de leer *Los grandes cementerios bajo la luna*...he tenido una experiencia semejante a la de usted, aunque mucho más breve, menos profunda, en otro lugar, y que he vivido, en apariencias, solo en apariencia, con un ánimo muy distinto.

Yo no soy católica, pero —y lo que le voy a decir le parecerá sin duda presuntuoso a cualquier católico, viniendo de una persona no católica, pero no puedo expresarlo de otro modo—. Pero nada católico, nada cristiano me ha sido ajeno. A veces he pensado que, solo con que en la puerta de las iglesias pusiera que se prohíbe la entrada a quien gane más de cierta cantidad. Me convertiría enseguida. Desde niña he sentido siempre simpatía por las agrupaciones que defienden a las clases más despreciadas de la sociedad, hasta que me di cuenta de que esas agrupaciones son de tal índole que no merecen ninguna simpatía. En la CNT, en la FAI, se daba una mezcla sorprendente en la que se admitía a cualquiera y, en consecuencia, había inmoralidad, cinismo, fanatismo, crueldad, pero también amor, espíritu fraternal y, sobre todo, reivindicación del honor algo muy hermoso entre hombres humillados. Me parece que se les unían animados por un ideal superaban a aquellos a los que los movía la inclinación a la violencia y el desorden.

He reconocido ese olor de guerra civil, de sangre y de terror que des prende su libro; yo lo respiré. Debo decir que no vi ni oí nada comparable a la ignominia de alguna de las historias

Que usted cuenta, esos asesinatos de campesinos viejos, esos balillas que hacen correr a porrazos a los ancianos. Pero lo que me contaron me basta. Estuve a punto de presenciar la ejecución de un cura; en los minutos de espera, me pregunté si me quedaría mirando o si acabaría fusilada

26. Bernanos, George: *Les grands cimetières sous la lune*, Points, Paris, 2014, p. 135.

por querer intervenir; aún no sé lo que habría hecho si un azar feliz no hubiera impedido la ejecución.

¡Cuántas historias se amontonan bajo mi pluma! Pero una sola bastará. Yo estaba en Sitges cuando regresaron, vencidos, los milicianos de la expedición de Mallorca. Los habían diezmado. Esa misma noche hicieron nueve expediciones de castigo y mataron a nueve fascistas en aquella ciudad en la que en julio no pasó nada. Uno de los nueve fue un panadero de unos treinta años cuyo delito, según me dijeron, era pertenecer a la milicia ‘somanen’; su anciano padre cuyo único hijo y sostén era él, se volvió loco. Un grupo internacional de milicianos apresó a un joven de unos quince años que combatía como falangista. Temblando porque había visto como mataban a sus compañeros allí mismo, dijo que lo habían enrolado a la fuerza. Lo registraron, le encontraron una medalla de la Virgen y un carné de falangista; lo enviaron a Durruti, jefe de la columna, quien después de exponer durante una hora las virtudes del anarquismo, le dio a elegir entre el morir o enrolarse inmediatamente en las filas de los que le habían apresado y luchar contra sus compañeros de la víspera. Durruti le dio veinticuatro horas para que lo pensara, al cabo de veinticuatro horas, el muchacho dijo no y fue fusilado.

Nunca he visto, ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses que fueron unos a combatir, otros a pasearse —estos últimos, casi todos intelectuales grises e inofensivos—. Nunca he visto a nadie expresar ni siquiera en la intimidad repulsa asco o simplemente desaprobación ante la sangre derramada. Habla usted de miedo. Sí, el miedo desempeña un papel en esos crímenes; pero donde yo estaba no le vi la función que usted le atribuye. Un abismo separaba de la población desarmada, un abismo igual que el que separa a pobres y ricos... como voluntarios y nos metimos en una guerra que parece de mercenarios. En la que sobra la crueldad y falta la consideración debida al enemigo. Yo estuve en España, oigo y leo toda clase de reflexiones sobre ese país, pero, aparte de usted, no sé de nadie que se haya bañado en la atmósfera de la guerra española y haya resistido. Es usted realista, discípulo de Drumont, ¿y qué? Me siento incomparablemente más cerca de usted que de mis compañeros milicianos de Aragón, compañeros a los que, sin embargo, yo apreciaba.²⁷

Albert Camus afirmaba que el ser humano ha de entregarse al presente sin pensar en el porvenir. Respetaba la persona de Cristo más allá de su trascendencia. Se alejó del comunismo no a causa de los procesos ni de los campos de concentración: no podía soportar el sufrimiento de los inocentes.

María Zambrano siempre fue fiel al recuerdo de la República y su palabra es fundamental para la comprensión del exilio. España se sintió abandonada. Y un símil de ello se halla en el abandono de Cristo en su bello texto «El sueño de los discípulos en el huerto de los Olivos». Fue un no despertar a la historia que quedó en esa palabra que siempre se busca, como la búsqueda de la historia de Occidente: un continuo peregrinar. Bernanos, profundo creyente, también

27. Bernanos, George: *Les grands cimetières sous la lune*, Points, París, 2014, p. 135.

ha visionado la pasión en el abandono de Getsemaní, la verdadera agonía y su reflejo discurre en *Nouvelle histoire de Mouchette*, para escribir la cual el autor declaró haberse inspirado en el recuerdo de aquella España. A la protagonista, la adolescente-niña abandonada... «la palabra vejez y la de muerte le parecían todavía, como en el tiempo de su primera infancia, dos términos casi sinónimos del mismo suceso.»

Para Simone Weil, Cristo surge del amor del Padre y Espíritu Santo. No abraza un camino determinado por una única religión porque en todas ellas halla, en sus textos, una violencia que no comparte y también por las razones expresadas en su carta a Bernanos, quien por cierto siempre llevó consigo dicha misiva en su cartera. Profundamente marxista, Simone Weil no comprendía, como hemos visto, a los teóricos que no descienden a la experiencia vital junto a los desheredados.

Pier Paolo Pasolini ha sido una de las voces más profundas y poderosas del siglo XX. Marxista también, tanto en sus films como en sus ensayos, teatro y poesía refleja una nostalgia de lo sagrado. Especialmente en sus primeras películas y relatos, muestra su solidaridad con los submundos del proletariado, de los ignorados incluso por el Comunismo. Con ocasión de un encuentro para propiciar un diálogo entre cristianos y marxistas en Asís, halla en el hotel el Nuevo Testamento y queda sorprendido con el evangelio de Mateo. Le conmociona el hecho de que Jesús buscaba sus discípulos entre aquellos que viven en ese universo de pobreza semejante al que refleja en sus creaciones, que eran seres contemporáneos suyos. Con esta premisa, realiza el más bello film sobre Cristo: *El evangelio según San Mateo*, que dedica al Papa Giovanni XXIII, al que hondamente admiraba.

El hombre de la cultura debe comprometerse con la lucha política en medio de estas condiciones ambiguas, contradictorias, frustrantes, ignorantes y odiosas, dejando de lado sus (falsas) rabietas maniqueas contra el mal, que solo han servido para contraponer una ortodoxia a otra.

El poder —en cualquier poder ejecutivo— hay algo bestial. En su código y en su práctica, de hecho, no se hace otra cosa que sancionar y volver realicable la más primordial y ciega violencia de los fuertes contra los débiles, esto es, digámoslo de una vez de sus explotadores contra los explotados. La anarquía de los explotados es desesperada, idílica y sobre todo no realista, eternamente irrealizada. Mientras la anarquía del poder se concreta en la máxima facilidad en artículos del código penal y sus prácticas. Los poderosos —de Sade— no tienen más que escribir reglamentos y aplicarlos regularmente.²⁸

Los diversos autores que hemos citado junto a María Zambrano responden a esa palabra que tiene como fuente el humanismo más allá de credos religiosos o políticos. Testimonio de la libertad frente a los llamados fascismos que en su trasfondo reflejan la profanación del verbo. Algunos se conocieron personalmente, otros se vincularon en su sentir universal... se reconocieron porque obedecían a la misma música.■

28. Pasolini, Pier Paolo: *Todos estamos en peligro*, Madrid, Trotta, 2018, p. 105.

NARCISO ALBA

Université de Perpignan Via Domitia (Francia)

Herrera Petere, hacia el sur se fueron todos los domingos

Resumen

Fue Herrera Petere un escritor comprometido, hijo de un hombre de Honor y Lealtad: el general Emilio Herrera. Intelectual polifacético (poeta, novelista, dramaturgo, recitador, músico, traductor...), poseía una sensibilidad infinita que no le dejaba vivir su situación de exiliado. La necesidad de la tierra donde nació y de la patria por la que luchó fueron temas de sus obras durante su largo exilio. A sabiendas que no volvería a España, poco a poco enfangó su vida en el alcohol hasta morir en Ginebra en abril de 1977.

Palabras claves

Escritor; comprometido; patria; exilio; tierra; España.

Herrera Petere; They went toward the South every Sunday

Abstract

Herrera Petere was an engaged writer, the son of a man of honour and loyalty: General Emilio Herrera. A multifaceted intellectual (poet, novelist, playwright, reciter, musician, translator...) he possessed an infinite sensibility that allowed him to live his exile situation. The need for the land where he was born and the homeland for which he fought were the subjects of his works during his long exile. Knowing that he would not return to Spain little by little he made his life in alcohol until he died in Geneva April in 1977.

Keywords

Writer; engaged; homeland; exile; land; Spain.

A todas las mujeres que me protegieron en mi camino, y especialmente, como diría el poeta, «a quien conmigo va».

«Siempre hemos vivido al lado de los Trenes». Carmen Soler, esposa de Herrera Petere.

«Invitación al viaje». Rafael Alberti

«Quiero decirle al tren que no me espere». Herrera Petere

El curso 1983-84 en la Universidad de Ginebra fue para mí como un paso iniciático por diferentes razones y acontecimientos. En principio, yo no venía a Ginebra para estudiar el exilio español (ya llevaba haciéndolo desde 1971) sino los últimos años de la vida de Miguel Servet, el gran médico y científico español buscado por tres inquisiciones: España, Francia, Suiza. El gran sabio fue finalmente quemado vivo, aquí, en Ginebra, no muy lejos del río Arve, por orden de Calvino. La estela levantada en su memoria, por detrás del Hospital, así nos lo recuerda.

¿Cómo era realmente Petere? Si nos atenemos al retrato que le hizo su íntimo amigo Rafael Alberti, «Era infantil y puro aquel Petere, extraordinario amigo, tímido, de pronto, recto y hasta duro, pero siempre dulce, comprensivo, condescendiente».¹

La vida es una invitación al viaje, como diría Rafael Alberti. Ahora bien, ¿para avanzar, o para huir? Si nos atenemos a lo escrito por Petere, centrándonos más bien en la expresión poética tenemos que inclinarnos por la huida. Como preámbulo a nuestra intervención hemos puesto varias citas que van en esta dirección, de tres personas vinculadas a su vida y a su obra: Carmen, su mujer, Rafael Alberti, amigo íntimo de toda la vida, y yo mismo, primer estudioso de su obra.

Quizás estos pequeños detalles de la vida, vivir al lado de algo, o de alguien, en un determinado espacio, por ejemplo, diga más de nuestro carácter que otras muchas cosas. Son, quizás, lo más auténtico de nosotros mismos, y a ellos nos atamos como una pulsión ignota y desconocida. Son, como diría Juan Goytisolo, nuestras señas de identidad. Veámoslo.

El primer poema de Herrera Petere en el que aparecen los trenes dice así: «Señal de tren que me mata, frío, sañudo saurio, blanco y negro español, revuelto y cafre, que contra señal que avanza... El tren la ha matado. El tren la ha de hacer añicos.»²

Lo que podemos decir de este poema vanguardista, surrealista, es que conlleva en su simbolismo un signo negativo, de muerte y destrucción, que concuerda muy bien con el contexto político de 1931, año de su publicación. En cuanto a su último poema es aún más explícito e incide en esa idea de muerte. O al menos en esa idea de muerte estrechamente relacionada con nuestro poeta. Dice así:

Quiero decirle al tren que no me espere
que tengo un río de luto a la cintura
y un tajamar de hielo en la garganta.³

De ese canto juvenil del primer poema relacionado con el tren, que es como una primavera, pasando, por ejemplo, por «el tren blindado», en plena guerra civil, a este último verso de otoño, de despedida —«Quiero decirle al tren que no me espere»— hay un abismo, es decir toda una vida. La despedida de este tren, el tren de la vida, la había atisbado muy bien Rafael Alberti, en su casa de Ginebra, en la última visita que hizo a Petere:

Yo le visité varias veces en su casa ginebrina. La última vez que lo vi lo encontré desconocido, velada la voz, envenenado de pernod y ginebra, hablándome abiertamente de que bebía para suicidarse, así, despacio, pues no tenía el valor de hacerlo de pronto, como quien se arroja a un lago o se dispara un tiro en el corazón. Le supliqué que abandonase el pernod y la ginebra y que tomase, si no le era suprimir del todo la bebida, solamente vino. Así me lo prometió... Muchos aguantamos el larguísimo exilio. Otros, no. Petere fue uno de ellos. Realmente quiso suicidarse.⁴

Y así fue, efectivamente, pues Carmen nos confirmó que siguió el consejo de su amigo Alberti, bebiendo solo vino desde entonces, con los mismos perjuicios que toda bebida alcohólica que tomase iba a producir en su ya destrozado hígado. Y él lo cuenta, con ironía, en dos de sus poemas: «Inconvenientes del beber demasiado» y «Hay un perrazo: el vino», que dice:

Hay querella
del vino contra el whisky.
Y que un perrazo tinto,
mastín del vino,
muerde en la carne
del whisky de los ricos.
Y hay alpargatas negras,
cefíido pantalón,
verdiales,
y salerosa, oculta navaja.⁵

Voy a desvelar aquí, no obstante, uno de mis secretos mejor guardados con relación a los exiliados. Fue, creo, en 1971, en el primer viaje que hice a Suiza, a Ginebra exactamente. Trabajaba en la «Papeterie de Versoix», hoy desaparecida, y los viernes por la tarde noche veníamos (dos maestros de escuela, de Jaén, un amigo íntimo, que el covid se llevó por delante el año pasado) a Ginebra a descubrir la ciudad, y en concreto el casco antiguo. Pasamos por delante del café «Les Armures», en la parte alta, y oímos recitar en castellano. Entramos, y allí descubrimos a un hombre muy envejecido, con la voz cascada recitando el poema

3. Herrera Petere, José, *El incendio*, París, Guy Chambellan, 1973, p. 120.

4. Alberti, Rafael, *op. cit.*, pp. 94-95.

5. Herrera Petere, José, *op. cit.*, p. 24.

de las tres morillas, de su obra *Hacia el sur se fue el domingo*. Había tal sentimiento en el recitador que a pesar de un ambiente de humo y de bruma tabacosa, provocó en mí una honda emoción. Me di cuenta inmediatamente que, a pesar de la voz, el tono, la cadencia y el ritmo salían del alma. Hablamos con él al final del acto y me regaló el libro que utilizó en el recital, contentísimo de hablar con estudiantes españoles que se preocupaban por la obra de los exiliados. Pero yo, «un púdico temerario», al buen decir de María Zambrano, no me atreví a pedirle que me lo dedicara. Confirme pues el juicio de Alberti y el de los otros muchos compañeros del B.I.T. (Bureau International de Travail) que trabajaban con él. Tengo que hacer aquí una precisión clave, esencial a mi juicio, que lo dice todo de ellas, de las mujeres, en el buen sentido de la palabra: ellas no hicieron nunca referencia a este tema (alcoholismo). Y fueron siete las mujeres a las que grabé, familiares, amigas y compañeras de trabajo. Carmen, Marion Jaujic, Eduarda...

En resumen, pues, de este preámbulo a mi intervención yo diría que podríamos poner varios títulos a la misma, y todos serían válidos: «Las encrucijadas de un escritor comprometido», por ejemplo; o «Hacia el Sur se fueron los domingos», parafraseando su obra más conocida, pero dándole a encrucijadas, y a domingos una connotación especial. Pero también podríamos titularla «Noches oscuras del alma», que explicaremos después, o simplemente, «Árbol sin tierra», con el mismo título de una de sus obras.

Para entrar en el quid de la cuestión en «las raíces del ser», que diría M^a Zambrano, nos hemos hecho una pregunta: ¿qué motivos llevaron a H^a Petere a cambiar México por Ginebra si en el país charro vivía con suficiente holgura? A nuestro juicio hay tres respuestas a esta pregunta, de diferente índole, que señalamos claramente, que han sido ya trabajados por los estudiosos de la obra de Petere:

- 1.^a La familia: mujer e hijos, pero también sus padres.
- 2.^a España, tan arrraigada a él, tanto en el aspecto político como en el poético.
- 3.^a Los amigos, y algunos en especial, como María Zambrano.

La familia

José Herrera Petere llega a Ginebra el 3 de marzo de 1947, vía Montreal, primer destino como funcionario, con pasaporte mexicano, como «editor, revisor y traductor de español de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)».⁶ Carmen Soler, esposa de Petere, es más explícita en esta cuestión: «El nacimiento de estos dos niños fue la causa de que ejerza la profesión de traductor-corrector».⁷ Así pues, el aumento de la familia exigía un trabajo estable y mejor retribuido. Los padres de Petere, que vivían en París, van a recibirlas a Le Havre, puerto adonde llega el «Queen Elizabeth», barco que le trasladó a Europa.

Aquel pequeño vislumbre de felicidad rápidamente se transforma en algo agrio-dulce pues se da cuenta de que la burocracia no es lo suyo, y que estar horas y horas encerrado en un pequeño despacho, bajo la mirada y el control del «jefecillo de turno» —expresión suya— son contrarios a su modo de entender la vida. A esto se añade el clima frío, húmedo y gris de la ciudad que influye en un «temperamento hipersensible, vitalista y soñador»⁸ como era el de Petere, a decir de todos los que

6. Herrera Petere, José, *Memoria de una vida*, Guadalajara, Diputación, 2009, p. 114.

7. *Idem*.

8. *Ibidem*, p. 117.

le conocieron, y en concreto de Rafael Alberti, al que pertenece la frase anterior.

Él mismo confirma este malestar en carta a Vicente Alexandre, primo lejano suyo, en el «otoño-invierno de 1953» —así consta en el encabezamiento— con un dibujo en la parte superior derecha y esta inscripción: «Lago de Ginebra, horrible, con niebla». Uno de los párrafos de la carta dice así:

Estoy en Ginebra, puedes figurarte lo que es este clima horrible, con instituciones internacionales y un lago, traduciendo, siete horas y cuarto, para dar de comer: mujer, muchacha de pueblo de Miguel Muñoz (Ávila), y tres hijos: Emilio (14 años), Fernando de Herrera (el divino) (9) y José Miguel (en Batela, canción vasca, 8).⁹

Tenemos que poner de realce la ironía y el humor que acompañaron siempre a Petere, que a pesar de la congénita elegancia que le acompañó siempre, en ocasiones se transformaba en sarcasmo demoledor, al estilo de Quevedo. O más fino, profundo y brutal, como en el caso de Unamuno. Y aunque no aparezcan los nombres de los dos personajes a que hace referencia los desvelamos nosotros. La «muchacha» a la que se refiere es Eduarda, criada que sirvió en casa de sus padres desde su adolescencia, que los acompañó en el exilio (campos incluidos) y acabó su vida en casa de los Petere. Lo de la «canción vasca» rinde homenaje a su amigo el guitarrista José de Azpiazu que acompañaba a Georges Haldas y a él en todos los recitales por tierras de Francia y Suiza. Por nuestra parte, debemos a Azpiazu y a De los Cobos (músico también) las lecciones magistrales del tono en la recitación mientras paseábamos, los domingos por la mañana, por el Parque de Plaimpalé.

Debemos introducir aquí una nota aclaratoria que nos parece importante para entender el contexto. No olvidemos que Petere pertenecía al Partido Comunista y que en el seno de dicho partido las aguas eran tan turbias como las del lago Leman por aquella época. Y esto nos lo demuestra una carta enviada por José María Quiroga Pla, yerno de Unamuno, exiliado en París, miembro también del Partido Comunista. Uno de los párrafos dice así, prometiéndole ayuda al amigo:

El trabajo, la falta de apoyo y de cordialidad de los compañeros, las cabronadas de los superiores [...] Medio han matado ya en mí al poeta, al escritor; a este paso, la liquidación del simple hombre es cuestión de pocos meses. Espero que tú me ayudes a evitarlo. Y que yo pueda contribuir decisivamente a impedir que se te coma definitivamente esa malhadada Ginebra.¹⁰

En este caso concreto, la generosidad entre los exiliados Quiroga Pla-Petere es digna de todo elogio, pues se liberaba una plaza en la Unesco de París y el yerno de Unamuno luchó por ella para que le fuera atribuida a su amigo alcarreño. Más aún, como muy bien intuye el salmantino, gravemente enfermo ya, no tardaría en llegarle la muerte, pues, murió en 1955 dejándonos, a mi juicio, uno de los libros más bellos sobre París, imbuido de nostalgia, melancolía y desengaño, del que destacamos el poema «Nocturno del desterrado»:

9. *Ibidem*, p. 183.

10. Herrera Petere, José. *Epistolario. Obras completas*, Guadalajara, Diputación, 2008, p. 180.

Agonía de amor, y la agonía
De la tierra, y los hombres contra el muro,
Crispado el puño que la muerte enfría...

¡Y esta ansia desgarrada que confía
volver a hacerte suya en el futuro,
cara a cara y en paz, mi España, un día!¹¹

Pero para contrariedad de uno y otro, Quiroga Pla fue enviado a Ginebra!, donde murió en el año citado más arriba. En París, además de sus padres —y de Quiroga Pla, por supuesto— Petere contaba con el grupo de intelectuales del Partido Comunista de España, bien conocidos hoy por todos nosotros: Gonzalo y José María Semprún y Gurrea, Jorge Semprún, Salvador Bacaris, Elena Ribera de la Souchère, Fernando Claudín, José Bergamín, etc.

España

Pero Petere tuvo tres «avisos» de muerte, de carácter internacional, durante los años 50, que resumimos aquí, relacionados íntimamente con otro tema, clave de su poesía de exilio: España. O para ser más exactos, la vuelta a España de los exiliados.

El 4 de noviembre de 1950, con todos los chanchullos posibles —y no era la primera vez— la Asamblea General de la Sociedad de Naciones, dio la absolución al régimen franquista, con el apoyo (no podía ser de otra manera) de EE. UU, la complicidad de Francia e Inglaterra y la abstención de la URSS. Aquí murió toda esperanza de regreso a España para siempre, pues los funcionarios exiliados como Petere tenían completa información de lo que se tramaba entre bambalinas. Después de la traición de Francia e Inglaterra con el espantajo de la NO INTERVENCIÓN durante la Guerra Civil, después de la traición a la República al acabar la Segunda Guerra Mundial, Petere comprendió de inmediato que era, definitivamente ya, una planta arrancada de la tierra, *Arbre sans terre* y sin raíces, dice él, en uno de sus poemas:

¡Oh poetas sin tierra como yo condenados
a arañar sus poemas en la roca
del rojo anochecer de días cansados,
duras sangrientas rocas donde hay manos
que quieren ver y no llegan al borde!
¡Poetas perseguidos contra el muro
del mármol negro de un helado banco!¹²

11. Quiroga Pla, José María, *Morir al día*, París, Ragasol, 1946, p. 69. Véase también el *Diccionario de la Guerra Civil Española*, Barcelona, Planeta, 1987, tomo 2, p. 666; el diccionario fue elaborado por Manuel Rubio Cabeza.

12. *Poètes de Genève présentés par Jeune Poésie*, Ginebra, Jeune Poésie, 1967, p. 186.

Cuando en 1956 (diciembre) otra vez vuelve a votarse la entrada de la España franquista en la Sociedad de Naciones, con una estrategia perversa y demoníaca, sólo México votó en contra de tal medida: los turrones de Navidad fueron más amargos que nunca (si los hubo), y muchos de los exiliados (me lo comentaron ellos mismos) deshicieron y quemaron «la maleta que llevaba 18 años detrás de la puerta», con la que salieron de España, conservada con la esperanza resumida en esta frase pronunciada año tras año: «Por Navidad, todos en casa!».

Tenemos que añadir a esto la cuestión de la «Primavera de Praga» (¡Ay, estas primaveras político-populares que cuando nacen son ya invierno!), y sobre todo, el ambiente y la persecución que existía contra los intelectuales del PCE en el exilio, bien conocido hoy por todos. Con la expulsión de Semprún y Claudín acabó toda esperanza de este hombre honesto y comprometido, elegante y leal consigo mismo, como su padre. Comprometido con su tiempo, escribe, con dolor profundo y desencanto total, poemas desgarradores. Y cree, por lo demás, que, si vuelve a España y cae en manos de la guardia civil, le pasará lo siguiente:

Irás a agonizar sobre la tierra
seca y cruel en el penal de Ocaña
irás a fenercer en el garrote
al compás de un momento seco y cruel
en el penal de Ocaña.¹³

Y ante la «reconciliación nacional», que pretende, y defiende Santiago Carrillo, él justifica la amargura de estos poemas diciendo: «Que Dios, si existe, me perdone la tristeza de estos poemas. En cuanto a los trabajadores de España, hambrientos y fervientes, ellos que sí que existen, que me perdonen. Y allí abajo me están esperando.»¹⁴

Los amigos

Ya hemos destacado anteriormente la amistad con Quiroga Pla, pero en Ginebra tuvo una amistad profunda con María Zambrano. Cuando iba a París era visita obligada a Pablo Picasso, padrino de su hijo Emilio. Pero se hace obligatorio una pregunta: ¿y la amistad con María Zambrano, ¿cuándo empezó? Para mí, imposible saberlo. Yo no podría afirmarlo hoy a ciencia cierta, pero pude confirmar durante el curso 1983-84 que era firme y había sido duradera ya. Como ella misma nos dijo, «De raigambre antigua». Pero a diferencia de las conjeturas que hace Rosa Duraux, sí podemos afirmar que ya hubo una relación entre las familias Petere-Zambrano a principios de los años 30, según confesión de la propia María.

¿Podemos hablar de una integración de Herrera P. en el mundo cultural de Ginebra? Podemos. Ahora bien, a nuestro juicio, hubo una adaptación de su vida y de su vocación de escritor humanista (tocaba varias cuerdas) para complementar y sublimar (sobre todo esto último) el dolor de la imposible vuelta a España, y la frustración, de su trabajo como funcionario de la OIT (Organización Internacional del Trabajo). Era su escape vital. María Zambrano, profunda y lúcida, en su oración laudatoria para su entierro titulada «Adiós a Petere», destaca los términos «alba», «voz», «canto», «palabras», etc. Y lo predestinó al exilio, como si éste le estuviera esperando: «Y por esa tu pura voz que viene del alba de la historia estabas predestinado al exilio, donde tu poema hoy se te cumple. En exilio derramaste tu voz que llevaba y dejaba encinares y olivares, cumbres, puertos, nos de aquella tu tierra, de sueño y alma.»¹⁵

Durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se publicó en Lausanne (Suiza) la revista de poesía *Rencontre*, impulsada por un grupo de

13. Herrera Petere, José, *¿Por qué no estamos en España?* Ginebra, Jeune Poésie, 1965.

14. *Idem*.

15. Herrera Petere, José, *Cumbres de Extremadura*, Barcelona, Anthropos, 1986, p. 8. Edición a cargo de Narciso Alba bajo la revisión de Carmen Soler y Carlos Gurméndez.

intelectuales que expresaba, como nota común, su preocupación por los desastres provocados por la guerra y por las terribles secuelas de la misma. *Rencontre* comienza su andadura en 1949 pero tiene vida muy corta, puesto que su último número salió a la calle en 1953. Su esfuerzo no resultó vano, pues en Ginebra, centro de la Suisse Romande, otro grupo de intelectuales toma el relevo. Dicho grupo se conoció en los medios literarios muy pronto con el nombre de «Jeune Poésie».

Antes de nacer dicho grupo como algo compacto, unos cuantos poetas se reunían a charlar y a leerse sus poemas, los miércoles por la tarde, en animada tertulia, en el Café du Commerce, situado en la Place Molard. El ambiente de confianza que fue creándose entre ellos les permitió conocerse mejor, y discutir y hablar de todo tipo de temas, entre los que destacaban «El Hombre y la Poesía». Al grupo pertenecían Gilbert Trolliet, Ludwing Holh, Gerd Bazi, Claude Aubert, Jean Hercourt, Gilbert Meyrat, Willy Bordeaud, Charles Mouchet, Louis Bolle, etcetera. Al tomar el nombre de «Jeune Poésie», el grupo se traslada al Café aux Armures, en la parte vieja de la ciudad, y deciden reunirse los viernes por la noche, aunque excepcionalmente lo hagan también algún miércoles, por motivos diferentes.

Este grupo, constituido al principio como un ente cerrado, pues no admitía en su seno a escritores de origen extranjero, incluidos los escritores nacidos en otros cantones, acoge más tarde a intelectuales de varios países; quizás, porque alguno de sus miembros conocía a escritores exiliados, lo que les llevó a sentirse hermanados con el dolor de estos seres humanos alejados de la tierra que les vio nacer. Así pues, comienzan a frecuentar la tertulia el pintor argentino Venturelli, el guitarrista español José de Azpiazu, el poeta venezolano Juan Liscano, el suizo-alemán Urs Oberlin y el poeta español Herrera Petere, que se convertiría inmediatamente en el centro del grupo.

Ningún principio concreto ni finalidad precisa regían la actividad del grupo en los primeros pasos de su andadura, aunque muy bien podrían resumirse en estas frases de uno de sus miembros: «D'emblée, «Jeune Poésie» prit une position très nette en fase de la réalité romande, et, plus largement, en fase du monde moral où politique où nous vivons.»¹⁶

En una antología publicada después de la disolución del grupo encontramos los puntos concretos por los que se rigieron, analizados ya desde la perspectiva de un trabajo hecho en común, con actividades culturales y publicaciones, casi siempre dentro del marco de la poesía, de la palabra, pues cada miembro es «conscient que cette expérience implique, en deça de la Parole, un lien avec la communauté humaine où elle se manifeste, et en un temps qui nous oblige à la reconsiderer dans ses fondements mêmes.»¹⁷

Los miembros de este grupo, más allá de la palabra y de los versos, conciben, por encima de todo, un compromiso con los seres humanos que sufren, una solidaridad estrecha y profunda con los perseguidos por causas políticas, y un dolor agudo por todos aquellos que no tienen nada que llevarse a la boca. Y así lo expresan en otro párrafo de esta misma antología: «Parfois, de sympathiser avec c'est qui se passe dans certains secteurs de l'Europe et du monde où des hommes sont aussi à la recherche d'eux-mêmes ainsi que d'une nouvelle conscience de la relation humaine.»¹⁸

16. Chessex, Jacques, «Un réveil poétique romand», *La Tribune de Genève* (16 de septiembre de 1955).

17. *Poésie. Anthologie*, Genève, Jeune Poésie, 1967, p. 9.

18. *Ibidem*, p. 10.

La presencia de exiliados en dicho grupo es causa de los cambios que se producen en el interior del mismo, pues la represión y la angustia por la que pasan son extensibles a casi todos los puntos del universo.

Y una vez que se organizaron de una manera estrecha y compacta, comenzaron a relacionarse con otros grupos literarios, y en concreto con todos aquellos que tenían su sede en París. A partir de un determinado momento, son frecuentes los viajes de sus miembros por ciudades suizas y francesas, para hablar de poesía o para recitar sus poemas, en los que casi siempre aparecía el tema de la angustia vital del hombre europeo de postguerra, y su compromiso con todo ser humano que sufriera. Y también las revistas literarias comienzan a publicar artículos o reseñas sobre los escritores del grupo, como podemos leer en las páginas de *Mercure de France*: «Le lien reside ici dans un besoin de liberté: celle même de retrouver, au delà des murailles d'une civilisation trop préservatrice, l'universalité de l'homme, et la tragédie de son espoir.»¹⁹

La tragedia y la desesperanza de uno de sus miembros, Herrera Petere, será vivida como algo propio. El poeta español había llegado a Ginebra procedente de México, en 1947, con pasaporte mexicano, como funcionario de la Organización Internacional del Trabajo, según precisamos más arriba. Atrás, quedaban, pues, siete años de largo exilio, y, a pesar de la estrecha relación que había mantenido con Bergamín, Sánchez Barbudo, Max Aub, también con otros muchos escritores mexicanos, no pudo sacudirse la necesidad de la tierra española y volvió a su querencia en cuanto pudo. No obstante, lo primero que hizo en cuanto llegó a tierra europea fue agradecer a México todo lo que le había dado:

Quísete como te quise
Por las negras chimeneas,
Quísete como te quise
Por las terrazas sin puertas;
Sobre una negra ventana,
Una bandera de luto
Que cerró todas las puertas,
Una bandera de sangre
Que quemó las chimeneas,
Una bandera de viento
Que trajo el sol de la guerra.
Quísete como te quise
México amigo, sin puertas.²⁰

Cuando Herrera Petere llegó a Ginebra, alguien le habló de las tertulias de este grupo de poetas, y él, sin servirse de mediador alguno, se presentó una tarde a Charles Mouchet, y poco después hizo lo mismo con Georges Haldas. La faceta humana de Herrera Petere y su atractivo personal, su prestancia y simpatía hicieron de él una pieza clave en el grupo y, en concreto, por su situación de exiliado. La guerra civil española había segado sus proyectos e ilusiones, lo mismo que había hecho con otros muchos españoles, que erraban como él por rincones

19. «Un groupe de poètes», *Mercure de France*, 1 de noviembre de 1955, pp. 538-539.

20. Herrera Petere José, *Arbre sans terre*, edición bilingüe, París, Guy Levis Mano, 1950, p. 7.

desconocidos mendigando un trozo de pan que no sabían si les pertenecía en justicia o les era dado por caridad. Pero quizás su problema más grave era el estar cerca de su tierra, de su querida España, sin poder pisarla. Y a éste había que añadir otro: el desconocimiento de lo que pasaba en el interior del país, en el que había comenzado la dura represión franquista. Pero a pesar de ese desconocimiento, los exiliados saben muy bien que los muertos no pueden esconderse en cualquier sitio. Y los miembros del grupo *Jeune Poésie*, espoleados por el amor y el celo que Petere sentía por todo lo español, hacen bandera personal de todos los problemas que conciernen a los españoles; tanto los exiliados como las víctimas del interior, como los emigrados del franquismo desde los años 60, serán tema de sus escritos o de sus manifestaciones, víctimas unos y otros de una situación que se prolongaba demasiado. En cada uno de sus libros habrá, pues, referencias, más o menos explícitas, a España.

Cuando en el año 1953 deja de publicarse *Rencontre*, deciden editarse ellos mismos sus libros, pues consideran que es la manera más explícita de comunicarse con la realidad que les rodea y con aquellos que sienten y viven sus mismos problemas. El grupo de poetas, encabezado por los más representativos (Charles Mouchet, Jacques Urbain, Louis Bolle, Willy Borgeaud...), acoge a otros escritores jóvenes, que sienten la necesidad de expresarse poéticamente, y serán, más tarde, los nuevos valores de la poesía suiza en lengua francesa: Jean Georges Lossier, Vahé Godel, Albert Py, Marcel Costet, Jacques Chessex, Gaston Cherpillod, Roland Brachetto, etcétera. Estos jóvenes aportarán además al grupo la renovación de formas y modos de expresión dando así más amplitud intelectual al grupo.

Deciden publicar, de vez en cuando, en la medida de sus posibilidades, sin depender de ninguna institución oficial, un cuadernillo de poemas de cada uno de ellos, que se anunciará y presentará durante un pequeño recital, una recoleta fiesta literaria de ambiente cosmopolita. Los libros se integran en dos colecciones diferentes: «Colección Cahiers» y «Colección Échanges».

Pero a pesar de toda esta animación poética, Herrera Petere le corroen por dentro varias cosas, algunas de las cuales hemos mencionado en líneas anteriores. Pero fundamentalmente la pérdida de toda esperanza de vuelta en un futuro próximo, a comienzos de los años 70 especialmente. Iba agravándose su moral y su falta de esperanza, como puede rastrearse en los poemas que va escribiendo y en las cartas a amigos de dentro y fuera de España. Él se ve condenado ya a ser enterrado fuera de España, lo mismo que su padre y otras muchas personalidades exiliadas, fueran del campo que fuese en el que destacasen. No había justificación alguna para seguir en el exilio, en tierra extranjera, sobre todo cuando se siente la muerte cercana; provocada o no —lo fue la suya—, sentimiento que se concentra en esa pregunta que da título a su último librito de poemas: *¿Por qué no estamos en España?* Desgarrada pregunta que quedó sin respuesta, pues Herrera Petere fue enterrado en el cementerio del barrio Petit-Saconnex, junto a su padre, el General de aviación Don Emilio Herrera Linares, en donde reposan para siempre. ■

FÁTIMA ZOHRA MEKKAOUI ZERROUK

Université Via Domitia de Perpignan

El regreso del corderito: vida y revelación en María Zambrano

Resumen

El símbolo del corderito fue para María Zambrano un elemento mayor de su vida y de su pensamiento por cruzarse sus miradas en un momento clave de su existencia: el paso de la frontera con Francia, por El Perthús, camino de un exilio que duró cuarenta años, a finales de enero de 1939. Más allá de un símbolo con carácter bíblico, está enraizado con lo sagrado, con la vida, integrándose así con la propia existencia de la pensadora, a lo largo de los múltiples itinerarios por varios países de Europa y América, hasta transformarse ella en el corderito que vuelve a casa en 1984 después de 40 años de destierro.

Palabras claves

Corderito; vida; pensamiento; exilio; símbolo; existencia; destierro.

The Return of the Little Lamb: Life and Revelation of María Zambrano

Abstract

The symbol of the little lamb was for María Zambrano a major element of her life and thought for crossing her eyes at a key moment in her life: the crossing of the border with France through El Perthús, on the way to an exile that lasted forty years, at the end of January 1939. Beyond symbol with biblical character, it is rooted with the sacred, with life, thus integrating with the very existence of the thinker, along the multiple itineraries through various countries of Europe and America, to become the little lamb that returns home in 1984 after 40 years of exile.

Keywords

Little Lamb; life; thought-reflection; exile; symbol; existence; dispossession.

A mi madre, que lo mismo que María Zambrano, está siempre en el territorio de la vida.



La lectura de la obra de María Zambrano titulada *España, sueño y verdad* provocó en nosotros una emoción inaudita y extraña que no habíamos sentido hasta entonces. Confirmó nuestro asombro la lectura de otras dos obras suyas que también marcaron nuestra curiosidad: *Claros del bosque* y *Delirio y destino*. Ya nos habían advertido algunos de nuestros profesores de la dificultad que entrañaba la lectura de toda obra de esta gran pensadora, por dos razones: la cantidad y pluralidad de temas que abordaba, la profundidad con que los analizaba. Esta pensadora aborda temas universales, desde diferentes puntos de vista, que son propios a todo ser humano: la vida, la muerte, la soledad, el amor, el tiempo, etc. Dicho de otro modo, si la variedad de temas puede aparentar un caos, en el fondo hay una estrecha relación entre ellos. No obstante, la transversalidad de géneros vuelve a poner en dificultad al lector para encuadrarlos en uno determinado: ¿poesía, filosofía, ensayo? La frontera entre ellos, si la hay, es de una sutilidad impresionante, y no sabríamos afirmar si ella tuvo alguna vez en cuenta esta cuestión.

Si analizamos detenidamente el itinerario vital de María Zambrano y su labor de pensadora, inmediatamente nos damos cuenta de ese constante peregrinar por variadas tierras, seres humanos y espacios que se resume en el título preciso y claro de la biografía de Rogelio Blanco: *La dama peregrina*. Pero al mismo

tiempo, también hemos observado que en el cambio de lugares y espacios que habitó hubo un proceso interior, que ha sido subrayado ya por don José Luis Abellán en su libro *María Zambrano, Una pensadora de nuestro tiempo*. Y cómo no, por el principal estudioso de su obra, Jesús Moreno. Llamaríamos, pues, a María Zambrano, la dama de todos los exilios.

No obstante, tratándose de una pensadora tan profunda, el lector debe prestar atención especial a cada una de sus palabras, reflexionándolas en su contexto, sin sacarlas de él, pues son conceptos que aluden a valores, sentimientos y sensaciones que en aquel momento la invadían y preocupaban. La palabra «peregrina», por ejemplo, utilizada por Rogelio Blanco, le da a la vida de la pensadora un aspecto sagrado, que está por encima de religiones, aspectos políticos y sistemas filosóficos, pues la coloca por encima de todos ellos, y es estrictamente personal; interior a todo ser humano.

Todo peregrino tiene una meta final, en un espacio preciso, en comunión o no con otros peregrinos. En este caso, la comunión de María Zambrano con su hermana Araceli fue ejemplo de fusión total, como lo expresa ella misma en algunas cartas. La lealtad a los amigos fue también total e inquebrantable, de principio a fin, como han confirmado ellos mismos. Pero en este tema, también María fue diferente: su itinerario y la finalidad de su viaje, la andadura, eran solo uno: la vida. Nuestro eterno peregrinar, a veces poético, a veces dramático, a veces trágico, que tanto nos cuesta asumir.

José Luis Abellán, estudioso y pensador de todos los recovecos del exilio, señala que el proceso de su vida se hace por «pasos», etapas similares a las de los místicos, con un cambio, una aceptación y una asunción por parte de la autora, como si estuviera marcado por algo superior a ella y recibido como herencia, que bien pudiéramos llamar destino: «Ahora bien, el exilio [...] fue en ella destino, que se hace plenamente consciente en la fecha ya señalada de 1962, pero cabe pensar que, de algún modo, estaba predeterminada a él incluso antes del nacimiento».¹

La pensadora destaca ya este aspecto de su existencia en su obra *Delirio y destino*, dándole a esta última palabra su justa medida: el destino la habitaba ya antes de nacer ella. Lo había heredado de su abuelo, que perteneció, en cierto modo, a «los sin tierra», quedándose así sin raíces en las que anclar su vida: peregrino, errabundo, desterrado, exiliado, etc. Dice así María: «el abuelo que nunca había visto, de ojos azules y maneras impecables, ensimismado, serenamente enloquecido por pasión de verdad y de justicia, que murió pobre lejos de sus encinares de siglos. En él se había consumado. Algo, ella lo sabía, lo sintió siempre; una historia terrestre había terminado».²

Es cierto que con el abuelo terminó «una historia terrestre»; pero la saga familiar siguió con sus padres, en un sentido de destino errante que culminó en las inhóspitas tierras castellanas, concretamente en Segovia: «Sus padres habían sido ya «exiliados» en Castilla donde nadie de la familia había vivido, porque nadie había vivido «sin tierras». Y había crecido así, sintiendo el destierro, y el que había perdido el lazo con la tierra y con la pequeña historia familiar que ha quedado remota, cosa de fábula, de «otros tiempos»; cuando se ha perdido la fábula, ¿qué queda sino el pensamiento?»³

1. Abellán, José Luis, *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona, Anthropos, 2006, pp. 34-35. Colección «Huellas», n.º 21, titulada «De los saberes en su historia». Véase todo el capítulo titulado «Huella itinerante y exilio».

2. Zambrano, María, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 184.

3. *Ibidem*, pp. 184-185.

**VIAJES REALIZADOS
POR MARÍA ZAMBRANO**

- 1936 La Habana y Santiago de Chile
- 1939 Sur de Francia y París
- 1939 Nueva York
- 1939 La Habana
- 1939 México DF
- 1939 Morelia (México)
- 1940 La Habana
- 1940-1945 La Habana y San Juan de Puerto Rico
- 1946 La Habana
- 1946 Nueva York
- 1946 París
- 1948 México DF y La Habana
- 1949 Venecia, Florencia y Roma
- 1950 París
- 1951 La Habana y Santiago de Chile
- 1953-1959 Roma y viajes a París
- 1959 Trélex sur-Nyon, Suiza
- 1960-1962 Roma
- 1962 Genainvilliers, París
- 1962-1964 Roma
- 1964 La Piece
- 1972 Grecia
- 1973 Roma
- 1974 La Piece
- 1978 Ferncy-Voltaire
- 1980 Ginebra (Suiza)
- 1984 Madrid
- 1985 Galapagar (Madrid)

Pero, aunque acepte, desde niña, esa herencia —no le queda otro remedio—, no la asume totalmente, en conciencia, hasta 1962 cuando publica *Carta desde el exilio*, señalando «unas circunstancias irreversibles e incontrolables» —sigue diciendo José Luis Abellán— cuando ella «se instala en el exilio». Llevaba el nexus migratorio, como las aves y otras especies, en el código genético, como afirma Abellán. En todo caso, nosotros queremos comentar uno de los pasos —para nosotros el más importante y decisivo— de ese proceso, que ella evoca en varios de sus escritos: el corderito de la frontera. En los ojos de aquel corderito vio ella marcada la huella del destino, pues los ojos pueden engañar, pero la mirada no.

Jesús Moreno, en una de sus obras sobre María, señala lo que él llama «Geografía del exilio» destacando las fechas y los lugares donde ancló su vida por algún tiempo. Son en total 28, y el segundo de la lista aparece así: «2º) 1939-Sur de Francia y París». Vamos a comentar este segundo paso, presentado por Jesús Moreno de manera muy general, analizando detalle por detalle, siguiendo la información de la propia María, con las circunstancias y el contexto que se dieron. Eso que José Luis Abellán llama «pasos» del proceso vital y José Luis Moreno «Sur de Francia». En este paso, el segundo, pero que es el primero en otros aspectos la autora va dando los nombres de cada lugar y espacio (exterior) y describiendo su estado mental y anímico (interior): campo cerca de La Junquera, es de noche, una lluvia fría, helada, de finales de enero, está en medio de una multitud, y no tiene miedo. Sin embargo, parece increíble cómo puede cambiar el sentido de una vida humana en un metro de distancia o en una hora escasa. Y esto lo vemos claramente en el caso de María Zambrano, que es válido también para miles de exiliados republicanos españoles; y sigue siendo válido hoy para cientos de exiliados de otros países. Es en esos críticos momentos cuando la palabra *paso* adquiere su sentido estricto, con todas sus variantes: pasas a otro territorio y tienes que aprender a moverte en él en otra lengua y en otra cultura; pasas página a una etapa de tu vida; pasas una frontera, física y visible en una línea de senegaleses negros mal encarados, que antes estaba solo en tu imaginación; pasas de una tierra amada a otra que te es desconocida, pasas de lo estable a lo inestable; pasas de los sueños a las pesadillas; pasas de la esperanza al escepticismo...

En el espacio de unos 50 km, cifra simbólica, se vivió en María un proceso irreversible que duró toda su vida. Ella lo describe, de manera dolorosamente profunda, en *Delirio y destino*, a lo largo del capítulo titulado «Hacia el Nuevo Mundo». Ese mundo que luego le decepcionó amargamente todo a lo largo de su existencia. Había que estudiar a fondo estas dos palabras («Nuevo» y «Mundo»), a la luz de lo escrito por la pensadora, pues en ella son conceptos clave de su biografía. Dice así:

Y no era como otras veces; ahora, su casa había desaparecido y «aquel», su destino soñado, quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá. No podía saberlo, pues aún no se hacía cargo de la derrota. La había sentido un momento en las primeras noches pasadas en aquel pueblecillo de Francia, Salses, cerca de Perpiñan, bajo la sombra de un castillo de Carlos V, en la misma «marca hispánica» que fuera un día.⁴

4. *Ibidem*, p. 235.

Este párrafo no tiene desperdicio, por las palabras en él utilizadas, que denotan un proceso interior que ella siente, pero que no acepta aún. Y lo siente en indicios mínimos, «como una revelación», que es como suelen revelarse los verdaderos acontecimientos tanto de la historia personal como de la universal; indicio mínimo pero muy importante. «Sintió el cambio de su situación en el núcleo, frente al mundo, por algo nimio, como suelen revelarse las grandes cosas; sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando fuesen los gendarmes a pedirle la documentación, aunque la tenía.»⁵

Pero en el momento en que descubre quiénes son los que suben por la escalera se le quita el miedo, y, al mismo tiempo, confronta la brutal diferencia entre ella y aquellos ruidosos jóvenes, ahondando aún más en su presentimiento doloroso. Poniéndola frente a su realidad, en su realidad: «Eran unos viajeros jóvenes y alegres que cruzaban camino de París, como ella misma había cruzado así carreteras, caminos, ciudades, pueblos al amanecer, desconociendo la angustia que dormía en alguna cerrada alcoba».«⁶

Y entonces acepta y asume, en mente y espíritu, el proceso que está viviendo, que se impone a ella: «Y aquel miedo y distancia que la separaba de los alegres viajeros le dio la medida del cambio de su situación, más que el haber atravesado la frontera en medio de aquella multitud.»⁷

María Zambrano, rememora en *Delirio y destino*, muchos años después, los pasos de ese proceso, en aquel corto espacio físico pero enorme mentalmente, desde atrás (*Salses*), final del proceso, hasta el comienzo del mismo (*La Junquera*); es decir, a la inversa. Lo mismo que le sucedió al abuelo, lejos «de sus tierras» y de los árboles que él amaba, y lo mismo que vivieron sus padres en las inhóspitas tierras de Castilla, ella, allí, en *Salses*, se desgajaba también de su patria, de su tierra, de su mundo, de su universo, en definitiva. Pero hay más aún en este proceso analizando el lugar en que se produce, sin que ella lo piense ni lo describa. Se trata de algo especialmente simbólico, que nos parece un detalle nimio pero muy importe.

Salses es el último pueblo de la antigua «marca hispánica», y muy marcado en lo que llamaríamos «mentalidad social del lugar», con huellas evidentes de fortalezas y castillos, ruinas ahora que evocan acontecimientos históricos dolorosos de épocas pasadas. E incluso también en la toponimia, pues a unos cuantos kilómetros se levanta el pueblo llamado *La Tour de France*. Hasta 1659 estas tierras eran territorio español y el Tratado de los Pirineos las puso en territorio francés.

A primera vista, el capítulo que estamos comentando es corto, y su lenguaje y su expresión nos parecen sencillos, concisos y claros. Pero como en Machado, es solo una apariencia, para hacernos reflexionar, plagando el texto de puntos ciegos, es decir desvelando solo una parte y obligando así al lector a hacer una lectura más profunda, que conlleva una reflexión. Y nos obliga a intervenir en el relato, con numerosas preguntas que quedan en suspense, con un vocabulario simbólico y metafórico —nada fácil de interpretar— y con referencias a diferentes culturas y civilizaciones, de diversos campos: filosófico, bíblico, mitológico, psicológico, social, histórico, etc. Vamos a dar algunos ejemplos de lo que estamos

5. *Idem*.

6. *Idem*.

7. *Idem*.

diciendo, subrayando, sobre todo, que el texto hay que dejarlo en su contexto, sin el cual no puede analizarse. Y está así fijado para el lector por su autora.

En primer lugar, hemos señalado más arriba que Salses se encuentra a 50 km del paso fronterizo de Le Perthus, por donde fluyó casi toda la marea humana de refugiados, fundamentalmente ancianos, soldados heridos, mujeres y niños. Eso que María describe como «multitud», antes de atravesar la frontera, no lo olvidemos. Pero Salses es el pueblo más alejado de Perpiñán, antes de entrar en territorio francés, como acabamos de señalar. Primera pregunta que se nos ocurre hacer: ¿cómo llegaron hasta allí? Nada hay en el texto del capítulo, aunque, por lógica, para esconderse y no ser detenidos por los «gendarmes», que vigilaban estrechamente la frontera, y enviaban a los campos a todo «fugitivo» que encontraban por los caminos. Salses era pues su última tabla de salvación. ¿Cuánto tiempo estuvieron en este pueblo, roídos por el miedo y la intranquilidad? ¿Quiénes estaban con ella? Estaban, sin duda, miembros del círculo familiar, pero no sabemos quiénes. Un poco antes dice que le acompañaban miembros de tal círculo que ella señala antes de pasar por la frontera: «aún la habían salvado de pasar, junto con su madre y dos primos pequeños y la criada más vieja de la casa, y su perro Micky la última noche de España al cielo raso, bajo la incesante lluvia.»⁸ Pero, desde hacía algún tiempo, María había comenzado a tramitar el paso de la frontera, pero no sabemos cómo, en medio de aquel desorden total:

El 23 de diciembre de 1938 permanece refugiada con su familia en Barcelona. Su padre acaba de morir el 29 de octubre de ese mismo año. Al entrar el ejército nacional en Cataluña, Zambrano inicia los planes para salir por la frontera junto a su madre, su hermana Araceli y el compañero de ésta, Manuel Muñoz. Lo consiguen el 25 de enero de 1939. En poco tiempo están en París.⁹

El círculo familiar que nos da María no concuerda con lo que señala Virginia Trueba Mira, pues de él han caído su hermana y su compañero y aparecen dos «primitos». Ahora bien, ¿dónde y cómo tramitaron el paso de la frontera? En el hotel de Salses, ¿no había otros exiliados españoles, conocidos suyos, de los que no hace mención alguna? ¿Cuánto tiempo estuvieron en el hotel que aparece en la expresión «en poco tiempo»? María pasa de puntillas por algunos puntos de este recorrido que estamos analizando, que es, ya lo hemos comentado, la causa de un choque que cambió toda su existencia, tanto interior como exteriormente. ¿Dónde estaban otros intelectuales exiliados en aquellos momentos? Sin duda, camino de Argelès, o en su extensa playa, espacio de «reagrupación», según expresión del protocolo administrativo francés.

Como ella muy bien dice, su estancia en aquel hotel de Salses, alejada de la frontera y de Perpiñán, es un pequeño indicio de salvación pues estaban ya fuera de la zona de vigilancia de las autoridades. Pero estaban, por así decirlo, «semiescondidos», y nada confiados en su refugio ya que las autoridades «cazaban» no solo a los refugiados visibles sino también a los «invisibles», por delación de vecinos e instituciones de la derecha francesa alimentada en periódicos, panfletos

8. Zambrano, María, *Delirio y destino*, op. cit., p. 236.

9. Zambrano, María, *La tumba de Antígona*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 17-18. Edición de Virginia Trueba Mira.

y sermones en las iglesias. El miedo, como dice la expresión, guarda la viña. Y eso era lo que temía la pensadora: «sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando fuesen los gendarmes a pedirle la documentación, aunque la tenía»,¹⁰ como ya señalamos en líneas anteriores.

¿Pero qué tiene que temer nuestra pensadora si tenía la documentación en regla? Ya lo hemos dicho: con la documentación en regla o no las autoridades exigían controlar a todo español que pasara la frontera, legalmente o no. Además, empezaba a correrse la voz diciendo que los exiliados eran portadores de todo tipo de enfermedades y miserias, como sucede desgraciadamente hoy. Si María escribió estos recuerdos muchos años después, ¿o exactamente, ¿por qué no recordó algunos aspectos del mismo? ¿Cómo fueron, por ejemplo, desde El Perthus hasta Salses? Vamos a aportar un ejemplo similar al suyo, el de Walter Benjamin, y en concreto de su ángel guardián, Lisa Fitko, que tampoco recuerda cómo fueron desde Port-Vendres hasta Banyuls en su libro de memorias. En este caso, creemos, para ocultar los nombres de las personas que le ayudaron que aún vivían en el momento de publicarlas.

Ahora bien, tenemos que detenernos en un término clave de la filosofía de nuestra pensadora: revelación. Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, procede del latín «revelare» y es «1: descubrir o manifestar lo ignorado o secreto; 2: proporcionar indicios o certidumbre de algo; 3: manifestar Dios a los hombres lo futuro u oculto».¹¹ María Moliner, en la primera acepción de su diccionario dice así: «Descubrir». Decir o hacer saber cosas que se mantenían secretas».¹² Esta descripción nos parece más acertada y precisa pues los verbos «decir» y «hacer saber» expresan muy bien la manera de explicar la revelación: sea por vía oral en el primer caso, sea por vía escrita y de manera razonada el segundo, con la intención siempre de transmitir un saber para profundizar y ampliar nuestro conocimiento. (Volveremos a este punto más adelante). Ferrater Mora, en su *Diccionario de la Filosofía* dice que es, «en sentido general, manifestación o descubrimiento de algo oculto». Pero más adelante añade que «puede ser natural y sobrenatural». En el segundo caso, concierne a la teología de las religiones reveladas y es un asunto entre Dios y los hombres, revelado a través de mensajes directos de Dios o sirviéndose de intermediarios (la Virgen, los apóstoles, los santos, los ángeles y arcángeles, etc.); o también a través de objetos o animales simbólicos: el corderito blanco en el caso de María Zambrano. No obstante, Ferrater Mora nos avisa de algo muy importante y a tener en cuenta:

10. Zambrano, María, *Delirio y destino*, op. cit., p. 235.

11. *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, 1992, Tomo II, p. 1.792.

12. Moliner, María, *Diccionario de uso del Español*, Madrid, Gredos, 1983, Tomo II, p. 1.032

13. Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 2001, Tomo III, p. 3.090.

Varios problemas se plantean con respecto a la revelación. Unos son de naturaleza preponderantemente religiosa y teológica, otros, de índole predominantemente filosófica [...] Entre los problemas filosóficos destaca uno: el de la relación entre la revelación y la razón. Tres posiciones fundamentales pueden adoptarse al respecto: I) La revelación es opuesta a la razón, pues lo que se revela es inaccesible a ella; II) La revelación coincide con la razón; III) La revelación es superior a la razón.¹³

A continuación, Ferrater Mora explica cada una de ellas informándonos de los matices y diferencias, a veces muy sutiles, indicando claramente que son «opiniones»:

En el primer caso se pueden dar dos opiniones: (Ia) La oposición no muestra la falsedad de la revelación, sino la debilidad de la razón; (Ib) La revelación no puede ser verdadera por oponerse a la razón. En el segundo caso se supone que la racionalidad de Dios, de la realidad y del hombre son substancialmente las mismas y las únicas posibles. En el tercer caso se rechaza que verdad revelada y verdad racional sean iguales u opuestas y se declara que se hallan en relación de subordinación de la segunda a la primera. La verdad revelada no contradice entonces la verdad racional, pero la trasciende infinitamente.

Lo que sí tenemos claro con relación a María es que fue una revelación, pues ella utiliza la expresión «como suelen revelarse las grandes cosas». Y tal como lo describe nos lo da a entender por las circunstancias exteriores, espacios en que se da; esos «pasos» que llevan a la filósofa a pensar que es algo excepcional, el vocabulario que utiliza y el simbolismo que connotan algunos términos de la descripción. Es indudable que se trata de una revelación filosófica, de carácter humano, que remueve sicológicamente las entrañas de su ser («siento») y de sus valores humano.

Si hacemos un análisis y comentamos cada uno de los puntos que hemos destacado en el párrafo anterior nos daremos cuenta de que María Zambrano nos señala de manera clara, o simbólicamente, por qué ella sabe y confirma que es una situación excepcional tanto exterior como interiormente. Pero el problema mayor es aceptarla, y sobre todo, asumirla.

Circunstancias y contexto

Muy poco podemos añadir al respecto pues hay miles de libros que explican este acontecimiento histórico desde todos los puntos de vista. Con frecuencia, y en momentos tan graves, no coincide la historia oficial con la real y hay versiones opuestas y puntos aún oscuros y sombríos, totalmente antitéticos, entre las memorias de los que tenían el poder y las de aquellos que lo sufrían, agrupados en la expresión «el Pueblo español». Múltiples libros, artículos periódicos, fotografías, documentos cinematográficos, etc. nos dan hoy una versión más completa de aquellos momentos dramáticos.

Espacios

Destacaremos dos, que van de lo mayor a lo menor, siguiendo el itinerario del exilio, aunque en la narración se dan a la inversa: el exterior, abstracto, y el interior, concreto; y en este último pudiéramos meter el espacio que rodea a María, en donde vive la revelación, y la propia María, con cuerpo, mente, alma y entrañas viviendo y sintiendo tal experiencia. En cuanto al primero lo resume al «prado al pie de la montaña en La Junquera, bajo la helada lluvia del mes de enero».

14. *Ibidem*, p. 3.091.

Pero, aunque el día y la noche habían sido «interminables... No había sentido la derrota» (*Destino*, 236) porque estaba entre «la muchedumbre», porque la habían protegido «un barbudo comandante y dos tenientes», con un deseo que era casi una orden: «espera, aquí hay un rincón para ti». Y sobre todo, porque alguien cantaba, para olvidar, en medio de la última noche que pasó en España, al cielo raso, bajo la incesante lluvia: «Durante toda la noche había oído cantar, tabique por medio, a un soldado herido». Pues bien, si están en un prado y al cielo raso no puede haber rincón ni tabique por medio, ni llueve con cielo raso, y menos aún cuando hay tramontana. Pero lo que realmente importa es que estaba entre la muchedumbre y «Todavía no se había desgajado de la comunidad», «era una más entre todos», «y mientras se siente uno así no hay derrota posible, aunque se la sepa cierta decretada ya». Nosotros, sin embargo, proponemos la hipótesis que María está hablándonos también del primer paso de todo el proceso, tanto físico como interior. Algo así como «la noche oscura del alma», de San Juan de la Cruz.

Y en cuanto al espacio interior, que ella separa claramente del exterior con un punto y aparte en la narración, ya ha cambiado de tono: «Pero ahora, entonces ya sola en un cuarto de hotel, ya así. Sabía que para siempre se había desgajado de aquella multitud de la que formaba parte, como uno más, uno entre todos; se había desgajado para siempre, había vuelto, volvía a ser ella, otra vez a estar «aquí», a solas consigo misma. (*Delirio*, p. 237).

En ese estar «aquí» y «a solas conmigo misma», en un cuarto, habitación o alcoba, como dice ella, piensa, medita y reflexiona en su destino, nuevo para ella y totalmente incierto. Cerró etapa, ciclo y se sentía «en vías de nacer a través de aquella agonía inédita». Y aunque su destino cercano era París, no sentía la alegría de aquellos jóvenes, que iban también a la capital francesa. «Su destino soñado quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá», lleno de nubarones y de malos presagios, «pues ahora su casa había desaparecido», su patria y la tierra que enraizaba sus pasos, llenándola de una angustia «que dormía en alguna cerrada alcoba», sigue diciendo. Además de dicha angustia personal, otro signo evidente: «Eran ya diferentes. Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, era exiliados, desterrados, refugiados...». Como almas errabundas por la Tierra, no eran vivientes sino «supervivientes». Vivirían de prestado, como declararon otras muchas exiliadas españolas desde que salieron de España. Ella lo precisa al final del capítulo de manera clara: «Mas ahora no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta (...) por una especie de presentimiento del ser terrestre que somos, por un sentir originario, de las raíces del ser, que solo en la tierra encuentra su patria, su lugar natural, a pesar de la lucha que ello entraña, o por ella, la tierra.»¹⁵

Vocabulario

Frente a la grandeza trágica de la catástrofe que vive la pensadora, hay pequeñas notas de esperanza, algo que nunca la abandonó. Y están todas relacionadas con su carácter, con su mundo interior, con un rincón del alma, como dijimos anteriormente. Algo que la convierte en un ser «sagrado», similar a los sabios de la Edad Media y del Renacimiento, en clara alusión a Fray Luis de León: «algo

¹⁵Zambrano, María, *Delirio y destino*, op. cit., p. 236

diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media a algunos seres «sagrados»: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morirse, supervivientes.»

Y frente a aquella inmensidad de la tragedia hallamos en su vocabulario diminutivos que connotan un aspecto de cariño, intimamente ligados a su alma, a la que dan un poco de calor, algo nimio que la reconforta. Y así, por ejemplo, sucede todo este proceso en «un pueblecillo de Francia», junto a la mole de la ciudadela mandada construir por Carlos V, en un «pequeño hotel», que a veces es habitación, a veces «cuarto», para acabar en algo más íntimo: alguna «alcoba» de su mente. La alcoba, justamente, el espacio donde se realiza los actos de amor más íntimos y pudorosos, y María Zambrano lo era. Los viajeros, por lo demás, era jóvenes, «alegres» y «amables», bullangueros que hacían lo mismo que ella había hecho de joven. Eran «viajeros» como lo fue ella también, con el ánimo de descubrir mundo, y sobre todo París, ciudad mágica y atractiva en todo tiempo. Y aunque viajaban en trenes o barcos, como ellos, no era la misma situación, pues todo les provocaba «sobresaltos»; en incluso, más terrible aún, «pesadillas», pues «Eran ya diferentes». Y este «ya» de María Zambrano expresa la aceptación de algo que no puede cambiar, algo irrevocable. Pero sigue sin asumirlo, como veremos después.

Saber y sentir se alternan constantemente en este texto, lo mismo que en toda la obra de la pensadora, pues son los pilares fundamentales en los que asienta todo su sistema filosófico. Los utiliza en diferentes formas y tiempos según expresen algo que se presagia, que no alcanza a saber la razón. He aquí el gráfico que resume el uso de ambos verbos:

p. 235, «No podía saberlo»	«La había sentido un momento» (derrota) p. 235
p. 236, «no había reconocido»	«Sintió el cambio» p. 235
p. 236, «se las sepa cierta»	«Sintió miedo» (miedo tres veces)
p. 237, «sabía que»	«No había sentido» p. 236
p. 237, «sabía que nada» (5 veces)	«se siente uno así» p. 236 «habían sentido aquellos pasos» p. 237 «no sentía en ninguna parte» p. 238 «el alma no siente ninguna señal» p. 238 «especie de presentimiento» p. 238 «un sentir originario» p. 238 «como sentirse otra vez» p. 238

Simbolismo de algunos elementos

María Zambrano nos transmite también un conocimiento de la situación que vivió, con otros miles de exiliados españoles, a través de determinados elementos simbólicos. Uno de los más importantes es la escalera y aparece en tres ocasiones, por tratarse de un elemento que conlleva en sí mismo un paso iniciático; lo mismo que una puerta, un puente, o una frontera, por ejemplo. En él se agrupan los tres saberes que proporcionan conocimiento a todo ser humano: exotérico, esotérico y erótico. El primer nos proporciona el saber que nos llega del exterior,

elevando nuestros ojos y extendiendo nuestra mirada a todo lo que nos rodea: contemplamos el cielo, un paisaje, escuchamos una canción o el canto de los pájaros, observamos una danza, etc. Como si subiéramos al cielo, ascendemos hacia algo elevando nuestra mente y nuestros ojos. El segundo es el que nos lleva a nuestro conocimiento interior, como si a través de la escalera bajáramos a la oscuridad de un sótano, de una bodega, y más que ver, sentimos a través de la penumbra lo que nuestros ojos no pueden ver claramente: intuimos, tanteamos, meditamos, reflexionamos, pensamos, etc. En el tercero vivimos algo que no podemos expresar con el lenguaje, nace con nosotros, es el más profundo e instintivo y nos arrastra a mundos inimaginables a los que debemos acceder con los ojos cerrados: todo lo relacionado con el erotismo, la sensualidad y la sexualidad: imaginación, sensaciones, sensualidad, emociones, etc. Se trata de lo esencial, resumido en una frase de *El Principito*: «Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos». O como nos muestra muy bien Velázquez en «Las hilanderas», último de sus cuadros, con una escalera bien visible, junto a una ventana, para des-ve-lar-nos los secretos y saberes que componen todo conocimiento y nuestro existir.

Todo el filosofar de María Zambrano discurre a través de las cifras 2 y 3. Especialmente de esta última, por tratarse de la cifra que representa la totalidad, el todo. En el texto que nos ocupa, además del binomio saber/sentir, otros elementos confirman no la oposición de los mismos sino su complementariedad. El binomio María/Araceli tuvo siempre un vínculo indestructible, complementariamente necesario para ambas, pues la pensadora lo manifestó una y mil veces en diversos textos: cartas, teatro, ensayos, artículos, memorias, etc. La escalera aparece tres veces en el capítulo, tres veces avisaron por la noche antes de atravesar la frontera, a las tres de la mañana, hay un sitio para ti —le habían dicho por tres veces— etc. Al principio, unida al miedo y al temor por los gendarmes: «sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel»; en el centro del relato, cuando ya sabe quiénes son los que suben se ensancha su corazón: viendo «subir las escaleras de un pequeño hotel»; como «ellos» habían hecho tantas veces de jóvenes», al final ya más tranquilos: «subir las escaleras de un hotel sin imaginar que sus pasos traerían sobresaltos a alguien que era diferente». (p. 237)

En la parte final de este capítulo, separado del resto, hay un canto a la esperanza, virtud que nunca la abandonó, pero expresada de una manera agridulce, en un vaivén entre lo que deseaba, lo que presagiaba y lo que pasó realmente. Sin embargo, sentía ya algo interior muy profundo que rodeaba a cada uno de aquellos exiliados, «como un cerco sombrío» (p. 236). Y ahí está de nuevo la cifra 3 manifestada entre deseo, sueño, esperanza, y al mismo tiempo, cierta aprensión en cuanto a lo que les espera al llegar de nuevo a tierra. Van atravesando el océano en un «inmenso trasatlántico» y esperan llegar pronto a «un continente, ancho, inmenso, maternal». Aquel continente, América, era «hija del sueño de Europa». La tierra deseada aparece ahora como una inversión, pues siendo hija de Europa no debe acogerlos como una madre. O al menos con un instinto «maternal», solo soñado, pero no real, como comprobó después. Escapaban de una Europa envejecida, acorralada por las garras de asesinos sedientos

de muerte que les hacían huir de su territorio. Todo Europa, especialmente París, su querido París —al que volverá más tarde por razones familiares— los «ve» a través de una pesadilla que comenzaba a pesarle: «en aquel París en cuyo rostro se leía la inminencia de un cerco también, de un terrible cerco que se apretaba, aunque sin precisarse todavía» (p. 238)

Y una situación de desamparo total, en medio de un océano rugiente a veces, ¿cómo no hacerse las preguntas más importantes, los interrogantes sin respuesta: «Realmente ¿dónde estaban?, realmente ¿quiénes eran?». Las preguntas están hechas en doble sentido, son de carácter retórico y conciernen también al lector. Sobre todo, a todos los millones de seres que han vivido —y viven, desgraciadamente— la misma situación. El lector sabe que están en medio del océano físicamente, pero realmente, en su mente y espíritu, en su interior, con un miedo similar al que le provocaban los pasos subiendo las escaleras, están en medio de una galerna bestial. Y ella «ve», presagia, siente en su pesadilla lo que puede pasarle a los miembros de la familia que quedaron en París, algo que se cumplió después. Y una buena mañana, como un amanecer radiante, volvió la esperanza: «Había recibido en una misma mañana dos cables, dos llamadas, dos ofrecimientos de México y de Cuba. Dos días después, otra para él, desde Chile. Responderían a la triple llamada de la América maternal, itan ancha!» (p.238)

Tres veces nos señala, como hipérbole mayor, la doble llamada de una «hija» a su madre, ahora para acogerla y salvarla de una tierra que fue antes madre, pero que ya no puede volver a pisar. Como los sabios de la Edad Media, aquellos «seres sagrados» ha sido expulsada de su seno. Ya es como uno de ellos. La cifra dos, como vemos, juega también aquí un papel importante: marido/mujer. Pero ahora está en ese bamboleo del barco, física y mentalmente, y «no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta, como sucede en el centro del océano cuando el alma no siente ninguna señal de la presencia de la tierra». El verbo sentir, utilizado dos veces, está anclado en el alma, en lo más profundo de ella, sin ver, sin palpar, sin divisar en el horizonte «a ningún pájaro» que anuncie la cercanía de ella, de la tierra prometida, como en tiempos de los conquistadores. Pero del mar sale la vida. Y de ese paso iniciático del océano brotará un renacer, pues, en cierto modo, ha dejado atrás una España muerta, y Europa está a punto de agonizar. Y el último párrafo del capítulo es el canto de esperanza de un alma desgarrada, sentido como un eco unamuniano, al que se agarra la pensadora como un clavo ardiendo. Ha terminado una etapa de su vida, ha cerrado un paréntesis, iuno más!, de los muchos que compusieron su vida. El párrafo, en expresión y contenido tiene una fuerza brutal, lo arrolla todo y ensalza la vida como única solución: «Y era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita. ¡Cuántas había atravesado ya! Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera única, total que las resume todas, agonizar también, pasar entre la vida y la muerte, ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas. «Vivir muriendo». (p. 238)

Los mismo que piensa también Herrera Petere, amigo suyo, expresándolo de forma poética. Con un vocabulario similar al de María Zambrano, en el poema titulado «La pequeña muerte»:

La muerte puede ser grande
Con alas, y estrépito de alaridos.

Pero también puede ser pequeña,
Morir humildemente,
De bala imperialista,
O agonizar a solas,
Entre un rincón y el techo.¹⁶

Como un eco resuenan en el poema de Herrera Petere las palabras «muerte», «agonizar a solas», en medio de la nada, del océano olvidado por todos, «entre un rincón y el techo». La diferencia de género en los dos textos nos deja en una eterna reflexión: ¿A qué se refiere Petere con «un» rincón? ¿Dónde estaba tal rincón? ¿Cuál era el «rinconcito» reservado a María por aquel comandante barbudo? ¿A qué «techo» alude Petere anteponiéndole el artículo definido «el»? ¿A qué «tabique» hace alusión María relatando la última noche que pasó en España? Como vemos, la errancia de uno y otro pasa por momentos y experiencias similares, física y mentalmente, expresados a la vez con términos y metáforas muy parecidos.

Haciendo una conclusión breve de este apartado, deteniéndonos a lo que María Zambrano escribió 50 años después en *Delirio y destino*, corroborando lo que ya había escrito en 1962 en «Carta desde el exilio» podemos deducir que el paso de la frontera con Francia, a finales de enero de 1939, fue sin duda el trago más amargo de su vida. No solo por las experiencias que vivieron ella y los suyos, como hemos señalado a lo largo de nuestro comentario sino por la obligación real, desde aquel instante, de asumir que eran diferentes. Apátridas sin destino bamboleados por circunstancias que no podían afrontar por ellos mismos. En segundo lugar, señalaremos también que, a las preguntas que ella se formula en el capítulo que hemos analizado y comentado, es evidente que evitó recordar y escribir en sus memorias los aspectos que le producían dolor profundo aún; sentía aún ese dolor 50 años después y lo evitó voluntariamente pasando de puntillas sobre él. No había superado aún aquel trago, no lo había asumido todavía, aunque lo hubiera aceptado ya en 1962, según consta en «Carta desde el exilio». No podemos creer que la pensadora no viera ni escuchara los castigos y vejaciones hechos a las mujeres, niños, heridos y ancianos, que estaban delante de ella para pasar los primeros, llevados a cabo por los soldados senegaleses, a los que se rinde homenaje hoy, 80 años después, cuando no queda ninguno vivo (5 ó 6 solamente) en la película «Les tiralleurs». En cambio, lo vio, y lo describe con todo detalle Federica Montseny en sus memorias, y en otras memorias de exiliadas españolas que también pasaron con ellas, que suman más de 60 hasta el momento. Dice así Federica Montseny:

Recuerdo esa horrible visión de un grupo de heridos rechazados. Los senegaleses, con porras en las manos, les golpeaban. La masa humana, aullante y sollozante, huía bajo los golpes. Los que caían al suelo eran

16. Herrera Petere, José, *El incendio*, París, Guy Chambeland, 1973, p.18.

despiadadamente pisoteados. Los negros golpeaban salvajemente, sin compasión, haciendo correr a los cojos, gritar de dolor a los heridos en la espalda o en los brazos.¹⁷

O quizás incluso porque vivió una paradoja que aniquiló completamente la visión que tenía de Francia hasta entonces, como modelo a seguir, lo mismo que le ocurrió a intelectuales, políticos, artistas, obreros, etc. Sobre este mismo aspecto, la misma criada que pasaba aquel mal trago con ella ahora la había acompañado años antes en otra visita al territorio francés, como viajeros jóvenes, alegres y confiados, y le había dicho, con gran alegría y entusiasmo: «Volvían de una playa del país vasco-francés, y parecía haberse traído consigo [la criada] la alegría de esa vida francesa «en que todo era posible» que decía ella; «todos los modos de ser son posibles, allí nadie se pierde, cualquier cosa por su valor que sea, todo, todo lo que vale se valora; y si tú vinieras allí, lo que llegarías a ser y lo que serías ya». (*Delirio*, p. 138)

El antiguo entusiasmo de la criada y el de pensadora se había helado ahora en sus labios, corazón, mente y alma, por la actitud de las autoridades francesas, que no del pueblo francés —distinción que hace Antonio Machado, lúcido como siempre—, lo mismo que les helaba el cuerpo la fría lluvia que les acompañó en aquel trance.

Pero María se reponía inmediatamente, pues había apostado por la vida/Vida, y guardaba en estas circunstancias «Una serenidad total, para asombro de todos», según frase pronunciada por su primo Rafael Tomero. Y en un renacer casi inmediato, en ese ánimo —innato en ella— que la habitaba se dio fuerza para seguir haciendo la dolorosa andadura que le esperaba aún, por diferentes territorios del mundo, en su eterno andar de «dama peregrina».

Como hemos expresado al principio de nuestra ponencia, todo lo que concierne a María Zambrano debe abordarse desde diferentes puntos de vista, y en profundidad. No lo es menos, por lo tanto, la cuestión del simbolismo de «su» corderito. El Diccionario de la Real Academia lo define así: (Del latín *simbolum* y este del griego σύμβολον). m. Representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con esta por una convención socialmente aceptada. (Diccionario R.A.E., p. 1882)

Y a partir del siglo XIX, añade en la segunda acepción, «asociaciones subliminales de las palabras o signos para producir emociones conscientes. En cuanto a la definición que nos da el Diccionario de Símbolos editado por Robert Laffort, en París, leemos:

En razón de su misma finalidad este diccionario no puede ser un conjunto de definiciones como el léxico y el vocabulario habituales. Un símbolo es capaz de toda definición. Por naturaleza rompe todos los moldes establecidos y es imposible reunir todos los extremos en una sola mirada. Es como una flecha, inmóvil y fugitiva, evidente e inaprensible [...] Las palabras que utilicemos serán incapaces de expresar todo el valor de un símbolo.¹⁸

17. Monseny, Federica, *Pasión y muerte de los españoles refugiados en Francia*, Toulouse, Espoir, 1969, p. 23.

18. Diccionario de símbolos, París, Robert Laffort, 1992, p. XII. La traducción es nuestra.

Juan Eduardo Cirlot expresa en su *Diccionario de los ismos* que es un concepto difícil de definir y evoluciona con el tiempo:

El simbolismo es el sistema de relación constituido por los símbolos. El concepto de símbolo es algo que no se puede determinar con exactitud absoluta, ya que el uso de posibilidades inherentes a la cosa simbólica ha variado en el transcurso del tiempo y también con arreglo a los sectores culturales que han utilizado lo simbólico. En general, símbolo equivale a «imagen de relación», o a objeto que asume las cualidades de la imagen aludida.¹⁹

Y en cuanto a uno de los apartados titulado «simbolismo artístico y literario», añade: «Suficientemente conocido es el hecho de que las imágenes integran acciones afectivas. Es por el sistema de cualidades inherentes a las cosas, bien se trate de objetos reales o imaginarios, que el universo estático deviene dinámico, y que lo inmanente se transforma en transcendente.»²⁰

He aquí lo que le ocurrió a María Zambrano en el momento de ese cruce de miradas, entre ella y el corderito: transcendió la realidad, el momento. La percepción de mirada, tiempo y lugar le llevó a imaginar, o a recordar, todo un sistema de cualidades de seres humanos y de cosas ancladas en su mente y relacionadas con su pasado. Hay una transferencia invisible a través de ese objeto que se esconde tras la simbolización. Y añade aún el autor: «Por tal motivo, el simbolismo artístico, ya se trate de simbolismo literario, pictórico o musical, sigue perteneciendo a este vastísimo modo de comprender el mundo y de hacerlo asequible e ínfimo, significativo para la sensibilidad y el anhelo personal.»²¹ Y por lo tanto, esto explica, a nuestro juicio, esa «atadura» de nuestra filósofa a la mirada del inocente corderillo: despertó todo un universo del pasado de María. Más aún, lo que María captó para siempre fue la mirada del corderillo, pues los ojos pueden engañarte, pero la mirada no y con ella, todo un pasado que se iba.

José Ferrater Mora, profesor de Filosofía en la Universidad de Barcelona y exiliado como María al terminar la guerra, nos da su versión sobre el símbolo en su *Diccionario de Filosofía* comparándolo con el signo: «Lo más común, sin embargo, es distinguir entre «símbolo» y «signo» como sigue: signo es una señal natural (como el humo, cuando se considera como una señal de fuego); símbolo es una señal no natural, es decir, una señal convencional (como el color rojo, cuando se considera como un símbolo del fuego).»²²

Ahora bien, si volvemos al texto de María Zambrano, varios términos llaman nuestra atención, pero dos en particular: una mirada que la siguió toda su vida, es decir un mirar constante y actante que diría ella, y el hombre que llevaba el corderito ¿Quién sería?, nos preguntamos nosotros. ¿Se lo preguntó ella también, pues se trataba sin duda de un desconocido? Vamos a avanzar una hipótesis partiendo de algunos elementos que aparecen en este párrafo:

Y luego he vuelto. Y el cordero no estaba al pie del avión. Ahora bien, procuré, cuando ya puse el pie en tierra, quedarme completamente sola y pisar la tierra

19. Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de los ismos*, Madrid, Siruela, 2006, pp. 596-614.

20. *Ibidem*, p. 600.

21. *Ibidem*, p.601.

22. Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel, 2001, Tomo III, p. 3.282.

española sola, sin apoyo. Pero el hombre del cordero no estaba. ¿Cuándo he venido a darme cuenta? Pues ahora [...] Y cuando he visto las imágenes que sacaron los fotógrafos que me aguardaban, tan conmovedoras, tan blancas, tan puras, entonces vi que el cordero era yo. El hombre no aparecía sosteniéndome en su espalda porque yo me había asimilado al cordero.²³

Algunas preguntas nos surgen al leer el texto: Primera, subraya, en frases cortas y claras, que «el cordero no estaba», y sobre todo, «Pero el hombre del cordero no estaba». La preposición «pero» que inicia la frase supone o da a entender que ella esperaba verle allí, esperándola al pie del avión, con su corderito al hombro, simbolizando el retorno. De ese modo cerraba el círculo del periodo del exilio. Si así fuera, ¿por qué entonces ese afán de «quedarme completamente sola y pisar la tierra española sola, sin apoyo»? ¿Necesitaba realmente ver de nuevo al hombre y al cordero? ¿Por qué las imágenes que sacaron los fotógrafos son «tan conmovedoras, tan blancas, tan puras», personificándolas, asimilándose así al corderito de ida y de vuelta? ¿No habrá, en ese hombre que llevaba al cordero, una oculta referencia a su padre, muerto poco antes en Barcelona, que le hubiera ayudado a pasar la frontera perturbadora camino del exilio? Ahora vuelve ella por su propio pie, responsable de todo lo vivido en su etapa de exiliada, envuelta en un abrigo blanco, «corderito» grande ya, cerrando el ciclo en un mismo elemento, pero con otro simbolismo ahora.

Con relación al símbolo del corderito a través del arte son varios los artistas que lo han tratado en sus obras, ya sea de manera individual o en grupo, en rebaño, con variantes simbólicas cada vez, según las épocas. Nada tienen que ver las ovejas de Giotto en la obra *Retiro de San Joaquín entre los pastores* (siglo XIV), pasando por las obras *La adoración de los pastores* y *el Buen Pastor* (1660), de Murillo, hasta *Pastor con un rebaño de ovejas* (1884) de Van Gogh, o *El cordero* (1914) de Franz Mard. Siguiendo con este tema, debemos hacer mención especial al artículo del profesor Miguel Ángel Aparicio Tovar, veterinario de profesión, que comenta los cuadros (4 en total) de Zurbarán representando un cordero, «desde una perspectiva zootécnica», aclara él mismo.²⁴ Zurbarán y Murillo, artistas del Barroco español, son los que mejor han representado dicho tema. Y el profesor Aparicio lo destaca bien en su artículo dándonos las diferencias entre cordero y carnero, a través de sutiles detalles de profesional, algo que no nos aclara la Biblia en su crónica sobre Abraham, por ejemplo.

Pero es la profesora Ana Bundgaard la que profundiza y desarrolla el simbolismo del corderito en María Zambrano, de manera clara y rotunda, en el artículo titulado: «La filialidad del cordero»: interpretación de la imagen simbólica del cordero en textos escogidos de María Zambrano. En este artículo se destaca fundamentalmente la intertextualidad de los escritos de María Zambrano con los textos bíblicos, sean del Antiguo o del Nuevo Testamento, según las connexiones que destaca la autora. Sobre todo, como símbolo de inmolación, «como cordero llevado al matadero», sin que pueda hacer nada para evitarlo. Por eso, los cuatro corderos que pinta Zurbarán, con las manos atadas, tienen una quietud divina. Nada pueden hacer porque tienen que cumplirse los escritos sagrados

23. Zambrano, María, *Las palabras de regreso*, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 16. Edición de Mercedes Gómez-Blesa.

24. Aparicio Tovar, Miguel Ángel, «Los corderos de Zurbarán (I)» *Información Veterinaria*, noviembre 2010, pp. 22-24.

y debe ser inmolado para salvar a la multitud, al pueblo de Dios. Y en este caso concreto, al Pueblo español, al que pertenecía María.

Y si la mirada del corderito era una «mirada indecible», que no puede, ni intenta «transcribir en palabras» no lo es menos el aliento del corderito, símbolo, creemos, del Espíritu, de una comunicación divina. Y esos dos elementos, mirada y aliento, convierten a la pensadora en una elegida de Dios, una bienaventurada con una misión concreta, porque ha sido elegida por el Buen Pastor, y lo mismo que los primeros cristianos, perseguidos como ella, alcanzarán una tierra prometida, que no es ni material ni histórica, después de peregrinar 40 días por el desierto, como peregrinó ella más de 40 años por diferentes tierras y países. Tiempo que utilizó, dice, «para irme asimilando al cordero».

Para entender, pues la cuestión del símbolo del corderito vamos a partir del original, de la fuente auténtica: la narración bíblica. Vamos a recordar aquí una constatación que parece anodina pero no lo es: María era una pensadora universal, y como tal, abordaba los temas en profundidad y de manera circular; en su totalidad. No podemos ni debemos, pues, entender el tema del corderito como una simple representación simbólica, resumen de otros muchos simbolismos y connotaciones personales, que parten de una narración bíblica, no, es mucho más que eso. Para darle pleno sentido al relato de María hay que dársele primero al bíblico, el de Abraham, pues no se entienden uno sin el otro. La crónica de Abraham es la crónica del principio del pueblo hebreo, de su nacimiento. En ella están los fundamentos en los que se asentó el vínculo Pueblo/Dios. La crónica de Abraham y su familia es la crónica de la esperanza —palabra clave en los escritos de María— y de la confianza en Dios, a través de diferentes pruebas. Es la crónica de los cambios totales, inesperados, que se cumplen también en la crónica de la vida de María. En María todo es un renacer a la vida, de las ruinas, concepto polisémico, también clave. Dicho periplo vital, llámese éxodo, diáspora, destierro o como quiera llamarse, para más inri, nacen, en uno y otro caso, de la arena: del desierto arenoso en el relato bíblico, de las arenas cegadoras malditas de las playas de Argelès, Barcarés, Saint-Cyprien, etc.

El tema clave en ambos casos —y queremos subrayarlo desde el comienzo— el que se «esconde» en el fondo de los dos relatos, es una guerra civil. Aniquiladora del hermano. Sin piedad, en donde prevalecen los instintos atávicos de eros y tánatos (*Ερως/Θάνατος*). En Abraham, la guerra entre los miembros de su familia, pero también, dentro de su propia casa; en el seno mismo del espacio sagrado. Más aún, una guerra entre mujeres; lo peor que podría darse pues de ellas vale la vida: la mujer legítima, Saray, que no puede darle descendencia, contra Agar, la criada, que sí se la da a través de Ismael, su primer hijo, y por lo tanto, el primogénito. Pero Abraham lo hizo con el consentimiento y el consejo de Saray. ¿Pero no juró Franco lealtad a la República? ¿Qué hizo después?

Otro punto que nos parece importante es la cuestión de la(s) frontera(s), concepto importante —y polisémico también en el pensar de María Zambrano—, que debe analizarse según donde esté utilizado. Insiste el relato bíblico en la edad de Abraham cuando suceden los acontecimientos narrados: 99 años. La barrera de los 100 es como una frontera a pasar, de manera iniciática, para el patriarca

hebreo. Tiene 99 cuando engendra a Isaac y 100 cuando nace, en quien se prolongará el vínculo o compromiso con Dios. La metáfora de la muerte, el paso vida-muerte, se sobreentiende en dichas cifras. ¿No fue lo mismo para María, no por la edad (tenía 35 cuando la pasó) sino por el propio sentido, imaginario y real de una raya, de una frontera?

Otro punto común de esta analogía comparativa es el cambio de nombres. En la crónica bíblica el Abrám del principio se transforma en el Abraham posterior, que significa «padre de muchedumbre de pueblos». María Zambrano habla constantemente de la multitud que se agolpa primero en la frontera, y en la arena de Argelès después. «A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray sino que su nombre será Sara», dice el relato bíblico, «y se convertirá en naciones», después de ser bendecida. Podríamos decir que muchos de aquellos exiliados de 1939, sin documentación alguna por haberla perdido durante la contienda (lo dice también María), tuvieron que cambiar su nombre y su oficio para poder sobrevivir en el exilio: «nacieron» de nuevo en otro espacio y con otro oficio o profesión.

Podemos añadir finalmente, en esta explicación de contexto, en este paralelismo de cambios y fronteras, uno más, y creemos que también es muy importante, en relación con el elemento clave de la pensadora: el corderito. Parece ser que aquel corderito en cuestión miró fijamente a María, la eligió a ella para mirarla como también Yaveh eligió a Abraham. Los relatos bíblicos —y el de Abraham no es excepción por ser cifra sagrada— avanzan de tres en tres. En el caso que nos concierne, y en relación con el sacrificio de Isaac, su único hijo, aparecen tres: leña, cuchillo, cordero. Pero hay un cambio significativo en la crónica: «Dijo Isaac a su padre Abraham: «Padre [...] Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío».²⁵

Y siguieron andando juntos. Pero en el momento de la inmolación de su hijo, un ángel le detiene el brazo para que no le haga daño al niño y le señaló algo: «Levantó Abraham los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham, tomó el carnero, y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo.»

Como vemos, el cordero, en un levantar los ojos, se transformó en carnero. Pero hay dos términos en la crónica constantemente utilizados por la filósofa que requieren nuestra atención: miró y vio. A la manera de Machado: «Pasamos por la vida/ con los ojos hartos/ de mirar sin ver». María nos aconseja atención máxima y mirada iluminadora, distintiva, pues según el relato bíblico —y nunca mejor dicho—, en un abrir y cerrar de ojos el corderito se ha transformado en carnero; en un abrir y cerrar de ojos pasaste de la tierra española a la tierra francesa, y en un abrir y cerrar de ojos pasamos de la vida a la muerte. El cordero que miró a María ¿lo era realmente o iba ya entrando en su etapa de carnero? A nuestro juicio, estaba en ese periodo de cambio sin retorno, ¡como María! De ahí, creemos, esa complicidad de miradas, que al final, al volver en una sola: MARÍA. Y el mensaje de María también está claro para nosotros: ella, como Isaac, no debe ser sacrificada sino rescatada, lo mismo que todos los «corderos» que formaban el rebaño de Dios. En este caso, el pueblo español, que ya había pagado su sacrificio, en ese número también simbólico: 140 años de exilio! El corderito —María descansa en paz en las tierras donde pacía tranquilamente durante su infancia y juventud.■

25. Todas las citas de la narración bíblica con relación a Abraham han salido de la Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée De Brower, 1975, pp. 29-35.

Palabras de Orlando y Dolores Blanco

VII Encuentro Internacional María Zambrano
Ginebra, 13 y 14 de octubre de 2022

Muy buenas tardes señoras y señores:

Soy Dolores Blanco, ciudadana suiza, esposa de Orlando Blanco de origen cubano, fundamos hace 52 años una galería y una editorial.

Primero, les transmito los saludos de Orlando, quien no puede estar con nosotros por problema de salud. Me ha encargado que les lea esta misiva nuestra recordando la amistad inolvidable que nos unió a María Zambrano.

Conocimos a María gracias a José Ángel Valente en los años 70. La amistad de María con Orlando fue inmediata y profunda, pues seguramente le recordó a ella su estancia en Cuba entre 1940 y 1953, con viajes a Puerto Rico, años cruciales y extraordinariamente fecundos para ella, habiendo encontrado en Cuba, según sus palabras, su «patria prenatal». La luz de Cuba que le recordó la de Málaga. Y bajo esa luz, una vida que se confunde con los sueños.

Ella vive allí una revelación del espíritu y del alma. Las islas, Puerto Rico y Cuba, son para ella el equivalente de una caverna de catacumbas donde puede vivir su «noche oscura», pero esas ínsulas son más que eso, son también «lámparas de fuego». Lo que encontró María en su alma en Cuba fue «lo sagrado», un mundo mágico en el cual la realidad no está delimitada.

Orlando cuenta el primer encuentro con María, era invierno: «Y con dificultad llegamos a la Pièce, en Crozet, en el país de Gex, allá donde vivía María antes de mudarse a Ginebra. Ritual de la introducción y rápidamente el manantial de la palabra liberada del lenguaje como ella decía. Cuando nos levantamos de esa visita que parecía tan corta habían pasado cuatro días de eternidad. Y ya me quedé para siempre. Había despertado.»

Muchas visitas siguieron, sobre todo en su casa de Ginebra, encuentros del alma, ella siempre con su cigarrillo elegantemente sostenido por su pitillera, compartiendo un whisky con sus amigos.

María estuvo muy entusiasta cuando le hicimos la proposición de realizar libros ilustrados, ediciones originales firmadas con tiradas limitadas. Le presentamos varios artistas, entre ellos a Baruj Salinas, Antoni Tàpies, Amadeo Gabino, etc. y editamos muchas ediciones que le encantaron.

Comenzamos por editar en 1979 una carta manuscrita de su gran amigo cubano, José Lezama Lima, con un grabado al aguafuerte de Baruj Salinas. Cómo escribir para María cuando ya él le dijo que la había comprendido, que creía haberla amado, sentido algo más que admiración, pues forma parte de los misterios, de la comuniún de los seres en lo invisible y estelar. Y en abril de 1975 le decía que cada cual encontraría la línea que separa a sus vivos de sus muertos. Y que entonces volvemos a los comienzos, a los orígenes, donde ya veníamos del no existir.

Un año más tarde publicamos un texto manuscrito de María sobre Miró con una litografía de Salinas; se imprimió un fragmento de «El inacabable pintar de Joan Miró» (Los Dioses de la memoria) como homenaje a Miró que organizamos en su 80 aniversario.

Se editaron otras ediciones, libros importantes, siempre acompañados de grabados originales, por ejemplo, «El vacío y la belleza» con tres textos bilingües, traducidos por Marie Laffranque, y tres aguatintas de Amadeo Gabino, dibujadas en círculos concéntricos, cada vez más amplios y desprendidos, creados por un movimiento de expansión hacia un punto fijo, pasando

por la libertad, la muerte y el amor, como ella había querido escribir.

En 1989 Eduardo Chillida realizó un grabado al aguafuerte y aguatinta titulado *Zubia* en ocasión de un homenaje que le hicimos a María en nuestra galería. Esta obra contiene un grabado al lado del dibujo de Chillida, un pensamiento de María: *¿Es el mismo tiempo el de los cuerpos no bañados por la luz que el de los cuerpos por ella aligerados?*

Estos son, en pocas palabras, algunas de las realizaciones de María con nosotros. Un día, Rafael Tomero, su primo, quien se ocupó mucho de María, estuvo presente cuando le entregamos varios libros. Él le propuso llevar algunos ejemplares que María quería enviar a Madrid, pero ella reflexionó y le contestó: «No, mejor no lleves el canuto, los aviones suelen caerse»... No les cuento la reacción de Rafael...

Cuando Rafael Tomero nos dijo un día que la salud de María estaba empeorando, Orlando inventó, para animarla, el «Libro infinito», enviando a varios amigos pintores hojas de los textos de nuestra edición *Antes de la Ocultación, los mares* (edición ilustrada por Baruj Salinas con 12 textos de María) para que le realizaran como obsequio una obra original. Muchos de ellos lo hicieron, como Salinas, Canogar, Ràfols Casamada, Martínez, Gabino, Argimón y otros. Esas obras se encuentran hoy en día en la Fundación María Zambrano en Vélez-Málaga.

El inacabable pensar de María, fijando la palabra, suspendiéndola en el aire, en el silencio, y la colaboración de los artistas han hecho posible esas ediciones ilustradas. María incide la palabra como un grabador. Solo que le hubiera gustado escribir en el aire, en el agua, en el fuego, para los que necesitan el aire, el agua, el fuego.

Gracias María.

No quisiéramos dejar de leerles un extracto del mensaje que María nos envió el 14 de junio de 1989 en ocasión de la exposición-homenaje que Editart organizó para celebrar la atribución del Premio Miguel de Cervantes 1988. Dice María:

Había de ser Ginebra, ciudad mediadora, conciliadora, acogedora de exiliados también, desde donde espontánea e inesperadamente habría

de volver a España, llamada por el pueblo, por mi ciudad natal de Vélez-Málaga y, al mismo tiempo, por Madrid, ciudad sacrificial en la Historia. Yo he sido también de los diversos lugares en que he sido acogida y no dejaré de pertenecer por gratitud y naturaleza a tan maravillosos lugares de mi exilio. El último de ellos Ginebra, no deja de ser revelador en mi vida y en mi quehacer. Sí, fue allí donde también recibí mucho de mis amigos y de la ciudad después de dejar por necesidad La Pièce, esa aldea del Jura. Viajera no lo he sido, pues que si bien en mi trastear obligado por un destino que me es aún desconocido, he vivido en ellos plenamente, como si a mis cambios geográficos hayan supuesto para mí una España en que estuve, donde me sentí llamada a mi país con vivificante insistencia. La belleza de la ciudad y su lago, las personas amigas y allegadas que tanto me acompañaron y me animaron permanecen en lo más profundo de mi ser con toda su irreductible vivencia.

Por ello, conmovida y sintiéndome correspondida por la ciudad y las personas, este volver a Ginebra, este volver siempre antes de haberme ido, me commueve, es lo que más me commueve, el que me he ido de los lugares sin ustedes, donde me quedé en prenda de todo mi exilio, que no quisiera yo que acabara del todo, pues que he sido exiliada mucho tiempo.

Y así, el Mont-Blanc viene conmigo, y la Galería de Orlando Blanco está conmigo o, mejor dicho, yo con ella.

Solo puedo decir de todo corazón gracias por vuestra magnífica y bellísima ofrenda, gracias también al Ministerio de Cultura, a la Consejería de Cultura de Madrid, al Centro Editart y a sus amigos.

María Zambrano, Madrid, 14 de junio de 1989.

Teníamos previsto presentar en noviembre de este año en el Nouveau Vallon, Chêne-Bougeries, Ginebra, una exposición titulada «Autour de María Zambrano», pero lamentablemente tuvimos que cambiarla para el mes de mayo del 2023 por motivo de la enfermedad de Orlando.■

María Zambrano en los telares de Gutenberg

La edición de las obras de María Zambrano tras su regreso a España en 1984

Por sugerencia de algunos amigos y del personal de la Fundación María Zambrano se me solicita que narre mi colaboración editorial con la filósofa. Ciertamente esta sucede a partir de su regreso a España y hasta la actualidad. María Zambrano regresa a España en el otoño de 1984. Personalmente desde hacía un par de años disponía de abundantes noticias sobre su vida y pensamiento gracias a Jesús Moreno. A la sazón realizaba mis tareas como funcionario en el Ministerio de Cultura y por interés colaboraba con varias editoriales desde mis años universitarios y docentes. Esta dedicación me permitía cierto conocimiento del sector editorial al que vinculaba la atracción humana e intelectual que sobre mí ejercía la filósofa veleña; ambas experiencias me conducían a descubrir la escasa presencia de Zambrano donde más se precisaba y mayor podía ser mi apoyo a la sazón, la divulgación de su obra. Esta circunstancia habilitaba el desconocimiento y ausencia en los sectores académicos y mediáticos; es decir, solo alcanzaba a un colectivo entusiasta y más bien reducido.

Mis conversaciones con María en su domicilio madrileño y ante la propuesta de varios amigos, me responsabilicé de coordinar las relaciones con las editoriales, así como promover las reediciones y nuevas ediciones con doble finalidad: sobre todo difundir la obra y, también, lograr algún «chavo» —esta era la denominación que daba María— para su débil economía; si bien he de decir que la filósofa tenía una visión imprecisa sobre el dinero. La tarea la asumí con agrado. La primera acción fue la de conocer la situación de los contratos vigentes, activar reediciones, recuperar derechos e impagos y promover la edición de originales inéditos.

Las «ediciones vivas» en España eran escasas: *Claros del bosque* en la editorial Seix Barral, *La España de Galdós*

en la editorial Taurus, *Los intelectuales en el drama de España* en la editorial Hispamerca y un primer volumen de un intento de Obras Completas en la editorial Aguilar; a este volumen que se ofrecía como una amalgama de textos la pensadora lo denominaba «el autobús» dado que contenía de todo más la edición agotada de *Horizonte de liberalismo* en Ediciones Morata. El resto de la obra édita se hallaba en editoriales cubanas, puertorriqueñas, chilenas o mexicanas. De México destaco Fondo de Cultura Económica (FCE) ya que mantenía viva la edición de *El hombre y lo divino*.

La preocupación editorial de la filósofa no era, frecuentemente, intensa, mas no olvidadiza. Era consciente de la situación desde hacía tiempo; de ahí que, en 1978, en carta dirigida a su amiga y viuda de Lezama Lima, María Luisa Bautista, desde Ferney-Voltaire a La Habana, dándole cuenta de la aparición de *Claros del bosque* (Seix Barral, 1977), le dice: «acaba de salir después de más de tres años de entregado. Va dedicado a mi hermana (...). Tengo el telar muy lleno. Yo querría dejar ya de escribir, pero tengo tanto inédito que me es imposible dejar 'ahí' en estado de abandono. A veces suspiro por quemarlo», para a continuación narrarle varios proyectos editoriales y algún compromiso; es decir, entre cierto desánimo y abundancia de inéditos y posibles reediciones se inicia mi colaboración que brevemente relato.

Prontamente la poética editorial Endymión reedita *Pensamiento y poesía en la vida española, La España de Galdós* más una recopilación de poesías además de ensayos sobre su obra por parte de Jesús Moreno, Joaquín Verdú y Juan Fernando Ortega.

En la editorial Anthropos, de la mano de Elena Gómez, se reedita *Persona y democracia* y *Senderos más*

un monográfico doble en la revista homónima. A la vez que FCE reedita *Filosofía y poesía* y en Espasa-Calpe, bajo la atención de Amalia Iglesias, *Algunos lugares de la pintura*. Los medios de comunicación, las revistas de pensamiento y los diarios con frecuencia daban cuenta de la obra de la filósofa. He de destacar que desde el *Diario 16*, de la mano de José M. Ullán, César A. Molina y Amalia Iglesias semanalmente se publicaban textos a la vez que María recibía una cantidad económica muy necesaria.

En 1986 me nombran asesor de la editorial Mondadori, de recién implantación en España. Gracias al apoyo de su director, Julio Ollero, se reeditan *La Confesión*, *La agonía de Europa* y *La tumba de Antígona* y se lanzan los originales *Delirio y destino* y *Notas de un método*. Esta editorial, por otra parte, contribuía con el pago puntual de derechos y sustanciosos adelantos. De esta época es la edición de *Hacia un saber sobre el alma* en Alianza Editorial y *De la aurora y El sueño creador* en Ediciones Turner.

Esta presencia editorial de la autora más la atención académica y mediática contribuyeron a que en 1988 se le otorgara el Premio de Literatura Miguel de Cervantes. A partir de esta fecha acudían las editoriales sin cesar, se activaron las traducciones a las lenguas más relevantes; tesis doctorales, seminarios, conferencias, artículos, etc., aparecían sin cesar. El anterior trabajo arduo de «colocar» su obra en las editoriales desapareció. En este contexto la editorial Siruela, entre otras, reedita y da a la luz varios originales, por ejemplo, *Los bienaventurados* o *Los sueños y el tiempo*. He de señalar que tanto las ediciones como los nuevos textos, hasta su fallecimiento, María los revisaba, si bien con la ayuda de amigos, Fernando Muñoz, Javier Ruiz, Juan C. Marsé, José M. Ullán, Rosa Mascarell y yo mismo; pero la mano y presencia más atenta fue la de Jesús Moreno. Mano que se extiende en el actual, y ya avanzado, proyecto de Obras Completas en la editorial Galaxia Gutenberg.

Desde el año 2004 al 2012 asumí la Dirección general del Libro, Archivos y Bibliotecas. Desde esta Dirección anualmente se concedían ayudas a la edición y traducción de autores españoles; ayudas que se fueron incrementando significativamente cada año. En orden a la edición de la obra de María Zambrano se concedieron ayudas por valor de 56.950 euros a diversas editoriales

y, respecto a la traducción a diversas lenguas (italiano, francés, portugués, árabe, alemán, rumano, serbio, etc.), por valor de 34.400 euros; si bien, quedaba abierto el compromiso para la edición de Obras Completas, de las que ya se han editado seis volúmenes. De igual modo, ha de recordarse el compromiso institucional, en todos los órdenes, del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General citada, durante el centenario del natalicio de la filósofa.

De este modo, la extensa obra de la filósofa andaluza está presente en ediciones varias acompañadas de estudios críticos, presentaciones, etc.; en ediciones selectas y también de bolsillo, por ejemplo, en «la biblioteca de María Zambrano» de Alianza editorial con diez obras. Así, pues, asistimos a una presencia y proyección, quizás tardía, de uno de los pensamientos más profundos y rigurosos, a nivel internacional, del siglo XX. La obra de Zambrano se ofrece en su totalidad y en ella se descubren las riquezas propias de un intenso espacio creativo del que se aventura un horizonte sin fin.■

ROGELIO BLANCO

Miembro del Patronato y ensayista

Juan Fernando Ortega Muñoz

Catedrático Emérito de Filosofía
por la Universidad de Málaga

Estuvo al frente de la fundación desde su creación en 1987 por deseo expreso de la propia filósofa, y desde aquel momento su empeño fue darla a conocer por todo el mundo.

Me siento junto a él en su despacho repleto de libros. Le explico que la revista *Antígona*, aquella publicación que ya iniciara la fundación en 2007, vuelve a salir. Pero con un nuevo diseño, una propuesta más acorde a estos tiempos y que para este primer número me gustaría contar con unas palabras suyas. Él siempre está disponible. Me invita a sentarme y a que le pregunte cualquier cosa que deseé saber. Hablamos un poco sobre María Zambrano, sobre sus libros y sobre los estragos provocados por la vejez. El filósofo y Catedrático Emérito de Filosofía, Juan Fernando Ortega Muñoz, es uno de los mayores especialistas en el pensamiento de la filósofa veleña. Ha publicado más de cincuenta libros. Entre otros: *María Zambrano: La Aurora del Pensamiento*, *La Eterna Casandra*, *Algunos Lugares de la Poesía*, *El Río de Heráclito*, *El Alborear Andaluz de la Filosofía Española*, *Filosofía Andaluza y Filosofía en Andalucía*, *Delimitación Conceptual* o, también, *Tratado de Filosofía Primera: Nuevos Estudios de Metafísica a partir de Aristóteles*. Sin su trabajo y dedicación difícilmente conoceríamos a María Zambrano. Conozco la historia por habérsela escuchado muchas veces. Nunca ha cambiado a lo largo de tantos años. Compartir un poco de este inmenso legado resulta obligado para un hijo que no deja de aprender diariamente de su padre. Mientras conversamos hablamos un poco de su fundación, de María Zambrano, de filosofía...

¿Tuviste dificultades para crear la Fundación María Zambrano? Háblame de lo que te acuerdes...

Un poco... En ese momento en España no había ninguna mujer que hubiera destacado como filósofo y cuando yo empecé a hablar de Zambrano la gente decía: «¿dónde vas tú? si las mujeres nunca han hecho filosofía». Yo les demostré que María Zambrano era discípula de Ortega y que, de todos sus discípulos, ella fue la filósofa más importante. María Zambrano se separó de las estructuras mentales de Ortega y Gasset y creó una filosofía nueva totalmente interesante y renovada que es la que actualmente está en vigor, no la de Ortega que era un poco el recuerdo y la vivencia de los filósofos anteriores. Cuando quise dar a conocer a Zambrano recurrió, en primer lugar, a la Universidad de Málaga, pero me dijeron que era impensable, que tradicionalmente no había en la historia mujeres que hubieran hecho filosofía y que, por lo tanto, eso era improbable. Entonces recurrió a la UNED donde también daba clase, pero tampoco me hicieron caso. Fue entonces el Ayuntamiento de Vélez-Málaga quien sí se interesó e influyó, a su vez, en el reconocimiento, por parte de la Universidad de Málaga, de su nombramiento como Doctora Honoris Causa.



¿Es de actualidad el pensamiento de María Zambrano?

Yo pienso que es el más actual de los pensadores de estos tiempos. Es un tiempo pobre filosóficamente. Tras el paso de pensadores como Heidegger o Hegel, no había habido filósofos que destacaran especialmente. No era corriente que las mujeres estuvieran en la historia de la filosofía. Son muy pocos los casos de mujeres. Sin embargo, en la época moderna ha habido mujeres muy relevantes en el pensamiento filosófico y entre ellas, especialmente, María Zambrano.

¿Cuáles consideras que son las grandes claves de su pensamiento?

La novedad fundamental del pensamiento de María Zambrano fue darle un valor nuevo a la intuición.

La intuición, para ella, era básica. No solamente razonar sino intuir o, diríamos, ver, de una manera privilegiada, los problemas y las soluciones de este tiempo. María Zambrano incorpora la intuición como elemento fundamental dentro del conocimiento, de la tarea filosófica. Igualmente, dentro del pensamiento de Zambrano es fundamental la persona humana. Ella le da una importancia fundamental al hecho de ser persona, superando cualquier diferencia de género, sexo, raza, etc. Pensaba en la importancia de la trascendencia del ser humano y del porvenir del ser humano. Para ella una idea básica es la persona. Coincide con grandes pensadores del momento como Heidegger, con esta idea de que la persona es lo importante, dejando al margen el género, la raza, la cultura determinada de

cada uno, la edad...dándole el valor fundamental al hecho de ser persona.

¿Cómo ves el estado actual de la filosofía?

La verdad es que actualmente no hay pensadores relevantes que destaque como ha habido a través de toda la historia. Hoy parece que la filosofía ha dejado de tener la importancia que tenía en su tiempo. La filosofía era, en su comienzo, el saber universal. Pero poco a poco se ha ido quedando relegada a un pensamiento subjetivo sin mayor importancia para la vida de la sociedad.

¿A qué le atribuyes ese deterioro?

A dos razones: la primera que no ha habido filósofos destacados que influyeran en la sociedad de su época; y la segunda, que la sociedad moderna tiene multitud de saberes que han avanzado tanto que han dejado a la filosofía marginada, como un saber menor. Los descubrimientos científicos de los últimos tiempos han sido fundamentales y la reflexión pura y llana de la filosofía, que no tiene esa trascendencia activa, ha supuesto que quedara reducida a unos pocos pensadores que reflexionan sobre la vida y la historia y sobre el porvenir de la humanidad.

A tu juicio, estos tiempos tan acelerados en los que vivimos, pueden dejarnos poco tiempo para cuestionarnos...

Son tiempos muy acelerados y muy pragmáticos. Vamos, sobre todo, a pensar cosas que sean útiles para el día a día.

En ese sentido, podemos afirmar que María Zambrano no era para nada pragmática.

María Zambrano era una intelectual, con un pensamiento metafísico de la trascendencia y del porvenir del ser humano.

¿Cuál crees que debe ser el camino de la fundación?

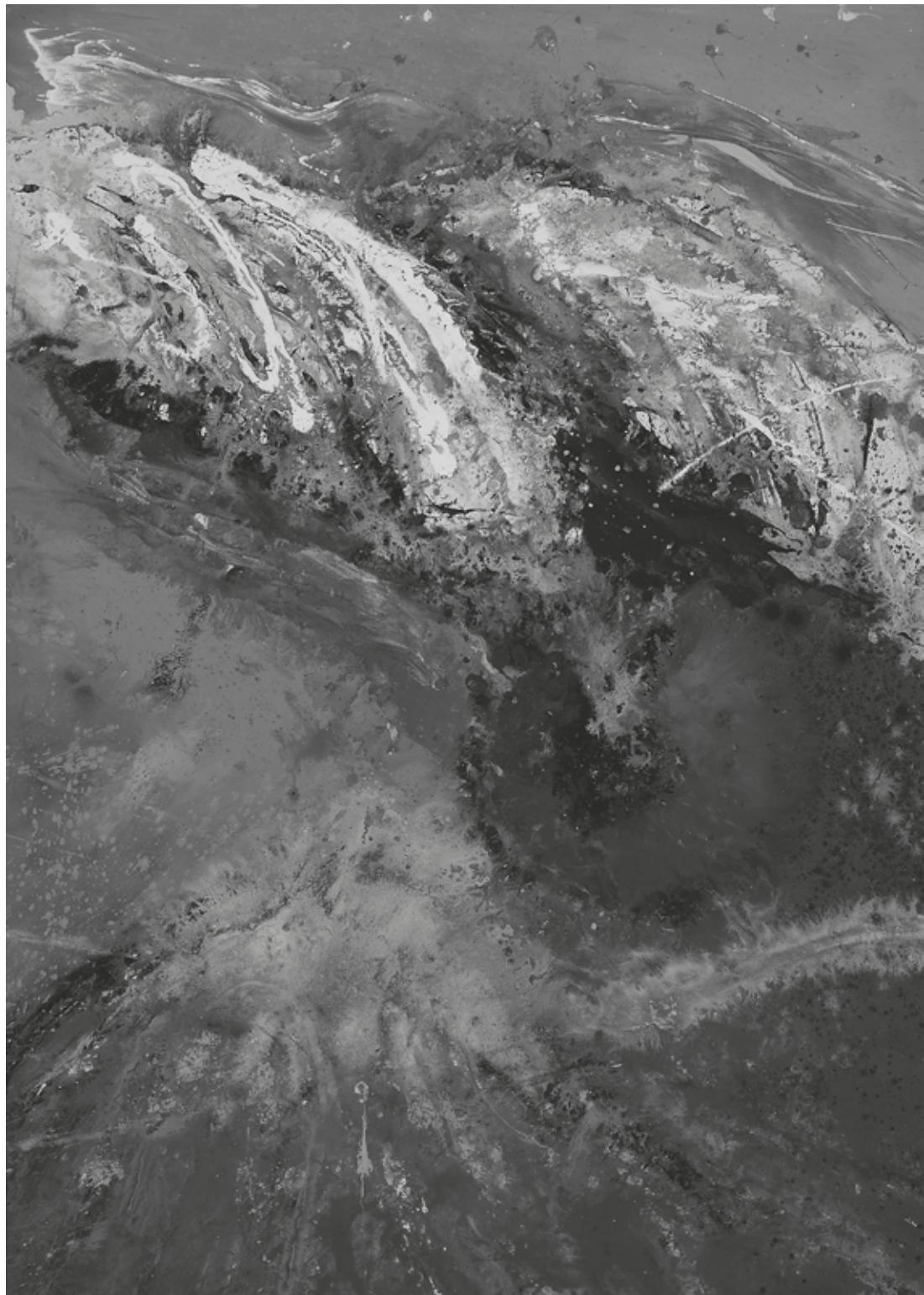
Yo creo que la fundación tiene que preocuparse fundamentalmente por dar felicidad al ser humano con su pensamiento. Intentar que el ser humano sea un poco más feliz. Hoy se encuentra obsesionado por una serie de problemas pragmáticos que no

son, como han sido en otros tiempos, problemas intelectuales o de trascendencia, sino que se ha reducido la proyección del pensamiento. Estamos en una época donde los valores han perdido importancia. Con esa pérdida de valores, también se ha perdido la conciencia del sentido humano, ¿el «por qué estamos aquí?», o «¿qué significa la vida del hombre?». Todo ello era un problema fundamental para los pensadores anteriores y hoy el Hombre es mucho más pragmático, va a lo inmediato, a dedicarse a la tarea de cada día y no tiene demasiado interés por los grandes misterios de la vida.

¿Qué va a encontrar el lector cuando se acerque al pensamiento de María Zambrano?

María Zambrano sobre todo despierta el interés por saber más del ser humano, por descubrirnos a nosotros mismos mejor, por encontrar una ilusión o sentido del vivir que se había perdido en la filosofía de la última época, que era una filosofía totalmente materializada. Su pensamiento, conservando los valores tradicionales, tiene la trascendencia el sentido del ser de la persona por encima de todos los valores humanos.

Mientras lo oigo vuelven a mí las palabras que le dedicara María Zambrano en un prólogo a su libro *Apuntes para una teoría de Andalucía*: «(...) Tiene Juan Fernando Ortega esa convicción extraordinaria de ser y de pensar al mismo tiempo. De que no haya en él desviación alguna, ni mancha alguna de interés. Ni afán de escribir bien, ni afán de ser ni de parecer, sino simplemente la honda pasión verdadera de los verdaderos filósofos. (...) No siendo yo filósofo, ni siendo yo nada, siendo una muchacha del coro que va con el salterio y sigue y sigue oyendo la música perfecta de Juan Fernando Ortega Muñoz, filósofo de mi tierra». Que suene, que siga sonando y no cese, la música perfecta de Juan Fernando Ortega Muñoz.



Mandala II, 1994, acrílico sobre lienzo, 127 x 90 cm

El ser que somos

Pensamiento y amistad más allá o más acá de las circunstancias y el tiempo.

ALICIA BERENGUER VIGO

El libro se organiza en una amplia introducción donde Miguel Osset nos sitúa en el tiempo y las circunstancias concretas en las que Zambrano y Ferrater Mora inician su amistad, así como los principales intereses filosóficos que se dan en la vida de ambos a partir de ese encuentro.

Destacar el encuentro de ambos en la Habana como exiliados de esta guerra cruenta, tanto para las personas como para el pensamiento. En el exilio encuentran un punto de apoyo entre los intelectuales que se han visto obligados a salir de España, pero que llevan su tierra muy adentro, produciéndoles un profundo dolor y sufrimiento por lo que acontece en su país, de ahí que el tema de España sea también una constante en sus cartas.

La selección de cartas nos permite tener una amplia visión de cómo fue, no sólo la relación entre estos pensadores, sino también cómo es la labor de edición, publicación, los intentos de conseguir trabajo en tierras americanas. Además de la amistad vemos las dificultades para poder publicar algo, cómo debido a la precariedad de las comunicaciones se pierden los trabajos, pues incluso si quieren tener una copia deben hacerla a mano.

El libro en su conjunto es una invitación o una guía para iniciarse o continuar estudiando la filosofía de estos baluartes de la filosofía española. Miguel Osset, además de un minucioso trabajo de investigación, utiliza un lenguaje claro y conciso que te crea la necesidad de leer la obra, dejarla reposar y volver a leerla, pues eres consciente de que son múltiples las líneas

de investigación que se pueden plantear a partir de su lectura. No es necesario dedicarse a la filosofía para disfrutar de esta obra que nos acerca y nos muestra el lado más humano de Zambrano y Ferrater. Las cartas, similares a la “confesión” o una confesión en ellas mismas, comienzan después de su encuentro en La Habana. Compartirán a partir de este momento un intercambio de cartas cuyos temas serán, aparte de las cuestiones económicas, de salud y personales, cuestiones filosóficas que ambos entienden como una simbiosis enriquecedora.

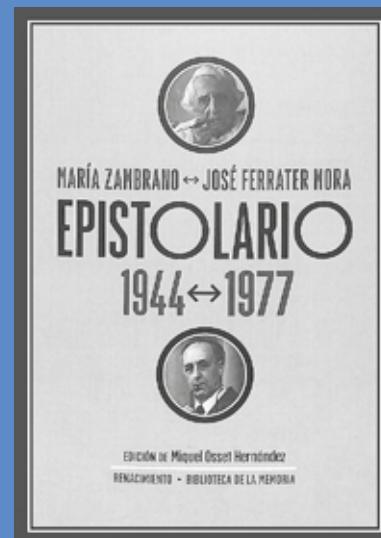
Nos encontramos entre los principales temas tratados la fe, el cristianismo, la muerte, el tema siempre presente de España y los españoles, etc. Dentro de los autores a los que dedican más relevancia en sus conversaciones, señalan ambos, que les falta el sonido, la palabra oída, destacan: Ortega, Unamuno, Nietzsche, S. Agustín, etc. Así mismo queda de manifiesto el interés de ambos por conocer y compartir todo lo que se va publicando y las personas que van surgiendo en el ámbito de la filosofía, en este sentido como ejemplo señalar que Zambrano le pregunta a Ferrater por la obra de Simone Weil. Ambos comparten con el otro, en algún momento los dos declaran que sienten la necesidad de compartir sus ideas con alguien inteligente, alguien que los pueda entender. Existe entre ambos una gran admiración, entendimiento más allá de las palabras. Confían en el criterio del otro a la hora de criticar lo que van publicando. Así, en muchas de las cartas comentan sus respectivos trabajos, pero debemos hacernos una idea

de lo difícil que resulta esta tarea, pues entre una carta y otra puede haber un gran intervalo de tiempo que mantiene expectante al que espera la crítica, la aceptación o una palabra de ánimo. Ambos recomiendan al otro para publicaciones en revistas o posibles trabajos que puedan surgir, trabajan como amigos que tiran el uno del otro, pues a veces la tristeza y la depresión incluso les hacen alguna visita.

Por poner algún ejemplo de lo que me ha supuesto personalmente la lectura de esta obra decir que me llevó a entender cómo fue y sintió Zambrano la relación con el que siempre, y a pesar de todo, consideró como su profesor. La decepción que supuso algunas decisiones de Ortega, pero al mismo tiempo el dolor profundo que sintió al conocer la muerte de este.

Sin duda, y como conclusión, un libro para leer más de una vez, pues como dije al principio además del acercamiento a estos pensadores, te lleva a ver y sentir que es necesario seguir investigando y trabajando en el pensamiento de estos autores.

Casi al final de la introducción señala Miguel Osset que Zambrano y Ferrater Mora mueren con una diferencia de una semana y cómo había escrito Ferrater en *La Vanguardia* que, a pesar de ciertos desacuerdos intelectuales y diferentes «estilos de pensar» «Zambrano y él estaban siempre de acuerdo en tres cosas fundamentales: en que un mundo diverso es preferible a uno homogéneo; que la bondad y la generosidad están por encima de la inteligencia y el talento; y en que un mundo sin poesía es un mundo desolado y condenado.»



Epistolario. 1944-1977.
José Ferrater Mora; María Zambrano.
Edición de Miguel Osset Hernández.



Baruj Salinas

Baruj Salinas nació en La Habana, Cuba. Cursó estudios de Arquitectura, graduándose en 1958 de la Universidad de Kent State, en Kent, Ohio. En 1959 fue a vivir, primero a San Antonio, Texas, y después a Miami, Florida. En 1974 se trasladó a Barcelona, España, donde vivió hasta 1992, y en la cual tuvo contacto con artistas de la talla de Joan Miró, Antoní Tàpies y Alexander Calder. En 1992 regresó a Miami, ciudad en donde vive hasta el presente. Desde 1995 ha estado enseñando pintura en el Miami Dade College, InterAmerican Campus. Desde entonces divide su tiempo entre la docencia y su estudio de pintura. Su obra puede ser vista en algunos importantes museos y colecciones de Europa, Asia y las Américas.

Tus palabras son luz pura.
Con qué facilidad fluyen de tu
pluma, de tu lúcido cerebro, esas
palabras-luz. Has enhebrado un
collar de palabras luminosas [...]

—Carta de Baruj Salinas a María Zambrano, 1982

